Comedias



...MÁS LUCEÑO

Caricatura de TOVAR

...DICENTA y A. PASO (hijos)

...as muñecas

He visto a un hombre saltar

R. MARTI ORBERA

50 céntimos.

NUM. 68 4 DE JUNIO DE 1927 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 • MADRID • Apartado 8.036

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

JOAQUIN DICENTA y ANTONIO PASO (hijos)

He visto a un hombre saltar

PASATIEMPO CÓMICO, EN TRES ACTOS,
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS,

Estrenado en el teatro Cómico, de Madrid, la noche del 11 de marzo de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEPITA	Loreto Prado.
SUSI	Carlota Fernán-Gómez.
DOÑA FILO	Paula Martín.
SEGUNDA	Luisa Estrella.
AGAPITA	Julia Medero.
DARIA	Luisa Melchor.
DOLORES «LA ZURDA»	Carmen L. Solís.
AMBROSIA	María López.
DON RIGOBERTO	Enrique Chicote.
TONICO	Julio Costa.
MANUEL BORREGO	Julio Castro.
POLICIA 1.°	Augusto R. Ariae.
POLICIA 2.°	José Sampietro.

Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Una especie de «hall» en un hotel lujoso. Al foro rompiente qu da a una galería de cristales. A la derecha, dos puertas. A l izquierda, una. Sobre una silla, una americana de hombr En escena está AMBROSIA que aguarda respetuosamente. Vi te aseado traje de artesana. Por la izquierda sale TONICO lleva puesta una bata y un billete de cinco duros en la man Son las nueve y media de la noche. El aparato eléctrico d salón está encendido. Es verano y en el jardín, que se ve d trás de la galería, hay luz de luna.

TON. De parte de la señorita, que tome estos cinco duros d propina.

AMB. ¿De modo que ya no les hago falta para nada?

TON. Para nada. Ya nos has servido la cena y nos acosta remos pronto.

AMB. Pero, ¿cómo se van a quedar solos los señoritos en u hotel tan grande, donde van a dormir por vez primera?

TON. No creo que vayan a venir ladrones.

AMB. No, señor. Cinco años ha llevado aquí mi marido d jardinero y nunca se dió el caso. Y eso que nosotros vivíamos e las casillas del jardín y que el hotel estaba siempre solo.

TON. ¿Sólo? ¿Pues y su antiguo propietario?

AMB. No vivía en Madrid, ¿sabe usted? El vive con su fa milia en no se qué provincia. Y, como es hombre rico...

TON. Compró este hotel para pasar con su familia en l corte algunas temporadas...

AMB. No, señor. Cuando venía lo hacía siempre solo.

TON. ¡Ah, vamos! ¡Es que tenía algún lío y!...

AMB. No tenía un lío.

TON. ¿En qué quedamos?

AMB. Tenía muchos.

TON. Y, ¿cómo fué esto de vender el hotel tan deprisa?

AMB. Se puso en relaciones con una «bailaora» de flamenco una a la que llaman Dolores, «La Zurda». Hasta creo que hay de por medio un chico. Se veían aquí. Pero, él debió tomar miedo por algo y, de la noche a la mañana, le hizo un poder a mi marido para que vendiese el hotel con todos sus muebles y desapareció.

TON. Pues a nosotros nos ha hecho un favor enorme, porque cuando nos casamos, por no encontrar casa a nuestro gusto, tuvimos que meternos en una fonda. De pronto, leo el anuncio de

que éste hotel, lujosamente amueblado, estaba en venta. Vengo, me agrada, firmo ayer la compra, y henos hoy definitivamente instalados. Y el hotel es precioso...

AMB. Ya lo creo... A mí me cuesta un trabajo marcharme...

TON. Es mi mujer la que no quiere que os quedéis.

AMB. Claro y, como ella es la de la pasta mineral, pues ella es la que manda, ¿verdad?

TON. Tanto como mandar...

AMB. No, si ya estoy enterada de que la rica es ella. Pues, de no ser por eso, ¿se habría usted casado con una mujer que casi le doble a usted la edad?

TON. No tanto.

AMB. Es un decir... Pero, vamos, que usted es joven y guapo... *(En este momento, sin que la vean los otros aparece en la izquierda Pepita, la mujer de Tonico que oye las últimas frases. Trae en la mano dos sobres abultados y atados con cintas y un retrato, con marco de pie, que coloca luego sobre un mueble.)* Lo de que es usted joven ya lo sabe usted.

PEP. *(Aparte)* ¿Cómo?

AMB. Y lo de que es guapo ya se lo habrán dicho alguna que otra vez.

PEP. *(Aparte.)* ¿Qué?

TON. Se agradece el piropo...

PEP. *(Aparte.)* ¡Habrase visto el presumido!

AMB. En cambio a la señora hay que verla...

PEP. *(Aparte.)* ¿Qué es lo que habrá que verme?

AMB. ¡Valiente cascarrabias!

PEP. *(Aparte.)* ¿Yo cascarrabias? ¿Cascarrabias yo?

AMB. Ya ve usted que hace aquí falta un jardinero y sin más ni más, llega ese rabo de lagartija...

PEP. *(Aparte.)* ¿Yo rabo? ¿Yo lagartija?...

TON. Si ella te escuchase...

AMB. Bueno, todo esto es un decir...

PEP. *(Avanzando.)* ¡Es un decir, tonterías!

TON. ¡Arrea! ¡Mi mujer!

AMB. ¡La señora! Vaya, que ustedes se diviertan. *(Hace mutis por el foro.)*

PEP. ¡Muy bien! ¿De modo que te dedicas a insultarme con Ambrosia?

TON. Nadie te ha insultado.

PEP. ¿Cómo que no? ¡Me ha llamado cascanueces!

TON. No ha dicho cascanueces. Ha dicho cascarrabias.

PEP. Pues aún me gusta menos lo de cascarrabias que lo de cascanueces. Además me ha dirigido otros dos insultos.

TON. Uno.

PEP. Dos. Me ha llamado rabo, ¿lo oyes? ¡Rabo! Y me h
llamado lagartija. Me parece que son dos insultos.

TON. Ha dicho rabo de lagartija, que es uno solo.

PEP. ¡Dos!

TON. ¡Uno!

PEP. Uno que vale por dos. Lagartija, nombre propio de u animal invertebrado, y rabo, apéndice del susodicho animal y d otros muchos animales. Además de eso, te ha piropeado.

TON. ¿A mí?

PEP. Sí. Te ha llamado joven, y te ha llamado guapo. *(S arroja contra un sillón y comienza a llorar.)* ¡Ay, Dios mío, qu desgraciada soy!

TON. ¡Pepita!

PEP. ¡No me toques!

TON. Ya empezamos con tus celos y tus nervios ridículos.

PEP. ¡Eso es! ¡Oféndeme encima!... ¡Que no me toques!

TON. No es que te ofenda. Es que tienes los nervios como cuerda de bandurria.

PEP. ¿Bandurria yo? ¡Pues no me toques! De modo que saliste a despedirla y has estado más de un cuarto de hora hablando con ella... ¿Es que en ese tiempo no os habéis dicho nada?

TON. Me ha contado la historia del antiguo dueño del hotel.

PEP. ¿Y qué más?

TON. Se ha quejado...

PEP. *(Iracunda.)* ¿Lo ves? ¿Lo ves?

TON. ¿Qué veo?

PEP. ¡Que se ha quejado!

TON. ¿Y qué?

PEP. ¡Que cuando se ha quejado, es que la has hecho daño!

TON. ¿Yo?

PEP. ¡Y, cuando la has hecho daño, es que la has pellizcado!

TON. Pero, ¿cómo puedes suponer que yo iba a fijarme en Ambrosia?

PEP. ¡De menos nos hizo Dios!

TON. *(Indignado.)* ¡Sí, de barro, como los botijos!

PEP. ¡Haz el favor de no pitorrearte!

TON. Yo no me pitorreo.

PEP. Entonces, ¿qué estás hablando de botijos?

TON. ¿Pero tú crees que es esto matrimonio, es esto felicidad, es esto vida, es esto...?

PEP. ¿Es esto tuyo? *(Mostrándole uno de los sobres.)*

TON. ¿Eso qué es?

PEP. Ya lo estás viendo. Un paquete de cartas.

TON. ¿Dónde lo encotraste?

PEP. En el «secretaire» que hay en ese cuarto. *(Puerta izquierda.)*

TON. A ver, a ver. *(Abre el paquete, y empieza a leer una carta.)* «Nenito de mi alma; no sabes las ganas que tengo de llenarte la carita de besos...»

PEP. Esa es de una madre.

TON. *(Leyendo otra.)* «Viejecito de mi vida: ¡Si vieras las ganas que tengo de ver a mi abuelín...!»

PEP. Esa es de una nieta.

TON. *(Leyendo otra.)* «Granuja: ahí te devuelvo tus tres mil pesetas; no quiero nada tuyo».

PEP. Esa es de una prima...

TON. *(Leyendo otra.)* «Querido...» *(Se detiene avergonzado.)*

PEP. *(Quitándole la carta.)* A ver... *(Después de leer, con cara de susto.)* Pues ésta es de una tía. *(Doblando la carta.)*

TON. *(Leyendo otra.)* «... ven pronto; en cuanto vengas te voy a dar un mordisco en esas narices tan bonitas».

PEP. Esa es de una cochina.

TON. La mayoría de las cartas las firma Dolores. Será la correspondencia del antiguo propietario del hotel.

PEP. Pues también he encontrado este paquete. *(Se lo da.)*

TON. *(Abriéndolo.)* Son retratos. Mira éste: una mujer en traje de Colombina, y dedicado: «A mi bebé».

PEP. *(Cogiéndolo.)* Esta es una broma de Carnaval.

TON. *(Mirando otro.)* ¿Esa es una broma? ¡Pues ésta es una cosa muy seria! ¡Está en traje de baño, y la dedicatoria dice: «A mi gatito, su gatita. En enero del veintiséis».

PEP. ¿Gatita y en enero? Trae, trae; no mires más. *(Le quita el sobre.)* Yo te enseñaré las que puedas ver.

TON. No creo que haya ninguna con menos ropa.

PEP. Es de suponer. *(Mira otro retrato, y se tapa la cara.)* ¡Jesús! ¡Qué desvergüenza! ¡Una mujer desnuda!

TON. ¡A ver! *(Con gran curiosidad.)*

PEP. ¡Tonico!

TON. *(Corrigiéndose.)* ¡Haber... haber en el mundo mujeres capaces de retratarse así!

PEP. ¡Qué cochina! Esta debe ser la del mordisco en las narices.

TON. ¿Pero está completamente desnuda?

PEP. No tiene más que una hoja de parra.

TON. Sigamos viendo.

PEP. No.

TON. ¿Por qué?

PEP. Porque, a lo mejor, la que viene detrás se ha retratado en el otoño. *(Cierra el sobre.)*

TON. Mira, Pepita, paso porque tengas celos de Ambrosia; paso por que, temiendo a las criadas de Madrid, hayas envido a Cercedilla por una paleta. Por lo que no puedo pasar es por que tengas celos hasta de los retratos. No creo que vaya a comérmelos. Las fotografías no me causan hambre.

PEP. Pero pueden servirte de aperitivo.

TON. ¡Pepita!

PEP. Y ya que hablamos de la nueva criada, te diré que, como la que venga sea guapa, se vuelve a Cercedilla.

TON. ¡Eres intolerable!

PEP. Pues, mira; separémonos, y en paz.

TON. A tu gusto.

PEP. ¡Pues me voy ahora mismo!

TON. ¡Vaya usted enhorabuena! *(Se sienta de espaldas a ella.)*

PEP. ¡Y en la vida volverá usted a verme!

TON. ¡Perfectamente! *(Enciende un cigarro.)*

PEP. ¡Pues, adiós!

TON. ¡Adiós! *(Ella se dirige a la puerta. Luego se detiene.)*

PEP. ¿Es que no se ha enterado usted de que me marcho?

TON. Sí, señora.

PEP. ¿Y me dejas ir?

TON. Yo no detengo a nadie. *(Sin moverse.)*

PEP. Eso es lo que tú quieres: que me vaya. Así te quedas en libertad para buscar amantes.

TON. ¡Pepita! *(Levantándose.)*

PEP. ¡Pues ya no me voy! *(Se sienta.)*

TON. Pues no te vayas.

PEP. *(Como presa de un hipo histérico.)* ¡Canalla! ¡Granuja! ¡Mal marido! *(El se tapa las orejas con las manos. Se oye dentro la voz de Borrego.)*

BORR. *(Dentro.)* ¡Tonicooo!

PEP. *(A Tonico, gritándole.)* ¡Te están llamando!

TON. Me estás llamando cosas muy desagradables.

PEP. Si no soy yo.

TON. ¿Que no eres tú? *(Indignado.)*

PEP. Es que como tenemos estropeada la campanilla...

TON. Pues no lo parece, porque gritas como si en lugar de campanilla tuvieses un cencerro.

PEP. Si donde te llaman es en el jardín...

TON. ¿En el jardín? *(Se dirige al foro.)* ¡Caramba, si es Borrego! *(Hablando hacia dentro.)* ¡Levanta el picaporte! ¡Está abierta la verja! ¡En el vestíbulo verás una escalera, que te traerá hasta aquí! *(Pausa.)* ¡Demonio! ¡Pues no cruza el jardín corriendo como un loco!

PEP. ¿Quién es ese Borrego?

TON. Uno de mi partida del Casino a quien tú no conoces. El hijo de ese señor con quien he tenido algunos negocios de carbón... *(Suena un timbre en la derecha.)*

PEP. También llaman en la puerta del hotel que da a la otra calle.

TON. Será la nueva criada. El tren llega a las nueve.

PEP. Voy a verlo. Pero te juro que como sea guapa, a las primeras de cambio, la mando a Cer...

TON. ¿A hacer qué?

PEP. ¡A Cercedilla, hombre, a Cercedilla! *(Hace mutis por la primera derecha. Tonico queda viéndola marchar.)*

TON. Si no fuese por sus ochenta mil duros, ¡a buena hora la aguantaba! *(En el foro aparece Manuel Borrego, jadeante; se apoya en el muro, sin poder hablar.)*

BORR. Ve... ve... ve...

TON. Pasa, Borrego. *(Volviéndose.)*

BORR. Vengo reventado. Me urgía mucho verte. Y como hace varios días que no vas a nuestra partida de poker... Menos mal que me dieron en el Casino tus nuevas señas...

TON. Vamos, siéntate y di lo que te ocurre...

BORR. Tonico... ¡Soy el hombre más desgraciado de la tierra! Me pasa una cosa tan terrible, que mi corazón ya no es una víscera humana. Es una motocicleta con el escape abierto. Trae la mano. Ponla sobre mi pecho. ¿Lo notas?

TON. ¡Qué manera de palpitar!

BORR. Figúrate lo que me puede traer esto. Padeciendo, como padezco, desde pequeño, un poco de miocarditis...

TON. Es verdad.

BORR. Como que, en este instante, tengo el miocardio, que no sé si es mío o es tuyo.

TON. Bueno. Acaba de decir lo que te ocurre.

BORR. ¡Pienso suicidarme, Tonico!

TON. ¡Manolo!

BORR. Y me da una pena pensar lo que va a sufrir mamá Rita... ¡Pobre mamá!

TON. ¿Pero cuál es la causa de tan extrema determinación?

BORR. Una carta que he recibido.

TON. ¿De tu novia?

BORR. De mi amante.

TON. *(Con asombro.)* ¿De tu amante? ¿Y qué dice tu... amante para desesperarte así?

BORR. ¡Lo más horrible! ¡Lo más espantoso que me puede decir!

TON. Que no te quiere.

BORR. Peor todavía.

TON. Que te deja.

BORR. Peor.

TON. Que se va con otro.

BORR. Muchísimo peor.

TON. ¿Pues qué te dice?

BORR. Que la mande dinero.

TON. ¡Qué barbaridad!

BORR. Mira, Tonico; yo, hasta ahora, había sido un santo varón; no había puesto los ojos más que en mi novia, y lo hice siempre de una manera romántica y platónica. Yo era lo que se dice un bendito. Pero un día me tropecé con Eva...

TON. Ah, ¿se llama Eva?

BORR. Evarista; pero yo siempre la llamé Eva.

TON. Y, Eva...

BORR. Eva fué la primera mujer...

TON. Y Adán el primer hombre, ya lo sé.

BORR. La primera mujer con quien tuve sus más y sus menos. Más bien más que menos. Pues bien; yo no conocía otro lugar de esparcimiento que Molinero, y allí me la llevé algunas tardes a tomar el te. Pero, cierto día, se me planta, y me dice: «¡A mí no me das más el te con tanto Molinero!»

TON. ¿Y tú?

BORR. Me quedé turulato. Después me explicó que teníamos que buscar un sitio apartado, que ella no era libre...

TON. Cómo te quedarías...

BORR. Turulato del todo... Total, que como yo no conocía ningún otro sitio, la subí a un auto, y le dije al chófer: «Llévanos donde pueda ir una mujer que dice que no es libre». ¡Y ande la gasolina!

TON. ¿Y dónde fuíste a parar?

BORR. A casa del «Cochero». Un merendero que hay en San Fernando del Jarama.

TON. ¿Y ella?

BORR. Ella decía que aquello era un Paraíso.

TON. Total.

BORR. Que una tarde, estaba yo con Eva en el Paraíso...

TON. ¿Debajo de un manzano?

BORR. No sé si era manzano, pero que había un árbol, no te quepa duda. Y de detrás de aquel árbol fué de donde salió un señor muy serio, y con un garrote que era el copete del nuevo Círculo de Bellas Artes. Pegué un salto, me metí en el auto, y allí me dejé a Eva en el Paraíso con aquel energúmeno.

TON. ¿Era su padre?

BORR. Eso creía yo, pero lee esta carta, y verás.

TON. *(Leyendo la carta que le da Borrego.)* «¡Mi marido, que era el señor del otro día...» ¡Atiza!

BORR. ¿Que si atiza? Sigue leyendo, y ya verás si atiza.

TON. *(Leyendo.)* «... Está furiosísimo. Dice que te buscará para darte un puñetazo en las narices...»

BORR. ¿Atiza, o no atiza?

TON. ¡Arrea!

BORR. ¿Que si arrea? Sigue, sigue.

TON. *(Leyendo.)* «Y una patada que vas a tener que vender la sillería por innecesaria».

BORR. ¿Arrea, o no arrea?

TON. *(Leyendo.)* «Pero como todo tiene arreglo en el mundo, mi marido me ha dicho, en medio de su furia, que si esta noche mandas a casa cinco mil leandras, es capaz de olvidarlo todo. Haz lo que te convenga. *Eva*».

TON. Pero, en realidad, ¿se trata de un hombre tan terrible?

BORR. ¡No tienes idea! Cuando lleva en la mano el palo con que me amenazó...

TON. Me lo imagino. Cabeza que coge...

BORR. Cabeza que apisona. Especial para asfaltos.

TON. Bueno, mira. Todo eso, que se lo cuenten a Rita.

BORR. ¿A mi mamá? ¡De ninguna manera! ¡La matan del disgusto!

TON. No, hombre, no.

BORR. ¡Que sí! ¡Que la matan!

TON. ¡Que no digo eso! Digo que esto es un chantage. Pero no te queda más remedio que mandar el dinero. Se trata de una mujer casada, los camareros habrán sido testigos de la sorpresa... Puedes ir a la cárcel...

BORR. Por eso, en cuanto recibí la carta, me fuí al Viaducto, y me encaramé a la barandilla. Pero me acordé de mamá Rita y comencé a llorar. Mira si vertería lágrimas, que, uno que pasó por debajo, se paró de pronto y extendió la mano. *(Extendiéndola como quien observa si llueve.)* Pero, si una vez el recuerdo de mamá me ha detenido, yo te aseguro que la segunda no me detiene nada. ¡Adiós, Tonico! ¡Sé feliz! ¡Que no se me ponga coronas! ¡Que no se repartan esquelas!

TON. Pero, ¿por qué no le pides el dinero a tu padre? El es rico. Tiene uno de los más fuertes almacenes de carbón. Hace negocios enormes. Hace poco le vendí yo bastantes vagones de carbón de encina para su almacén...

BORR. ¿Has acabado ya? Pues bien. Mi padre ha jurado no darme un céntimo hasta que me case.

TON. Entonces, puesto que no hay otro remedio...

BORR. ¿Qué vas a hacer? *(Adivinando.)*

TON. Darte el dinero. *(Se quita la bata.)*

BORR. No te molestes, hombre. *(Sosteniéndole la americana.)*

TON. No lo tengo en casa, pero vamos al Casino. Allí se lo pediré a cualquiera de nuestra partida de poker. *(Gritando en la primera derecha.)* ¡Pepita! ¡Tráeme el sombrero y la llave! *(A Borrego.)* Ve delante. Si pasa un auto, tómalo.

BORR. ¡Soy tu esclavo, Tonico! Yo te juro que, como me tropiece con otra Eva, o se conforma con tomar el té en Molinero, o va a tener que buscarse un nuevo Adán que la acompañe al Paraíso, porque un servidor le ha declarado el boicot a las manzanas. *(Cuando ha hecho mutis por el foro, entra Pepita por primera derecha.)*

PEP. ¿Te vas? *(Trae una llave y el sombrero de Tonico.)*

TON. A un asunto de Borrego. Cosa de unos minutos. Puedes cerrar la puerta del piso bajo que da al jardín y acostarte. Yo cerraré la de la verja al salir, y entraré por la puerta del hotel que da a la otra calle.

PEP. Pero ¿tú crees que yo puedo conformarme porque te vas con un amigo a quien yo no conozco?

TON. Se trata de Borrego.

PEP. ¿Y quién me dice a mí que ese Borrego no es un zorro?

TON. ¡Pepita!

PEP. Yo no sé de ningún borrego que trasnoche. Además, que ese amigo, puede que sea ahora tan formal como tú, pero quién sabe si, en otros tiempos, ha sido tan juerguista como tú lo fuiste de solitero.

TON. Hay un refrán que dice que agua pasada no corre molino.

PEP. Y otro que dice que la cabra siempre tira al monte.

TON. ¿Y qué?

PEP. Que la cabra y el borrego son primos segundos.

TON. Y en esto de escamarse, el besugo y tú, primos hermanos. *(Hace mutis por el foro.)*

PEP. Juraría que me ha llamado besugo... ¡Y se va! Pues como a las once menos cuarto no esté en casa, a las once me tiene en el Casino. *(Dirigiéndose a la primera derecha.)* Pasa por aquí. Ya se fué el coco, y podemos seguir hablando en esta habitación. *(Entra por dicho sitio Segunda, muchacha de pueblo, rolliza, y con cara de bobalicona. Viste a usanza pueblerina, pero muy despechugada; las faldas, cortas, y los brazos, al aire.)*

SEG. ¿Ya se ha marchao el señor?

PEP. Sí; se ha marchado.

SEG. ¡Qué lástima!

PEP. ¿Cómo?

SEG. Con las ganas que tengo yo de conocerle...

PEP. ¿Ah, sí?...

SEG. Como me han dicho en el pueblo que es tan guapo...

PEP. ¿De modo que quieres conocerle porque te han dicho que es guapo?

SEG. Sí, señora... Y una no está acostumbrá más que a ver a los mozos. Las de Cercedilla ven a los veraneantes; pero ¡como una es de un pueblecito!...

PEP. Pues ni el señor es tan guapo como dicen, ni vas a conocerle tú...

SEG. ¿Se ha ido de viaje?

PEP. Tú eres la que va a viajar más pronto que lo esperas.

SEG. Ya pensé yo que no valdría pa servir en Madrid. ¡Como una es tan corta de genio!...

PEP. A mí me parece muy bien que seas corta de genio; pero te querría más larga...

SEG. Ya aprenderá una...

PEP. Más larga de falda.

SEG. Pues a mí me habían dicho que, por acá, iban las mujeres por aquí... *(Señalando la rodilla.)*

PEP. Eso será por allá... *(Señalando al foro.)*

SEG. ¿Por dónde?

PEP. Por allá fuera, por la calle. En mi casa hay que ir por aquí... *(Señalando los tobillos de Segunda.)*

SEG. ¡Como una es de un pueblecito!...

PEP. *(Remedándola.)* Sí, pero como mi marido es de una capital..., pues ahí verás tú.

SEG. No entiendo a la señora, porque como una es una pava...

PEP. Sí, pero no tanto, hija, no tanto.

SEG. ¿Por qué lo dice la señora?

PEP. Porque bien está que seas una pava, pero no enseñes tanto la pechuga..., ¡caramba! Las pavas tan despechugadas, no se ven en Madrid más que en Nochebuena.

SEG. ¿Ah, sí?

PEP. Y si te quedas en mi casa, para mi marido va a ser Nochebuena todo el año. Enseñas demasiado las carnes, y el peligro está en que las tienes como le gustan a él: rollizas...

SEG. ¡Ah, pues si le gustan al señor!...

PEP. ¡Pero como no le gustan a la señora!... ¡Vamos! Estoy segura de que, en cuanto volviera la espalda, te daría un pellizco.

SEG. Eso, sí que no.

PEP. *(Aparte.)* (Menos mal; se sabe defender.)

SEG. A mí no hay quien me coja un pellizco.

PEP. ¿Estás segura?

SEG. Tengo yo la carne demasiao apretá... Y si no, en cuanto venga el señorito, vamos a hacer la prueba.

PEP. ¿La prueba de qué?

SEG. De que no me coge un pellizco.

PEP. Mira, esas pruebas las haces con el quicio de una puerta, porque mi marido no es ningún alicate.

SEG. Yo me creo que los mozos de mi pueblo son más brutos que el señorito, ¿no?

PEP. Yo creo que sí.

SEG. Pues allí se apostaban jarros de vino a ver quién conseguía pellizcarme, y, aprieta por aquí, aprieta por allá, los deos se les escurrían, y como no ganaba denguno, pues pagaban tos, y bebían tanto, que el tabernero me convidaba a merendar los domingos, pa que me estuviera allí y no dejasen de apostar... ¡Era una risa!...

PEP. Pues como se enteren los taberneros de Madrid, te subvencionan.

SEG. De modo que el señor pué que lo intente, pero pellizcar, no pellizca. Esté tranquila la señora.

PEP. Y tan tranquila. Como que te vas a ir antes de que a mi marido le dé por traerse a casa los amigos para repetir las escenas de la taberna de tu pueblo...

SEG. De forma, ¿que no quié la señora que me quede?

PEP. No. Eres... demasiado hermosota...

SEG. No es que sea hermosota. Es que, como una es joven, pues está una fresca...

PEP. Sí, hija, sí. ¡Estás fresca! Y yo también estoy fresca si te quedas en casa...

SEG. De forma, que...

PEP. *(Remedándola.)* Que mañana tempranito, tomas el caminito, y te vas a tu pueblecito...

SEG. Pero ¿por qué?

PEP. *(Como antes.)* Para que no te vea el señorito... *(Suena un timbre en la derecha.)*

SEG. *(Iniciando el mutis curiosamente.)* ¿Llaman? ¿Será él?

PEP. *(Asombrada.)* ¿Quién?

SEG. El señor.

PEP. No es el señor, porque el señor se ha llevado la llave. Si fuese el señor, no le abrirías tú. Pero, como no es el señor, mira a ver quién es.

SEG. Dispénse la señora... ¡Como una es de un pueblecito!

PEP. *(En el mismo tono.)* Ya lo sé. ¿Quieres un recibito? *(Segunda hace mutis por primera derecha.)* Nada, nada. Mañana la facturo. No es que yo sea celosa. Los celos son un sentimiento altamente ridículo. Es que soy precavida. A los hombres hay que quitarles la ocasión de pecar, porque, quien quita la ocasión..., quita el pellizco... Lo que es en esta casa, no entra ni una mujer guapa... ¡Ni de visita, vamos, ni de visita! *(En este momento aparece en la primera derecha Susi, mujer joven,*

guapa, elegante y muy americana en sus modales. Trae en la mano un maletín grande.)

SUSI. *(Desde la puerta.)* ¡Doña Pepita!...

PEP. *(Sorprendida.)* ¿Eh?

SUSI. Soy yo, doña Pepita...

PEP. *(Desconcertada.)* ¿Y quién es usted?

SUSI. ¡Susi! ¡La Susi! La hija de su amiga Filo... Y aquí tiene usted a mi mamá. *(Señalando a la primera derecha, donde aparece doña Filomena. Muestra ser hembra aficionada al lujo estrepitoso y de mal gusto; trae también un maletín de viaje. Téngase en cuenta que son mujeres ricas, que vienen de Bilbao en automóvil.)*

FILO. ¡Pepita de mi alma! *(Besos y abrazos.)*

PEP. *(Dejándose abrazar asustada.)* ¡Susi! ¡La Susi aquí!

SUSI. Ya no me recordaba, ¿sabes? *(A Filo.)*

FILO. Claro. Como te dejó de ver hace diez años, cuando nos fuimos a vivir a Bilbao; entonces era ésta una chiquilla, y ahora, mírala, una mujer hecha y derecha.

PEP. *(Contemplando a Susi escamada.)* Y tan derecha...

FILO. ¡Ay! ¡Déjame que me siente! Vengo cansadísima, vengo fatigadísima, vengo lo que se dice descacharrada...

SUSI. ¡Mamá, por Dios!

FILO. Descacharrada, hija. Estoy que me troncho.

SUSI. Claro que el viaje no es para menos.

FILO. ¡Figúrate! Hemos salido esta mañana de Bilbao en el «rol», y ahora mismo llegamos a Madrid. Claro que hemos podido llegar antes, porque nuestro «rol» corre más que todos los «roles» que se fabrican. Porque es de los legítimos, no vayas a creerte. Se traga los «kilometros» como si fueran «centimetros». ¿Cómo se llamaba aquel tío tragón que comía tanto?

SUSI. Heliogábalo, mamá.

FILO. Pues nuestro «rol» es el Heliogábalo de los automóviles. Claro que, o tener un coche así, o no tener ninguno. Yo, cuando veo un fotingo, siento ganas de darle una limosna.

SUSI. No tanto.

FILO. Fíjate, Pepita, la importancia que puede tener un coche que se te desarregla en la carretera y basta que le pongas un tornillo para que siga andando. Buena diferencia de este nuestro, que se nos estropeó una vez y estuvo dos meses en reparaciones.

PEP. ¿Y eso es una ventaja?

FILO. Como que, en esto de los autos, pasa lo que con las enfermedades. Tú tienes el tifus y te pasas dos meses en la cama. Como que es una enfermedad importante. En cambio, una ronquera, como no es nada, se te pasa con unas «indagaciones».

PEP. ¿Con qué dices que se pasa una ronquera?

FILO. Con «indagaciones».

SUSI. Inhalaciones, mamá.

PEP. *(Aparte.)* ¡Que no venga Tonico hasta que éstas se vayan!

SUSI. Vaya con doña Pepita...

FILO. No la llames doña, que nos haces más viejas de lo que somos.

SUSI. Pues, por mí, suprimido el doña. Y hasta el usted suprimo también desde este momento. ¿Te complace?

PEP. Sí, hija. Como si hubiéramos ido juntas al colegio. *(Aparte.)* ¡Qué niña más fresca!

FILO. A Pepita la pasa lo que a mí. Se perece por la confianza. Pepita y yo nos conocimos cuando tu padre se marchó a Bilbao y nos quedamos en Madrid tú y yo solas. No nos tratamos más que siete meses. Pues nos queremos como hermanas.

SUSI. ¿Y también conociste a papá?

FILO. No; como se fué a Bilbao. Allí hizo una fortuna durante la guerra. Bueno, no tienes más que ver el «rol». La misma Susi se ha pasado seis años en Norte América. ¡Seis años! Cómo se va el tiempo, ¿verdad, Pepita?

PEP. Ya lo creo. El tiempo se va que es un gusto. *(Aparte.)* El tiempo se va y va a venir Tonico.

FILO. ¡Todo se va!

PEP. Todo se va menos tú.

SUSI. ¿Cómo?

PEP. Tú, que estás más joven cada día.

SUSI. Pues yo de Norte América he vuelto hecha otra mujer. Más libre, más amplia de ideas... *(Cruzándose las piernas.)* ¡Si supieras lo que hay que ver por ahí!

PEP. *(Mirándola las piernas.)* Y por aquí... por aquí también hay que ver... Hay que ver... *(Aparte.)* ¡Hay que ver qué fresca! ¡Santa Rita, si haces que Tonico se entretenga, te regalo dos velas!

SUSI. *(Sacando una pitillera. A Pepita.)* ¿Quieres?

PEP. ¿Son de chocolate?

SUSI. No, mujer, es tabaco. Ya veo que no fumas. Las mujeres educadas a la española sois un poco gazmoñas, un poco ridículas...

PEP. ¿Cómo?

FILO. Es cierto. Aún estamos en la edad «prehistérica».

SUSI. Prehistórica, mamá. *(A Pepita.)* Aquí, ni siquiera aprendemos a flirtear.

PEP. Y tú, ¿has aprendido el flirteo?

SUSI. Me encanta. ¡Yo coqueteo con mi sombra!

PEP. ¿De modo que?... *(Aparte.)* Santa Rita, ¿te he dicho dos velas? Pues cuenta con cinco, pero que no venga.

SUSI. Y esto de cigarrillo es socorridísimo para el flirt. Te da derecho a ofrecer uno, a fingir que no tienes cerillas, a pedir lumbre... Y, a todo esto, ¿y tu marido? Estoy deseando conocerle.

PEP. Te advierto que no fuma. Y turcos menos. A los turcos los odia.

SUSI. ¿Es abstemio?

PEP. Es cristiano.

SUSI. ¿Cómo?

PEP. Quiero decir que es un hombre muy serio, muy retraído... Le molesta la gente.

SUSI. Claro, así tienes esa cara de tristeza. Cuánto me complace haber llegado a tiempo para darte una noche de alegría. A todo esto, no te hemos dicho a lo que venimos.

PEP. A darme la noche.

SUSI. ¿Qué?

PEP. A darme la noche más alegre de mi vida.

SUSI. Pues, verás.. El verano pasado me hizo el amor en Bilbao un muchacho de aquí. Papá no le conoce. Y como va a pedir mi mano, hemos decidido venir a espiarle sin que lo sepa para enterarnos de si es digno de presentársele a papá.

FILO. Hemos aprovechado un viaje de mi marido a Francia. Sus negocios lo tienen en Francia la mitad de la vida.

PEP. *(Aparte.)* Si pudiese ir a poner la escoba boca arriba detrás de la puerta...

SUSI. Nos plantamos en la fonda donde vivíais. Allí hemos cenado y nos han dicho que habías tomado este hotel, y yo pensé: ¡Pues vamos a pasar estos días a casa de Pepita! *(Pepita, como herida por el rayo, cae en el sillón medio desvanecida.)* ¿Qué te pasa?

FIL. ¿Te pones mala?

PEP. No es nada... Un mareo... Pero el caso es que, aunque el hotel por fuera parece grande, es muy pequeño...

FIL. Nos arreglaremos en cualquier lado...

PEP. Es que..., como nos instalamos hoy, no hay nada preparado... Sólo nuestra cama...

SEG. *(Apareciendo por el foro derecha.)* ¡Andá!...

PEP. ¿Qué ocurre?

SEG. Que me fuí por allí. *(La primera derecha.)* Que me he perdío, y resulta que salgo por aquí... ¡Como la casa es tan enorme!...

PEP. Bueno..., ¿y a qué vienes?

SEG. A preguntarle a la señora que ande me acuesto, porque como he visto siete cuartos con la cama hecha...

PEP. ¿Ah, sí? *(A Susi.)* ¿Querréis creer que aún no he visto el hotel? *(Aparte.)* (¡A pie se va a ir esta noche!)

SEG. Yo me figuro que dormiré en alguna de abajo...

PEP. Claro que sí... *(Con rabia.)* Y abróchate esa blusa y bájate esas mangas... ¡Que como eres de un pueblecito!...

SUSI. Pues no hay más que hablar. *(A Segunda.)* Baja a la calle y díle al «chófer» que se vaya al hotel, y a la Daría, que está dentro del coche, que coja las maletas y se acueste en una de las habitaciones de abajo.

PEP. ¿Y quién es la Daría?

SUSI. ¡Mi doncella! ¡Demonio! ¡Qué calor hace aquí! *(Se quita el abrigo, y va tan despechugada y con los brazos tan al aire como Segunda. Pepita la mira aterrada.)*

PEP. *(Aparte.)* (Pues no sé cuál está más robusta y más despechugada...)

SUSI. *(A Segunda, que la mira asombrada.)* ¿No has oído?

SEG. Allá voy, señorita. *(Haciendo mutis por primera derecha.)* Esta debe venir también de un pueblecito...

SUSI. Vaya, con tu permiso, voy a ver qué habitaciones hay por este lado. *(Hace mutis por la izquierda.)*

PEP. Haz lo que quieras. *(Aparte.)* (Si digo que no, voy a sacar lo mismo.)

FIL. ¡Has visto qué guapota está Susi! Y educada a la moderna. Es una defensora terrible del feudalismo.

PEP. ¿De qué es defensora?

FIL. De la emancipación de la mujer.

PEP. ¡Ah, sí! Del feminismo.

FIL. No hay hombre que no se vuelva loco por ella.

PEP. *(Aparte.)* (¡Pues estoy aviada!)

SUSI. *(Saliendo por la izquierda.)* ¡Precioso! Aquí hay un gabinete con alcoba, que dá al jardín, lindísimo. Voy a dejar la ropa de dormir y a dejarla preparada. Mientras tanto, Pepita te acompañará para buscarte habitación.

FIL. Pues hasta mañana, hija, porque yo, en cuanto encuentre una cama, me acuesto. *(Coge su maletín y Susi el suyo.)*

SUSI. Hasta mañana, mamá. *(Mutis por la izquierda.)*

PEP. *(Señalando a Filo la segunda derecha.)* Vayamos por aquí.

FIL. *(Haciendo mutis.)* Estoy descuajaringada. Parece que me falta algún tornillo.

PEP. ¡A ver si la pasa lo que al «rolls», y la tengo dos meses de reparaciones! ¡Dios quiera que se parezca a los «fotingos»! *(Se va por la segunda derecha, detrás de doña Filo, a*

mpo que por la primera de dicho término entra Segunda, seida de don Rigoberto, hombre de alguna edad, en el que lo es detonante y espectacular. Traje príncipe de Gales; chao de color; cuello de pajarita alto, y muy grande; enorme rbata de colores chillones, con un brillante gordo. En el chale, gruesa cadena de oro con colgante de desmesurado tamaño; antes color crema, con espigas negras; botas con bolines muy ros; bastón grueso; el pelo, teñido.)

SEG. Le digo a usted que el señor no está.

RIG. Pero, ¿va a venir?

SEG. No sé... Pero si usted quiere que avise a la señora...

RIG. Prefiero esperar. Lo que me trae aquí no puedo contárlo a una mujer. ¿Tú sabes quién soy yo? Yo soy don Rigorto...

SEG. Pues es usted muy simpático, don Rigoberto.

RIG. Todas me dicen lo mismo. *(Aparte.)* (Y el caso es que sta chica está apetítosísima... ¡Qué piernas! ¡Qué brazos!... *A ella.)* Y tú, ¿quién eres?

SEG. Yo soy la Segunda.

RIG. Pues estás de primera. Sabes que tienes más musculatura que yo... *(Tratando de pellizcarla.)*

SEG. No, señor. A mí no me pellizca usted.

RIG. Perdona, mujer... Trataba únicamente de...

SEG. Tengo yo las carnes demasiao apretás...

RIG. ¡Caray!

SEG. Le apuesto un real a que no me coge un pellizco.

RIG. ¡Demonio!

SEG. ¿Se lo apuesta usted, o no se lo apuesta?

RIG. Encantadísimo, hija. *(Va a probar.)*

SEG. No. Antes deje usted el real encima de la mesá.

RIG. ¡Qué desconfiada! *(Lo hace.)*

SEG. Pues vamos a verlo. *(Pone el brazo. El trata de pellizcar; como no lo consigue, ella dá un salto y se apodera del dinero, gritando:)* ¡Ha perdío! ¿Se apuesta otro?

RIG. Otro y setenta.

SEG. Pues ponga usted el real.

RIG. Voy a poner una peseta, ¿sabes? Así tengo derecho a probar cuatro veces. *(Lo hace. Segunda cuenta los pellizcos.)*

SEG. Uno, dos, tres, cuatro... Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...

RIG. ¡Caramba! Se me cansan los dedos.

SEG. *(Cogiendo la peseta.)* Me debe usted seis reales.

RIG. ¿Yo? ¿De qué?

SEG. De que ha probao usted diez veces en lugar de cuatro.

RIG. Llevas la contabilidad mejor que un taxis.

SEG. Como una es de un pueblecito...

RIG. Pues si llegas a ser de una cabeza de partido, te ha recaudadora de contribuciones.

SEG. ¿Seguimos apostando?

RIG. No, que soy un hombre muy impresionable y me v a olvidar de que lo que me trae por aquí es un asunto m serio. Y ahora que caigo. ¡Quién sabe si tú misma podrás carme del apuro en que estoy!

SEG. ¿Que está usted en un apuro? *(Aparte.)* (¿A que r pide la peseta?)

RIG. Resulta que yo me puse en relaciones con una «bailaor de flamenco a la que llaman Dolores «La Zurda». Cosas de juventud, ¿sabes? Pues bien; un día la cogí con uno. Cla que, a ese uno, donde le encuentre le hago fosfatina. A el la dejé. Pero como tiene una tía, que es toda una tía, y con me amenazaron con el escándalo, vendí el hotel y desapare Porque, lo terrible es que yo he tenido un hijo con Dolores

SEG. *(Muy asustada.)* ¿Usted?

RIG. Ellas, para armar el escándalo, necesitan pruebas, las pruebas están en un mueble de ese cuarto. *(La izquierda* Son dos sobres con cartas y retratos que me olvidé de recoge Me consta que esas mujeres tienen el propósito de venir aq para apoderarse de ellos. ¿Quieres tú ganarte veinte duros?

SEG. Ya lo creo. *(Poniendo el brazo para que le pellizque.*

RIG. Ahora no se trata de eso. Lo que quiero es que entr ahí y cojas los sobres sin que te vea nadie.

SEG. Sin que me vean es difícil, porque el ama debe and por ahí con dos señoras que acaban de llegar.

RIG. ¿Por ahí y con dos señoras? ¡No me digas más! «¡L Zurda» y su tía! Que te diviertas, hija.

SEG. Pero, ¿se va usted sin llevarse los sobres?

RIG. Si esas mujeres no los cogen antes, yo te aseguro qu esta noche estarán en mi poder, sea como sea.

SEG. La puerta es por ahí. *(Primera derecha.)*

RIG. Pero salgo antes por la del jardín. Y si quieres acompañarme, en el jardín podemos seguir apostando.

SEG. Bueno. Pero me tié que dar el dinero por adelantao...

RIG. ¡Qué desconfiada!

SEG. ¡Como una es de un pueblecito!...

RIG. Pues parece de la Caja de Ahorros... *(Hace mutis por el foro. Por segunda derecha entra Pepita.)*

PEP. Ya está acostada la mamá.

SUSI. *(Saliendo por la izquierda.)* La pobre viene tan cansada... En fin, voy a leer un poco y a fumar el último pitillo. Vete a acostar si quieres... *(Se sienta.)*

PEP. En seguida... (*Aparte.*) (En seguida me marcho teniendo que venir el otro.)

TON. (*Entrando por el foro.*) ¿He tardado?

PEP. (*Desolada.*) ¡Ya llegó!

SUSI. (*Levantándose.*) ¡Caballero!...

TON. ¡Señora!... (*Reconociéndola.*) Pero, ¿usted? ¿Es usted?

SUSI. ¿Tú? ¿Será posible?

PEP. ¿Qué? (*Sorprendida.*)

SUSI. (*Corriendo a él y estrechando su mano.*) ¡Tonico!

TON. ¡Susana!

PEP. ¡Ay, que se conocen!

SUSI. ¡Qué sorpresa! ¿No te ríes, Pepita? ¡Pues tiene mucha gracia!

PEP. ¡Ah! ¿De modo que tiene mucha gracia? (*Casi llorando.*) ¿Y por qué tendrá esto mucha gracia?

SUSI. ¿Acaso eres parienta de Tonico?

PEP. Claro... Soy su parienta...

SUSI. ¡Pues es todavía más gracioso!

PEP. ¡Y dale con que esto es gracioso!

TON. (*A Pepita.*) Ya te explicaré...

SUSI. ¡Figúrate que Tonico y yo hemos sido novios!

PEP. (*Tartamudeando.*) ¿Que habéis sido novios?

SUSI. En Nueva York. Fué compañero mío de fonda lo menos cuatro meses. ¡Y si vieras lo colado que estuvo por mí!

PEP. ¿De modo que... se coló?

TON. (*Aparte.*) ¡La que se está colando es ella!

SUSI. ¿De forma que parientes? ¿Y que os tocáis?

PEP. Lo que nos da la gana. Para eso es mi marido.

SUSI. ¿Tu marido? ¡Graciosísimo! ¡Graciosísimo!

PEP. ¿Que es gracioso que sea mi marido?

SUSI. (*Viendo que Tonico fuma.*) ¡Ah!, ¿pero fumas? (*A Pepita.*) Pues no decías que... (*Sacando ella un cigarro.*)

PEP. Sí... fuma... Fuma, pero de los suyos. (*Aparte.*) (Ahora sólo falta que diga ella que no tiene cerillas.)

SUSI. (*Después de abrir su cerillera.*) ¡Ay, se me acabaron!

PEP. (*Aparte.*) (¡Y ya lo ha dicho!)

SUSI. ¿Quiéres darme lumbre?

TON. ¡No faltaba más! (*Fuma para aumentar la lumbre.*)

PEP. (*Aparte.*) (¡Ea! ¡Se acabó el flirteo!) (*Le quita a Tonico el cigarro de la boca, lo tira y lo pisa.*) ¿No sabes que el médico te ha prohibido fumar?

TON. ¿A mí?

PEP. (*Aparte.*) (¡Como lo niegues, te araño!) (*Alto.*) ¿Y no sabes que ha dicho que debes acostarte antes de las once?

TON. ¿Que yo...?
PEP. *(Aparte a Tonico.)* (Como discutas, la araño a ell
SUSI. ¿Pero estás malo?
TON. Eso dicen... Yo no me noto nada... Pero eso dicen.
SUSI. Pues lo primero la salud. Conque, bien hallados, recibid mi enhorabuena. Adiós, Tonico. Adiós, querida.
PEP. Adiós, preciosa... *(Mientras la otra hace mutis por izquierda.)* Adiós, adiós, a..., a... *(Susi cierra la puerta.)* ¡A te mueras!
TON. ¡Pepita!
PEP. ¿Con que habéis sido novios? ¿Con que has esta colado por ella?
TON. Entonces no te conocía.
PEP. ¿De modo que te pide lumbre y tú se la das?
TON. ¿Y qué importancia tiene eso?
PEP. ¿Que no tiene importancia? Pues, mañana, al prime que llegue, le pediré un cigarro y después lumbre.
TON. ¡Te guardarás muy mucho!
PEP. Vamos, no te gusta que flirtee yo...
TON. No me gusta que fumes. ¿Es que cuando se pic lumbre se flrtea?
PEP. Demasiado lo sabes. *(Cogiendo el retrato que sacó e su primera escena y mirándolo.)* ¡Granuja! ¡Canalla!
TON. ¿A quién le dices eso?
PEP. A tu retrato.
TON. ¿Y me llamas canalla?
PEP. ¡Y pérfido! ¡Y mosca muerta! ¡Y becerro!
TON. ¿Becerro también? Pues podías buscar otro rumiant *(Pepita se quita una horquilla y pincha el retrato nerviosa.* Pero, ¿estás picando mi retrato?
PEP. ¡Ya lo ves! ¡Te llamo becerro y encima te pico!
TON. Pero, mujer...
PEP. ¡Yo creí que me había casado con un hombre serio me resultas el café de un tupi!
TON. ¿Por qué me dices eso?
PEP. ¡Por la de veces que te cuelas!
TON. ¡Me voy al jardín por no escucharte! ¡Eres inaguan table! ¡Inaguantable! *(Hace mutis por el foro.)*
PEP. ¿Al jardín? ¡Claro! ¡A esperar que me dé sueño me vaya a la cama para poder hablar a solas con la Susi! ¡Pue se equivoca! *(Va a la puerta de la izquierda, echa la llave y s la guarda.)* ¡Ajajá! No me bastaba la Segunda y se present Susi. Ahora que la Segunda, se va mañana mismo. *(Gritando.* ¡Segunda! ¡Segunda! Ya tengo bastante con vigilar a Susi No quiero en mi casa más mujeres con la falda corta y la pe

ıga descubierta. *(Entra por la izquierda Daria, tan ligera de ıa como las otras.)*

DAR. ¿Llama usted a la Segunda?

PEP. ¿Pero quién es ésta, más despechugada que las otras?

DAR. Soy la Daría. La doncella de la señorita Susi.

PEP. ¿De modo que la Daría? ¿La Daría? *(Aparte.)* (¡La ría dos patadas!)

DAR. La Segunda debe estar en el jardín.

PEP. ¿En el jardín? ¡Ay, Dios mío! *(Entra Segunda por el ro. Trae el brazo derecho encarnadísimo, en forma que pueda r bien visto por el público.)* ¿De dónde vienes?

SEG. Estaba en el jardín con un señor.

PEP. ¡No puede ser otro que Tonico!

SEG. Y ha querío pellizcarme. Y hemos apostao...

PEP. ¿Qué habéis apostado?

SEG. A real por pellizco.

PEP. *(Viéndola el brazo.)* Pero, ¿esto qué es?

SEG. ¡Que le he ganao dieciocho pesetas! *(Mostrándolas.)*

PEP. Pues yo te las apuesto todas a un solo pellizco.

SEG. Perderá la señora, pero bueno. *(Pone el brazo. Pepita coge tal pellizco que la otra grita.)* ¡Ay, ay!

PEP. ¡Vengan las diez y ocho pesetas! ¡Y mañana, en cuanᴐ te levantes, me las traes de árnica! ¡Estaría bueno que mi asa se convirtiese en la taberna de tu pueblecito!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un gabinete. Al foro, un balcón, con sus cristaleras cerradas; a través de dichos cristales entra la luz de la luna, única que alumbra la escena. A la izquierda, una puerta abierta y con una cortina corrida. A la derecha, otra puerta cerrada, hasta que el diálogo indique lo contrario. A uno de los lados de la ventana, un «secretaire». Al otro, un biombo con unos chinos pintados; cerca de la puerta derecha, la llave de la luz eléctrica. Una «chaiselongue» en primer término, cubierta por una piel o por un mantón antiguo. Una mesa pequeña.

Un reloj lejano hace sonar las once. En la ventana se recorta la figura de un hombre. Chirría un cristal, como cortado por un

diamante; la mano del ladrón lo retira cuidadosamente, lo sa hacia el jardín, y se oye el ruido del cristal que se rompe. ladrón pasa luego la mano por el hueco que el cristal dejó libre, levanta la falleba; el balcón queda abierto; el intruso penet en el gabinete. Viste un mono de los que usan los mecánico lleva una gorra encasquetada hasta los ojos; un pañuelo, ata a la nuca, le cubre la cara desde la parte superior de la na hasta el cuello. Al entrar enciende una linterna de bolsillo. E cucha. Se dirige de puntillas al «secretaire» y abre un cajó Saca algo, son alhajas. Las tira sobre el «secretaire» despreci tivamente. Abre otro cajón. Nada. Otro, lo mismo. Se detie como si oyera ruído. Va hacia el balcón y mira al exterior. Asu tado, apága la linterna y se queda junto al balcón, complet mente pegado al muro. En el balcón aparece Tonico, vestic como al finalizar el acto primero. Salta dentro de la habitació Con los brazos extendidos avanza en busca de la luz. El otro deja paso, y, aprovechando el momento en que Tonico se alej de espaldas a él, salta por el balcón y desaparece. Tanto en l aparición de Tonico y del ladrón, como en la desaparición d éste último, debe tenerse en cuenta que suben y bajan por un escalera de mano que se supone bajo el balcón. El ladrón n es otro que don Rigoberto, disfrazado.

TON. Suerte ha sido que el disgusto con Pepita me obligase pasear por el jardín. Así he podido ver de lejos cómo el ladró cogía la escalera del jardinero, la apoyaba en la fachada y subí por ella. Ha sido mejor no asustarle, porque aquí dentro no ha medio de que se me escape. *(Sigue avanzando a tientas. Tropieza con un mueble y hace ruido. Pausa corta, y aparece en la izquierda Susana; viste un elegante pijama y calza chinelas.)*

SUSI. ¿Qué ruido será ese? ¡Habrá ladrones! Si encontrase la puerta!...

TON. ¡Oigo pasos! ¡Como yo le cace!... *(Vuelve hacia Susi.)*

SUSI. *(Avanzando a su vez.)* ¡Andan por el gabinete! ¡Vienen hacia mí! *(Llega a la «chaiselongue», levanta la piel o mantón que la cubre y se tapa con ella.)* ¡Ay, Dios mío! ¡Qué miedo!

TON. *(Tropezando al avanzar con un sillón, donde está el maletín de Susi.)* ¡Ya dí con él! ¡Arriba los brazos! Pues no dí con él, porque esto es un sillón... En seguida iba a subir los brazos... Y aquí un bulto... ¡Bah! Es una maleta. *(Llega a la «chaiselongue» y pone las manos sobre ella.)* Aquí hay otro bulto. ¿Será otra maleta? *(Pasando la mano sobre piel.)* No... Parece una mujer... *(Pasando nuevamente la mano.)* ¡Pues no es maleta! *(Al llegar a los pies, que es lo único de Susi que sobresale, se detiene.)* ¡Demonio, si lleva pantalones! ¡Y qué anchos son! Se

...a del ladrón, no cabe duda. ¡Así! ¡Le cojo de un pie, y ya se me va!

SUSI. *(Se levanta, dejando una zapatilla en manos de Tonico.)* ...e ha quitado una zapatilla! ¿Para qué la querrá?

TON. ¡Arrea! Esto, ¿qué es? ¡Una chinela!... ¡Qué raro, un ...rón en Madrid con chinelas y pantalón chanchullo!... Como ...le coja... *(Tropieza con Susi y la sujeta.)* ¡Le cogí!

SUSI. ¡Dios mío! ¡Suélteme! ¡Suélteme!

TON. ¡Una mujer! *(La suelta.)*

SUSI. *(Llegando a la derecha.)* ¡Ah! ¡La llave de la luz! ...racias a Dios!

TON. *(Al hacerse la luz.)* ¡Susana!

SUSI. ¡Tonico!

TON. ¿Qué haces aquí?

SUSI. Eso mismo te pregunto yo. Supongo que me darás ex... caciones, que me darás excusas, que me darás la zapatilla...

TON. Toma. Y ahora, escúchame y todo lo comprenderás.

SUSI. Lo comprendo todo y las aclaraciones son inútiles. No ...eo que tu presencia en mi dormitorio sea tan difícil de com... ...ender.

TON. ¿Qué quieres decir?

SUSI. Que, cuando fuímos novios, estabas coladísimo por mí; ...e, al verte dispuesto a las mayores locuras, rompí contigo para ...e aquellas locuras no salpicasen mi decoro; que, como enton... ...s no lograste tus propósitos, hoy te aprovechas de la hospitali... ...ad que tu mujer me ha dado y penetras por ese balcón lo mis... ...o que un ratero, olvidando tu condición de caballero y convir... ...éndote en el más vil de los rufianes.

TON. Tienes más fantasía que un traje de «soiré».

SUSI. Ten, al menos, el valor de tus actos. Confiesa que el ...mor que me tuviste y que suponías muerto, no estaba muerto, ...no dormido; confiesa que, al verme de nuevo, el amor aquel ...a despertado y, empujado por él, saltaste por ese balcón a men... ...igar una limosna de cariño, quién sabe si dispuesto a emplear ...a violencia, acaso decidido a cometer el crimen...

TON. Déjate de escenas calderonianas y escúchame.

SUSI. ¿Escucharte? ¿Para qué? ¿Qué vas a decir? ¿Qué ...orpes disculpas puedes encontrar? ¡Cuánto debes sufrir, obse... ...ionado por ese amor irrealizable! ¡Te compadezco y te perdono!

TON. ¡Habla más bajo, por lo que más quieras!

SUSI. No tengas miedo de que llame. ¡No llamaré!

TON. ¿Cómo?

SUSI. Me basto yo sola para defenderme. Yo nunca tuve mie... ...do a nada. Cuatro foragidos asaltaron mi casa de Nueva York y a los cuatro les hice frente y les hice huir.

TON. Pero, ¡por Santa Rita, que es la abogada de los posibles!

SUSI. ¡Avanza un paso más y te saco los ojos!

TON. ¡Pero por Santa Lucía, que es la abogada de la vis

SUSI. Y te dejaré grabadas las cinco yemas de mis de

TON. Pero, ¡por San Leandro, que es el abogado de yemas!

SUSI. Habla lo que quieras, pero a distancia. No hagas se moleste el juez de guardia levantando un cadáver en habitación. *(Al decir esto saca un revólver y apunta a Toni*

TON. Susana, guarda eso, que me estás haciendo sudar gota gorda.

SUSI. Pues, como avances un paso más, te dejo seco.

TON. Te suplico que pongas el secante hacia otro lado.

SUS. *(Ocultando el revólver.)* Está bien. Habla.

TON. Pues, oye. El cariño que dices te tuve, no está muer

SUSI. Ya te lo dije yo. Está dormido.

TON. ¡Está panteonado! A mí no me ha traído aquí n gún amor. Yo no estuve, jamás, colado por ti.

SUSI. ¡Esa es una grosería incalificable!

TON. ¿Qué?

SUSI. ¡A una mujer no deben decírsele esas impertinencia

TON. ¿Cómo?

SUS. Tu entrada aquí, traído por el amor, tenía discu pa. Lo imperdonable es ese mentís con el que vienes a decirme «Estás equivocada. No te mereces tanto...» ¡En mi vida he vi to grosería mayor!

TON. ¿Suponías que yo me había colado por ti? Pues que se ha colado eres tú.

SUSI. ¿Qué quieres decir?

TON. ¡Que se te ha visto el plumero!

SUSI. ¡Encima chulerías! ¡Imperdonable! ¡Oh! ¡Imperdo nable! Cómo se conoce que eres español...

TON. ¿Por qué?

SUSI. Por tu falta de galantería con las damas. ¿Tú sabe lo que hubiera hecho un yanqui en tu lugar? Pues, aun suponiendo que fuese mentira lo que yo imaginé, después de besarme la mano con toda gentileza, hubiera murmurado: «Perdón, mis Susana; habéis comprendido mis torpes intenciones; sois tan inteligente como bella.» Así me habría evitado este triste ridículo en que tú me has puesto ante la gente.

TON. Nadie lo ha escuchado.

SUSI. ¿Y yo? ¿Es que yo no soy nadie? Pero, veamos: entonces, ¿por qué te encuentras en mi dormitorio?

TON. Porque aquí ha entrado un ladrón.

SUSI. Aquí no ha entrado nadie más que tú.

TON. Yo detrás del ladrón, que seguramente nos está es-
chando escondido en tu alcoba.

SUSI. ¡Qué vergüenza! ¡Tener un testigo del ridículo en
e me ha puesto este mal educado!

TON. ¡Susana!

SUSI. ¿Qué pensará de mí ese señor?

TON. ¿Qué señor?

SUSI. El ladrón. Pero no. Ese es un infundio que has in-
ntado para justificarte.

TON. ¡Ah, sí! Pues ahí te quedas con el ladrón.

SUSI. ¡Ay, Tonico! ¡No me dejes sola, por tu madre!

TON. Te advierto que no se trata más que de uno. Y si en
ueva York hiciste huir a cuatro...

SUSI. Ya te he dicho que los yankis son muy distintos de
s españoles... Son más caballeros... Más educados...

TON. Pues, mira, que te defienda un yanki.

SUSI. ¡No, Tonico! Quise decir que..., que... ¿Pero es que has propuesto ponerme en ridículo cada cinco minutos?

TON. Bueno, basta. Registraremos.

SUSI. Registra tú. Yo me quedo aquí por si viene otro.

TON. Pues dame el revólver.

SUSI. Y si te acomete por la espalda, ¿con qué te defiendo?

TON. Sea. *(Hace mutis por la izquierda.)*

SUSI. ¡Qué lástima! ¡Tan bonito como resultaba que hu-
iese entrado en un momento de locura amorosa! ¡Qué escena
ás sublime! Pero ha sido por causa de un ladrón..., ¡qué
osa más vulgar!

TON. *(Saliendo.)* No hay nadie. Sin duda, mientras yo avan-
aba, él se marchó otra vez por el balcón.

SUSI. *(Indignada de nuevo.)* ¿Lo ves?

TON. *(Dando un salto.)* ¿Dónde?

SUSI. ¡Digo que lo estoy viendo!

TON. Y yo digo que dónde.

SUSI. ¡Que lo estoy viendo claro! ¡Que no hubo tal ladrón!
Que era verdad lo que yo imaginaba!

TON. (¿A que se sale con la suya?)

SUSI. Vete, Tonico. ¡Te compadezco y te perdono!

TON. ¡Te juro que...!

SUSI. Ni una palabra... Comprendo tu sufrimiento... ¡El
amor dignifica las más bajas pasiones...! ¡Véte!

TON. Bueno; como te dé la gana. *(Llega a la puerta de la
derecha y trata de abrirla.)* ¿Cómo? ¡Han echado la llave!

SUSI. Habrá sido fuera, porque yo...

TON. No te apures. Me marcharé por la misma escalera donde subimos el ladrón y yo. *(Llega al balcón.)* ¿Qué?

SUSI. Pero, ¿qué pasa?

TON. ¡Que el ladrón, al irse, ha retirado la escalera!

SUSI. ¡Pues tírate!

TON. Imposible. Es una altura un poco respetable.

SUSI. Llamaremos para que te abran.

TON. ¿Y cómo le explico a mi mujer?...

SUSI. Le cuentas, como a mí, el cuento del ladrón, a si ella te cree. Y hasta puedes decirle que te encontraste c ocho, o con veinte, o con cuarenta...

TON. ¿Pero cómo quieres que a la edad de mi mujer r ponga a contarle el cuento de los cuarenta ladrones? ¡Ah! ¡ está! Voy a coger las sábanas, a atarlas entre sí haciendo r dos, y de esta forma podré deslizarme hasta el jardín.

SUSI. Para que acabes antes, yo te ayudaré.

TON. *(Haciendo mutis por la izquierda.)* Pues andando.

SUSI. *(Haciendo mutis detrás de él.)* ¡Qué osado es el amo Si cada soldado alemán hubiera tenido en París la mujer am da, ¡cómo habría variado la batalla del Marne! *(Al desaparec Susi por la izquierda, se oye en la derecha el ruido de una llav Se abre la puerta y entra Pepita.)*

PEP. Pues no parece que haya nadie. Pero que Tonico r estaba en el jardín, no cabe duda. Y cuando la escalera d jardinero se apoyaba contra este balcón, era para algo. Cla que, si ha subido alguien, no ha podido bajar, porque yo he t nido muy buen cuidado en quitar la escalera.

SUSI. *(Dentro.)* ¡Ajajá! *(Sale de espaldas a Pepita, arra trando unas sábanas anudadas.)*

PEP. *(Aparte.)* (¿Cómo?)

SUSI. Hay que tirar fuerte para apretar los nudos. *(Tira d las sábanas fuertemente y las sábanas se ponen en tensión com si alguien tirases de ellas desde dentro.)*

PEP. *(Aparte.)* (¿Qué estará haciendo? ¿Pensará ahorcarse Pues, para eso, podía haberse quedado en la fonda.)

SUSI. ¡Hay que tirar más fuerte!

PEP. *(Aparte.)* (Esto es que antes de acostarse hace gimna sia. Será costumbre en Norte América.)

SUSI. ¡Más fuerte aún!

PEP. *(Aparte.)* (¡Si es con mis sábanas! Pues podía habers comprado unas poleas...

SUSI. ¡Más fuerte!

PEP. *(Aparte.)* (Como siga una semanita aquí, voy a tene que reponer la ropa blanca.)

SUSI. Basta. Así. *(Haciendo mutis por la izquierda. Llevándose las sábanas.)* La verdad es que la cosa tiene gracia.

PEP. Y encima le hace gracia. Pues yo no se la veo. Y hay que ver cómo está. Con un pijama. Bueno; en seguida dejo yo que mi Tonico la vea de esa forma. *(En este momento, Tonico, de espaldas a Pepita, sale por la izquierda arrastrando las sábanas. Pepita, asombrada, dice aparte.)* (¡Tonico!)

TON. Ahora tiraré yo desde aquí. *(El mismo juego de antes.)* ¡Fuerte!

PEP. *(Aparte.)* ¿Se estarán preparando para un campeonato de tendido de cables?

SUSI. *(Dentro.)* ¡Más fuerte, hombre! Como si disputásemos la copa.

TON. ¡Eso! ¡A ver quién se la gana!

PEP.. *(Aparte.)* (¡Los dos! ¡Se la van a ganar los dos!)

TON. ¡No se te escape esa punta y me lleve un porrazo!

PEP. *(Aparte.)* (¡Que te llevas el porrazo, es viejo!)

TON. ¡Tira más fuerte! Como si se tratase de dos equipos luchadores. *(En este momento sueltan las sábanas desde dentro y Tonico cae sentado en el suelo. Pepita se pone ante él.)*

PEP. ¡Has perdido la copa, campeón!

TON. *(Sin moverse del suelo.)* ¡Pepita!

SUSI. *(Dentro.)* ¿Te has caído?

PEP. ¡Se ha caído con todo el equipo!

SUSI. *(Saliendo.)* ¡Pepita!

PEP. Y tú te has caído con todo tu pijama. Y yo debo haberme caído de un nido, porque si no no me lo explico. *(A Susi y* ¿Me quieres decir qué significa esto?

SUSI. Que te lo diga tu marido.

TON. Verás, Pepita. Estando yo en el jardín, ví a un hombre que, subiendo por una escalera, se introducía aquí.

PEP. ¿Y dónde está ese hombre?

TON. Ha debido marcharse quitando la escalera...

PEP. ¿De modo que quitando la escalera?

TON. Que han abierto estos cajones, es indudable. *(Por el secretaire.»)*

SUSI. ¿Me habrán robado las ahajas? No; están todas aquí.

PEP. De forma que están todas? Pues mira, eso de ladrón, se lo cuentas a un guardia de la porra.

SUSI. Lo mismo he dicho yo.

PEP. Y tú no vengas a dártelas de inocente.

SUSI. ¡Pepita!

PEP. En primer lugar, la escalera la he quitado yo.

SUSI. ¡Qué graciosa! *(Riendo.)*

PEP. En segundo lugar, esto no tiene gracia. Y en tercer lu-

gar, el ladrón hubiese tenido que estar en el jardín cuando t
liste, y en el jardín no hay ningún sitio dónde poder escon
sin que tú le hubieses visto al segundo paseo.

TON. Podía estar subido en cualquier árbol.

PEP. ¿En cuál?

TON. En la higuera.

PEP. La que estaba en la higuera era yo.

SUSI. ¿Y qué hacías en la higuera?

PEP. ¡El ridículo!

TON. ¿Qué quieres decir?

PEP. ¡Que aquí no hay más ladrón que tú! ¡Que eres
fresco!

SUSI. ¡Es un mal caballero!

PEP. ¿Cómo?

SUSI. ¡Y un rufián!

PEP. ¡Basta! ¡A mi marido no le insulta nadie!

SUSI. Pues tú le acabas de insultar.

PEP. Para eso es mi marido. Pero a ti no creo que te to
nada.

SUSI. ¡Pepita!

PEP. Aunque, a lo mejor, sí que te toca.

TON. ¡Arrea!

SUSI. ¿Qué?

PEP. Las señas son mortales.

SUSI. ¡Mira lo que dices!

PEP. ¡Qué escena más preciosa! El jardín, la luna, un b
cón, la escala hecha con sábanas... ¡Romeo y Julieta! No f
taba más que el canto de la alondra.

SUSI. ¿Qué?

PEP. Tú eres un Don Juan de guardarropía, y tú una do
Inés de malos hábitos...

SUSI. ¿Y tú qué eres?

PEP. El comendador, que llega con gente armada. Pero r
sulta que aquí no hay ni Guadalquivir, ni barca que os lleve ha
ta Sevilla...

TON. Pepita, no metas el remo.

PEP. No hay ni siquiera quinta. Bueno; no hay quinta, pe
hay Segunda. Y de eso ya hablaremos luego.

SUSI. Pues yo te juro, como me llamo Susana...

PEP. ¡Susana! Si lo sabe tu tocaya la Casta, se confirm
otra vez.

SUSI. Pues, lo quieras o no, yo me llamo Susana para se
viros...

PEP. Será para servir a mi marido, porque lo que es a mí.

TON. ¡Ni a mí tampoco!

PEP. ¡Basta! Mañana mismo me marcharé de esta casa. Ahí te dejo con esa cursi.

SUSI. ¿Cursi? ¿Yo, cursi?

PEP. ¡Con esa ridícula!

SUSI. ¡Me estás ofendiendo!

PEP. Hace media hora. *(A Tonico.)* De modo que ahí te quedas con ella, y con su madre, que no te arriendo la ganancia, con la Daría, y con Heliogábalo...

TON. ¿Quién es Heliogábalo?

PEP. El «Rol», la ruina en gasolina y reparaciones.

SUSI. ¡Ay, Dios mío! ¡No sé lo que me pasa! ¡Mis nervios se revelan! ¡Ay! *(Cae desmayada en brazos de Tonico.)*

TON. ¿Qué te parece?

PEP. Que se ha equivocado de acto Doña Inés.

TON. ¿Por qué?

PEP. Porque ya habíais representado la escena de la quinta, y ahora quiere representar la fuga del convento.

TON. Por Dios, Pepita, ayúdame a quitarme esta mujer de encima.

PEP. Que se quite ella.

TON. Se ha privado.

PEP. El que no te privas eres tú. Pero ¿cómo te atreves a continuar delante de mí con una mujer en los brazos? ¡Vamos! Hay que ser lo prima que yo soy para tolerarlo!

FILO. *(Entrando por la derecha, con un pijama muy extravagante, gorro de dormir y una vela encendida en la mano.)* Pero ¿qué pasa? ¿Eh? ¡Mi hija! ¿Qué le ocurre a mi hija?

TON. Que se ha desvanecido.

FILO. *(Dándole a Pepita la palmatoria.)* Toma. Haz el favor. ¿Qué es lo que ha pasado?

PEP. ¡Que su hija y mi marido se entienden!

FILO. ¿Que se entienden?

PEP. ¡Los he sorprendido yo!

TON. ¡Pepita!

FILO. ¡Ay! ¡No me lo digas! ¡A mí me va a dar algo!

TON. Pues procure ponerse cerquita del diván.

PEP. ¡Estaban juntos! ¡Encerrados en este dormitorio!

FILO. ¡Ay, cuando lo sepan en Bilbao! ¡Yo me pongo muy mala! ¡Ay! ¡Ay! *(Cae sobre el otro brazo de Tonico.)*

PEP. ¡Tú, delante de mí, con dos mujeres en los brazos! Lo dicho, soy una prima! *(Mirando la vela que sostiene.)* ¡Una prima alumbrada!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Por la mañaan. En escena SUSI, FI
MARÍA. Las dos primeras en pijama.

SUSI. ¡Que no! Son las nueve de la mañana y no qu
permanecer en esta casa ni un momento más. *(A Daría.)*
es que te vas al hotel y le dices al chófer que venga a recoger

DAR. ¿Las señoras irán al hotel desde aquí?

FILO. A dejar las maletas solamente. Dedicaremos la
ñana a espiar a tu novio. Es necesario saber si es muchacho
mal. Tu padre no le conoce más que por las referencias que
otras le dimos, y yo quiero estar segura de que es digno d
antes de pesentárselo. Hay que darse prisa porque, a lo me
tu padre se presenta en Bilbao, y al saber que estamos en
drid, viene a buscarnos.

SUSI. No tendría nada de particular, porque su última vi
a París ya dura un mes.

DAR. Más de un mes, señor'ta. Un mes y cinco días h
que yo entré a servir a ustedes y no pude conocer al señor p
que ya estaba de viaje.

FILO. Es verdad que tú no conoces a mi marido.

DAR. Me pasa lo que al novio de la señorita.

SUSI. Bueno; vete a avisar al chófer, y pregunta en el ho
si hay algún telegrama a nuestro nombre. Dije al salir de Bil
que si ocurría algo me avisasen allí.

DAR. Lo mismo le encargué yo a mi novio.

FILO. ¿A tu novio?

DAR. Sí, señora: anoche iba a hablar mi novio con mi pad
y, como mi padre se opuso siempre a nuestras relaciones, te
tener malas noticias.

SUSI. Pues ve a lo que se te ha mandado y que sean buen
las noticias que tengas.

DAR. Mil gracias, señorita. *(Mutis por la derecha.)*

FILO. ¿Y vamos a marcharnos sin despedirnos de Pepita?

SUSI. No creo que, después de lo de anoche, tengamos q
guardarla consideraciones.

FILO. Llevas razón. Mira que tomarte a ti por una muj
«adulterada».

SUSI. Adúltera, mamá.

FILO. Como si eso fuese posible en una mujer que va a h
redar dos millones y que tiene un «rol». Eso se queda para la
pobres que, por pasear en un triste «fotingo», son capaces hast
de meterse en los «cabaretes» y en los «súperes tangos» y de ha
cerse mujeres de «mi mundo».

SUSI. ¿De tu mundo?

FILO. «De mi monde», que dicen los franceses. Cuántas hay ue, sólo por el afán de que las llamen señoritas, dejan el oficio se meten en los coros de los teatros.

SUSI ¿Y por eso las llaman señoritas?

FILO. Señoritas «en conjunto»; de modo que en cuanto se ueda una sola se acabó el señorío.

SUSI. Mira que supones Pepita que yo estaba de acuerdo con onico...

FILO. Como para darla un puñetazo en un ojo y echarla fuera «rutina».

SUSI. ¡La retina, mamá! Es preciso que te fijes en lo que ablas. Te pones en ridículo *(Pepita aparece en la derecha y quea escuchando. Las otras no la ven.)*

FILO. Pues yo me creo que hablo demasiado bien para haber do cocinera del padre de tu padre.

SUSI Bueno, mamá, cállate eso. Y vamos a vestirnos a tu abitación para marcharnos antes de que se levante Pepita. No uiero verla más. Yo he aprendido a boxear en Norte América me molestaría mucho tener que darla un *directo* o un *hipercut* un *crochet*.

PEP. *(Avanzando.)* Eso es lo que debías aprender tú, *crochet*, ue no sabes ni cómo se coge una aguja.

FILO. ¡Pepita!

SUSI. ¿Qué quieres decir?

PEP. Que procures no entrenarte conmigo, porque si tú sabes irar *directos* yo sé tirar retorcidos.

SUSI. ¿Retorcidos?

PEP. Vamos, que me agarro del pelo de una mujer y hago sí. *(Retorciendo la mano y como si tirase.)* Y me dan matrícula e honor en matemáticas.

SUSI. ¿En matemáticas, por qué?

PEP. Porque extraigo las raíces mejor que un catedrático.

SUSI. ¿De modo que sigues creyéndome cómplice de Tonico?

PEP. Cómplice, no; inductora, sí.

SUSI. ¿Inductora yo de que tratase de seducirme?

PEP. No fué él el que trató de seducirte a ti. Fuíste tú la que rató de seducirle a él.

SUSI. Te suplico que rectifiques.

PEP. ¿Qué hiciste tú apenas te hallaste ante Tonico? Ofreerle un cigarro, pedirle lumbre, sentarte frente a él con los braos desnudos hasta el hombro...

FILO. ¡Vaya una cosa!

PEP. ¿Y qué querías que mi marido pensase de tus brazos? ¿Qué pretendías que mirase al fijarse en tu escote. ¿La cruz que levabas colgada sobre él? Pues no se fijó en la cruz. ¡Se fijó en el Calvario!

FILO. Pues pudo fijarse en la cruz, porque te advierto que vale ocho mil reales.

PEP. Después cruzaste las piernas y se las enseñaste.

SUSI. Eso lo hacen todas las muchachas.

PEP. Por eso los hombres son hoy los seducidos y vosotras las seductoras. ¿Ha entrado aquí Tonico con los brazos al aire y el pecho al descubierto? ¿Se ha remangado los pantalones para que le vieses bien las piernas?

FILO. ¿Cómo quieres que tu marido fuese tan desvengonzado?

PEP. Es verdad. Mi marido, como todos los hombres, aún tiene la suficiente vergüenza para no enseñar en público sus desnudeces. Eso se queda para las niñas «bien».

SUSI. ¡Pepita!

PEP. ¡Las atrevidas sois vosotras, las frescas sois vosotras!

FILO. ¿Mi hija fresca?

SUSI. ¿Fresca yo?

PEP. Como que vas al Polo y las focas se tienen que poner un *petigris*.

SUSI. Cuando te atreves a pensar que yo he tratado de seducir a Tonico es que, seguramente, tú acudiste a esos medios para atraparle, y por eso te escamas ahora.

FILO. Claro; sólo puede pensar así quien ha sido cocinero antes que fraile.

PEP. ¡Aquí no hay más cocinera que tú!

FILO. ¿Cocinera yo? ¿Por qué lo dices? ¿Por la forma en que hablo? Pues te advierto que yo soy una mujer de principios.

PEP. De principios, de sopa y de cocidos. Ya lo sé.

SUSI. Pero, ¿qué dices?

PEP. La verdad desnuda. Casi tan desnuda como tú en traje de calle. Porque, en casa, para ir más decorosa, te vistes de hombre.

SUS. Esto es un pijama.

PEP. Ya lo sé. Y a ti no te sienta mal del todo, pero a tu madre, hay que verla. Es la sota de oros. ¿Duermes con él puesto?

FILO. Claro que sí.

PEP. ¿Y qué te dice tu marido?

FILO. Le parece muy bien.

PEP. Es muy capaz. Y hasta puede ser que duerma él con camisón. *(Entra Tonico por la derecha.)*

TON. ¿Pero, qué ocurre?

SUSI. Que tu mujer nos está faltando.

TON. Me lo temía.

PEP. Yo las estoy faltando a ellas y ellas a mí me están sobrando.

SUS. ¿Qué quieres decir?

PEP. Que hace un día muy hermoso, que debéis enviar por vuestro rol y daros en él un paseíto...

TON. Pero, ¿qué haces, Pepita?

PEP. Mandarlas a paseo, ya lo ves. Y, para que se convenza la gente del peso que aguanta el automóvil, podéis poner en él vuestros baúles.

SUS. Eso es que nos echas...

PEP. A buen entendedor con poca gasolina basta.

TON. Pepita, eres injusta.

SUS. ¡Vámonos, mamá! Daría me llevará mi ropa a tu habitación.

FILO. ¡Sí, vámonos de esta casa, de donde nos echan!

SUS. ¡Horrible! ¡Horrible! *(Hacen mutis las dos por la derecha.)*

PEP. ¡Ay! ¡Qué tranquila se queda una después de desahogarse a gusto!

TON. Has hecho mal. Susana es tan inocente como yo.

PEP. Puedes evitarte explicaciones porque no las creo.

TON. Los celos te ciegan.

PEP. Y te advierto que, desde ahora, tendremos habitaciones distintas. Desde anoche has dejado de ser el dueño de esta casa y serás considerado como mi huésped. Esto, naturalmente, mientras entablo yo el divorcio.

TON. ¿El divorcio? ¡Pepita, que te juro por las once mil y pico de vírgenes que estás obcecada!

PEP. Tendrías que demostrármelo.

TON. Y si te lo demostrase, ¿se arreglaría todo?

PEP. Se arreglaría lo del ladrón, porque en seguida empezaríamos a hablar de lo de Segunda.

TON. Pero, ¿quién es Segunda?

PEP. Mira, no te hagas el tonto, porque esa muchacha tiene hoy el brazo con capelo....

TON. ¿Quién es esa velluda?

PEP. No, si lo del capelo no es por el vello. Es que la has hecho un cardenal que el de Cisneros a su lado es un cura de aldea. Y, sobre todo, que hasta que no encuentres a ese ladrón y me lo traigas, no cuentes con que tú y yo nos arreglemos.

TON. ¿Que yo busque al ladrón? Pero, ¿tú me has tomado a mí por Sherloc-Holmes?

PEP. ¿Y tú me has tomado por la tronera de una mesa de billar, que se traga todas las bolas que la echan? Pues yo no soy ninguna tronera.

TON. Claro que no.

PEP. Aquí no hay más tronera que tú.

TON. Está bien. Adiós.

PEP. ¿Dónde vas?

TON. A la Comisaría, al Juzgado, a la cárcel; a buscar al ladrón.

PEP. ¿Pero tú crees que lo vas a traer?

TON. ¡Yo te lo traigo, aunque sea uno de los siete niños de Ecija! *(Hace mutis por la derecha.)*

PEP. A mí no me traigas niños de nadie, que luego hay que molestar a mucha gente para que concedan el indulto. *(Esto lo dice desde la puerta. Después vuelve al centro de la escena. Viendo el revólver de Susi que aún permanece tirado en el suelo.)* ¡Demonio! ¡Un revólver! *(Cogiéndolo.)* Algún otro olvido del antiguo dueño de hotel. Lo guardaré para ponerlo con los retratos y las cartas. *(Se lo guarda. Entra por la derecha Daría; viene llorando y con un telegrama en la mano.)* ¿Dónde vas tú?

DAR. Por la ropa de la señorita Susi.

PEP. Pero, ¿qué te ocurre?

DAR. ¿Qué quiere usted que me ocurra? Lo de siempre.

PEP. ¡Ay, Dios mío! ¿A que te has tropezado con mi marido y ha querido apostar como con Segunda?

DAR. No, señora. A mí no hay quien me pellizque sin que yo le cruce la cara. Y a su marido no le he visto ni una sola vez desde que he llegado.

PEP. Pues entonces, ¿qué es lo que te pasa?

DAR. Que he ido al hotel y me han dado este telegrama de mi novio. *(Se lo da a Pepita.)*

PEP. *(Leyendo.)* «Pedí tu mano en tu casa. Tu padre dióme con el pie allí mismo. Opondráse relaciones mientras yo no tenga dos mil pesetas para negocio. Tu padre es... Dice el telegrafista que tengo que tachar lo que es tu padre. Tuyo, Heliodoro.» Recoge en seguida las cosas de tu señorita y vete pronto para abajo. No venga el señorito por aquí y tengamos otra como la de Segunda.

DAR. Ya le he dicho a usted que no conozco al señorito.

PEP. Pues hija, es raro, porque en esta casa no entra más hombre que él. *(Haciendo mutis por la derecha.)* ¿Qué será el padre de ésta que no puede decirse por telégrafo? *(Mutis.)*

DAR. ¡Qué desgracia la mía! Si yo tuviese el dinero para prestárselo a mi novio... *(Coge el maletín y empieza a meter en él las cosas de Susi que hay sobre una mesa: un espejo, peines, cepillos, algún frasco.)* Pero ¿de dónde voy a sacar yo dos mil pesetas? Vaya, ya está. No creo que me deje nada. *(Cierra el maletín.)* Ahora, la ropa. *(Mirando a todos lados.)* ¿Dónde la habrá dejado? ¡Ah, estará en la alcoba! *(Hace mutis por la izquierda. Cuando ha desaparecido, asoma por la derecha Rigoberto.)*

RIG. ¿Se puede? ¿Se puede? *(Entrando.)* Tampoco hay nadie aquí. La puerta del jardín abierta; el vestíbulo solo... ¡Qué des-

cuido! Si yo pudiese aprovecharme de ello para buscar las cartas y los retratos... Así me evitaría la vergüenza de tener que pedirlos, si no se los han llevado ya Agapita y Dolores. Y no hay duda que los dejé en este mueble.... *(En el momento en que va a registrar, sale Daría por la derecha con alguna ropa de mujer al brazo.)*

DAR. Aquí está todo. *(Viendo a Rigoberto.)* ¿Eh?

RIG. ¡Caray, otra muchacha!

DAR. *(Aparte.)* Sin duda es el señorito. *(Alto.)* Buenos días, señor.

RIG. Buenos días. *(Aparte.)* Pues si la de anoche era jamón serrano, ésta es jamón de York. ¿Con qué las criarán en esta casa?

DAR. Parece que al señor le gusta pasear muy de mañana. Así está de saludable y de joven.

RIG. *(Aparte.)* Otra que me piropea. *(Alto.)* ¿Tú sabes quién soy yo?

DAR. Me lo figuro.

RIG. *(Aparte.)* Voy a ir preparando diez y ocho pesetas, porque esto es que ha hablado con su compañera.

DAR. El señor es el dueño de esta casa.

RIG. Lo fuí hasta hace poco tiempo, pero ahora no lo soy. Ya he perdido en ella toda mi autoridad.

DAR. Claro... Después de lo de anoche...

RIG. ¿Lo de anoche?

DAR. Sí; no se haga usted de nuevas. Lo sé todo. ¡Mire usted que atreverse a entrar por ese balcón!...

RIG. ¿Que yo entré por ese balcón?

DAR. Pero ¿va usted a negarlo?

RIG. Y tú, ¿cómo sabes que era yo?

DAR. Pues si aquí lo sabe ya hasta el gato! Usted vino, porque aquí había algo que le interesaba mucho...

RIG. Ni que fueras adivinadora. Porque es verdad que yo entré, con la gorra y el «mono» de un mecánico. Sabía que hay otra persona interesada en lo mismo y quise evitar que, durante la noche, me ganasen la partida... Porque, como yo había cometido la torpeza de enamorarme...

DAR. Y fueron ustedes novios. Ya lo sé.

RIG. Tú eres hechicera.

DAR. Le suplico que no me piropee.

RIG. Quiero decir que eres una bruja.

DAR. ¿Que yo soy una bruja?

RIG. Vamos, que no ignoras nada *(Aparte.)* No cabe duda que Dolores ha pasado por aquí.

DAR. Ella me lo ha contado todo.

RIG. Lo suponía. Pero lo que seguramente no te ha contado es que tiene un hijo que asegura que es mío.

DAR. *(Asombrada.)* ¡Que ella tiene un hijo!...

RIG. Un niño, al que le llaman Pito.

DAR. ¿Pito?

RIG. Agapito, pero le dicen Pito, cariñosamente.

DAR. *(Aparte.)* ¡La de cosas que estoy averiguando!

RIG. Pero a mí me consta que ese niño no es mío.

DAR. ¿No?

RIG. Es de otro que tuvo antes que yo.

DAR. ¿Que antes tuvo otro?

RIG. Y después otro.

DAR. ¿Después también?

RIG. Un jovenzuelo con el que la cogí y a quien estoy buscando para partirle la cabeza...

DAR. ¡Vaya un lío! Y decía la madre que eran tan honradas.

RIG. No; si la vieja no es madre de ella.

DAR. ¿Pues quién es?

RIG. Su tía.

DAR. ¿Otro lío? *(Aparte.)* Pero, ¿a qué gente estoy sirviendo yo? *(Rigoberto se dirige a la puerta para ver si viene alguien. y Daría dice aparte, mientras tanto.)* Bueno, o yo soy tonta, o con este secreto del hijo y del otro y del otro, le saco yo a mi señorita las dos mil pesetas para mi novio.

RIG. *(Cogiéndola la mano con misterio.)* Escucha.

DAR. *(Aparte.)* ¿Qué más me irá a decir?

RIG. *(Avanzando hasta las candilejas con ella.)* Por una mujer...

DAR. ¿Va usted a cantar?

RIG. Por una mujer yo soy capaz de todo. Claro que, al hablar de las mujeres, no me refiero a tu compañera Segunda. Segunda no me gusta nada. Es muy bastota. A mí las que me vuelven loco son las mujeres como tú.

DAR. *(Aparte.)* Ya pareció aquello.

RIG. Y, dime: ¿tú eres también de un pueblecito?

DAR. No, señor. Nací en una capital del Norte. Soy vasca.

RIG. ¿Y tienes novio?

DAR. Sí, señor. Pero mi padre no nos deja que hablemos. *(Compungida.)* ¡Soy más desgraciada!...

RIG. Vamos, no te aflijas... Me enterneces... *(Echándola un brazo por los hombros. Aparte.)* ¡Está de primera! *(Alto.)* ¡Qué dura es la severidad de tu padre!

DAR. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que es dura?

RIG. ¡Durísima!...

DAR. Estoy llena de disgustos...

RIG. ¡Ya lo creo que estás llena!

DAR. Y usted comprenderá que, con tantos disgustos, ya tengo lo bastante...

RIG. Sí, hija, sí. No te hace falta más. *(Apretando.)*

DAR. *(Soltándose.)* ¡Estése quieto!

RIG. El caso es que no se te notan mucho los sufrimientos porque estás tan rolliza como Segunda.

DAR. No, tanto no.

RIG. Te ápuesto siete reales. A ver. *(La pellizca.)*

DAR. *(Dándole una bofetada)* ¡Sinvergüenza!

RIG. ¡Caray! Ya se conoce que eres vasca. Tienes la mano más dura que el Chiquito de Elgoibar.

DAR. Ahora mismo se lo digo a la señorita. ¡Fresco!, ¡más que fresco! *(Hace mutis, indignada, por la derecha.)*

RIG. Pues ya puedo despedirme de las cartas y de los retratos, porque ésta arma el escándalo. *(Llega a la puerta de la derecha.)* ¡Arrea viene gente! Me esconderé en la alcoba, en tanto que se van. Pero, ¿y si registran? No me queda más remedio que meterme debajo de la cama. ¡Rigoberto, en qué líos te ves por culpa de las mujeres! ¡Tengo unas ganas de ser viejo a ver si se me pasa esta manía! *(Hace mutis por la izquierda. Por la derecha entra Tonico, se convence de que no hay nadie y dice.)*

TON. *(Dirigiéndose a la derecha.)* Pasa, Borrego. *(Entra Borrego.)* Ha sido una suerte encontrarte. Me corría prisa verte.

BORR. Y a mí verte aquí.

TON. Di pronto lo que deseas. *(Dejando sobre la mesa un paquete que trae.)*

BORR. ¡Tonico, me voy a suicidar!

TON. ¿Otra vez?

BORR. Otra vez, no. La primera, porque yo no me he suicidado todavía.

TON. ¿Has recibido otra carta?

BORR. No.

TON. ¿Mandaste el dinero?

BORR. Tampoco.

TON. ¿Pues qué has hecho?

BORR. Perderlo en el casino en nuestra partida de pocker.

TON. ¡Borrego!

BORR. No sé de qué te extrañas, porque en aquel negocio del carbón de encina que hiciste con mi padre, ganaste mucho dinero y te lo dejaste en el pocker. No me lo niegues, porque me lo han dicho. Acuérdate que perteneces a mi misma partida.

Pero, en fin, ahora no es cosa de que hablemos de esto. He venido a despedirme de ti, porque me marcho al viaducto.

TON. Merecías que te dejase ir. Pero voy a salvarte por segunda vez.

BORR. Tienes un corazón que lo siembras y nacen pasionarias.

TON. Voy a darte otras cinco mil pesetas, pero con condiciones.

BORR. Si necesitas un limpiabarros no tienes mas que decirlo y me tiendo en tu puerta.

TON. Ya te he contado por el jardín lo que me ocurre. Ahora, escucha: Borrego, yo necesito un ladrón.

BORR. Pues voy a la cárcel a que me presten uno.

TON. No hace falta. El ladrón eres tú.

BORR. ¡Me estás ofendiendo!

TON. Mi mujer no te conoce. Pues es preciso que yo te sorprenda y te presente a ella como si fueses un ladrón de veras.

BORR. Mira que el final de todo eso es una celda en la Modelo.

TON. No hay cuidado. Una vez que ella te vea, yo te perdono, te llevo a la puerta, te doy una patada y tú sales corriendo.

BORR. Salgo corriendo, pero que ahora mismo.

TON. Pues entonces, muere a manos del marido de Eva o aplástate contra la calle de Segovia.

BORR. ¿De modo que o paso por ladrón o paso por el Depósito?

TON. Elige.

BORR. Pero, ¿me pondrás en la puerta?

TON. Y te daré una patada.

BORR. Oye, procura que no sea muy fuerte. Y procura también que esto acabe pronto porque mi papá me ha puesto de encargado en su comercio y no puedo faltar.

TON. ¿De modo que aceptas?

BORR. Aquí tienes a Borrego dispuesto para el sacrificio.

TON. *(Abriendo el paquete que trajo.)* Muy bien. Vamos a disfrazarte.

BORR. ¿A disfrazarme? ¿Y de qué me vas a vestir? ¿De apache?

TON. No, hombre, no.

BORR. Pues te advierto que de Niño de Ecija no me visto, ¿eh?

TON. Trae ese sombrero. Ponte esta gorra. Ahora, el pañuelo. *(Uno que, tapándole la cara hasta los ojos, se lo ata a la nuca.)*

BORR. ¿Me vas a amordazar?

TON. Ahora métete en ese cuarto, y espera a que yo entre a por ti. *(Empujándole a la izquierda.)*

BORR. ¿Hay aquí algún espejo?

TON. A mano izquierda.

BORR. Pues procuraré mirar a la derecha, porque si me veo en el espejo, a lo mejor creo que soy otro, y me muero del susto.

TON. ¡Pronto! ¡Que vienen!

BORR. ¡Lo que iba a llorar mamá Rita si me viese! *(Hace mutis por la derecha. Tonico cierra la puerta, dice, mirando hacia la derecha.)*

TON. Es Pepita. A ver si la convenzo. *(Finge mirar por la cerradura de la puerta izquierda. Por la derecha entra Pepita.)*

PEP. ¿Dónde estará ese granuja? ¿Eh? ¡Mirando por la cerradura! ¡Esto es que se cree que Susi se está vistiendo en ese cuarto! ¡Habrá cinismo! *(Llegando a él.)* ¡Tonico!

TON. ¡Chist! ¡Calla! ¿Sabes quién está ahí? ¡El ladrón!

PEP. ¿El ladrón?

TON. Sí; escucha... ¿No oyes ruido?

BORR. *(Dentro.)* ¡Socorro! ¡Que me matan! *(Pepita corre a la derecha.)*

TON. *(Aparte.)* Eso es que Borrego se ha visto en el espejo y se cree que hay otro.

RIG. *(Dentro.)* ¡Bandido!

PEP. ¡Dios mío!

TON. *(Aparte.)* ¡Pues ese no es Borrego!

BORR. *(Dentro.)* ¡Suélteme! ¡Suélteme!

RIG. *(Dentro.)* ¡Eso quisieras tú!

PEP. ¡Ay, Tonico! ¡Los ladrones son dos!

TON. Indudablemente. *(Aparte.)* Pero ¿quién será el otro?

RIG. *(Que sale por la izquierda sujetando a Tonico por la espalda.)* ¡Ladrón, más que ladrón!

PEP. y TON. ¿Eh?

RIG. Señora... Caballero... Este randa intentaba robar a ustedes. Menos mal que estaba yo aquí para impedirlo.

TON. Y usted, ¿quién es y qué hacía en esa alcoba?

RIG. Si le digo que estaba esperando el tranvía, no me lo va a creer. Pues por eso no se lo digo. Yo soy un transeunte pacífico que marchaba por la calle cuando vi a este hombre escalar sus ventanas... Subí detrás, y cuando trataba de descerrajar un mueble...

BORR. ¡Oiga usted, que yo no trataba de descerrajar nada!

RIG. Luché, le desarmé, y aquí lo tienen.

PEP. ¡Qué tío!

TON. *(Aparte.)* ¡Qué tío embustero!

BORR. ¡Está usted mintiendo descaradamente!

RIG. Eso me lo dice usted mirándome a la cara. *(Poniéndose frente a Borrego y quitándole el pañuelo.)* ¡Así!

BORR. ¡El marido de Eva!

RIG. ¡El jovenzuelo! ¡Lo mato!

TON. *(Interponiéndose.)* No, señor. Pero, ¿quién es este hombre?

BORR. ¡El marido de Eva!

PEP. *(A Tonino.)* Ya lo oyes: Adán.

RIG. Tiene usted razón. No le mato. Las manos de un caballero no pueden mancharse con el contacto de un rufián. Sujételе mientras yo vuelvo.

PEP. ¿Dónde va usted?

RIG. A llamar a la policía. *(Hace mutis por la derecha.)*

BORR. *(Aparte a Tonino, que finge sujetarle.)* ¡Sálvame, por tu madre!

TON. *(Aparte a Borrego.)* Antes de que lleguen huirás por la otra puerta. *(Alto. Viendo que vuelve Pepita que salió un momento detrás de Rigoberto.)* ¡Confiesa que tú fuíste el que entraste anoche por ese balcón!

BORR. *(Aparte a Tonico.)* ¿Qué digo?

TON. ¡Di que sí! ¡Confiesa!

BORR. Digo que sí. Confieso.

TON. *(A Pepita.)* ¿Lo ves? *(A Borrego.)* ¡Vete, canalla! ¡Vete! ¡Te perdono!

PEP. ¿Que se vaya, después del disgusto que me ha dado? *(Sacando un revólver y apuntando a Borrego.)* ¡Como se mueva usted le pego un tiro! ¡Manos arriba!

BORR. *(Subiendo las manos.)* ¡Zambomba!

PEP. *(Yendo a la derecha y mirando.)* ¡Dios quiera que no tarden!

TON. *(Aparte a Borrego.)* ¡Estamos perdidos!

BORR. *(Lo mismo.)* Ya te dije que esto acabaría en la Modelo. Pero yo se lo explico todo a tu mujer. *(Bajando las manos.)*

TON. ¡Borrego!... *(Suplicante.)*

BORR. Escuche usted, señora...

PEP. ¡Como se mueva usted disparo! ¡Manos arriba!

BORR. Si es que quiero explicarla... *(Sube las manos.)*

PEP. Eso al juez, a mí no.

BORR. *(Bajando las manos.)* Pero si es que...

PEP. ¡Una palabra más y le abraso vivo! *(Borrego alza las manos.)* ¡Cuánto tardan! *(Vuelve al foro.)*

BORR. *(Aparte a Tonico.)* ¡A buena hora acepto si me dices que estabas casado con doña Juana de Arco!

PEP. *(Desde el foro.)* ¡Ya vienen a prenderle!

BORR. *(Aparte.)* No hay salida. Me condenan al fuego.

TON. ¿Al fuego?

BORR. A ver. Si hablo me abrasan, y si no hablo me prenden.

RIG. *(Por el foro entra seguido de los Policías 1.º y 2.º)* Aquí le tienen. Este es el hombre a quien yo he sorprendido robando.

POLI. 2.º ¡Al fin le cogimos! *(Llega junto a él.)*

BORR. ¿Cómo al fin? *(Es conducido al foro por el Policía 2.º)*

POLI. 1.º *(Misteriosamente a Pepita, mientras Rigoberto se dirige a la izquierda.)* Escuche usted, señora.

RIG. *(Haciendo mutis por la izquierda.)* Vaya, voy por mi sombrero.

POLI. 1.º *(Aparte a Pepita.)* Sepa usted que hace un mes que se vienen cometiendo en Madrid una porción de robos y de crímenes por una partida que se llama «La Mano Negra».

POLI. 2.º *(A Borrego.)* Tú, seguramente, eres el jefe.

BORR. No, señor. Yo soy el encargado. El jefe es mi papá.

POLI. 2.º ¡Ah! ¿Luego confiesas? *(Al Policía 1.º)* Traiga usted las esposas.

TON. *(Aparte.)* ¡Pobre Borrego!

BORR. ¡Eso sí que no! ¡Espositas, de ninguna manera!

POLI. 1.º ¿Que no? *(Al Policía 2.º)* Sujétale. *(Mientras le esposan, Tonico permanece de espaldas a la puerta de la derecha, por la que entran, en traje de calle, Susi y doña Filo.)*

SUSI. ¿Qué pasa?

PEP. ¡El ladrón! ¡Hemos cogido al ladrón! ¡Está convicto y confeso!

FILO. ¿Entonces son tres?

PEP. ¿Cómo tres?

FILO. ¿No dices que está con Víctor y con no sé qué otro?

SUSI. ¿Y quién es?

PEP. Un bandido peligrosísimo. ¡El encargado de «La Mano Negra»!

SUSI. ¡Qué hombre más interesante! ¡Yo quiero verle!

POLI. 1.º *(Volviendo a Borrego de frente.)* Pues aquí lo tiene.

SUSI. ¿Eh?

BORR. ¡Susana!

SUSI. ¡Mi novio!

FILO. ¡Mi futuro yerno!

RIG. *(Saliendo por la izquierda.)* ¡Mi mujer! ¡Mi hija! *(Vuelve a marcharse por la izquierda sin que le vean.)*

PEP. ¡Mi abuela! ¿Pero qué lío es este?

BORR. Susana, escúchame...

SUSI. ¡No! ¡Nunca! ¡No quiero verte más!

BORR. ¿De modo que ya no te casarás conmigo?

PEP. Pero, ¿cómo puede atreverse a hablar de casamiento un hombre como usted, que sale de aquí con dos esposas? *(Mientras los policías se llevan a Borrego, cae el*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración. En escena, PEPITA y TONICO.

TON. Nada; no discutamos más. Es necesario que yo vaya a la Comisaría ahora mismo.

PEP. Pero, ¿a qué?

TON. A saber en qué queda todo esto. *(Aparte.)* ¡Pobre Borrego! Tengo que salvarle a toda costa.

PEP. Cuando hagas falta en la Comisaría ya te avisarán. Entretanto, aún tenemos que hablar tú y yo de algunas pequeñeces.

TON. Ya hablaremos luego. Ahora me voy a la Comisaría sin pérdida de tiempo. *(Dirigiéndose a la derecha.)*

PEP. Pero, oye...

TON. ¡Que no! *(Hace mutis por la derecha.)*

PEP. *(Haciendo mutis detrás de él.)* Pero, escucha... *(Apenas han salido, Rigoberto asoma la cabeza por la izquierda.)*

RIG. Ya parece que está todo calmado... La verdad es que me he lucido. ¿Qué harán aquí mi mujer y mi hija? Seguramente es que se han enterado de que mis viajes a París eran una patraña y han venido a sorprenderme... Ahora que, en cuanto salga de aquí, cojo el tren y me planto en París; las cartas son la única prueba que me acusa de veras... Y que como las cojan no hay salvación. Con el genio de mi mujer y la educación deportiva de mi hija, es que me arrastran. ¡Bah! Busquemos esas pruebas y huyamos... Una vez con las cartas en la mano, que me arrastren si pueden... *(Va a registrar el «secretaire», cuando se oye la voz de Susi.)*

SUSI. *(Dentro.)* ¡Que no! ¡Que no y que no!

RIG. ¡Es la voz de mi hija! ¡Y viene hacia aquí! Ea, Rigoberto, vuelve a esconderte debajo de esa cama y espera una

nueva ocasión para escaparte... *(Mutis por la izquierda. Por la derecha entra Susi seguida de Pepita.)*

SUSI. Ya puede ponerse mamá como quiera. Estoy decidida a escaparme con mi novio.

PEP. ¿Con el ladrón?

SUSI. Desde que sé que lo es le quiero más.

PEP. ¿Qué le quieres?

SUSI. Figúrate: Yo que le creía un niño «pera» y resulta que es un valiente, un ladrón famoso... ¡Estoy encantada!

PEP. ¿Y tu madre?

SUSI. Dice que de ninguna manera le dará mi mano.

PEP. Y tiene razón.

SUSI. ¿Que tiene razón?

PEP. Pero, ¿cómo le van a dar tu blanca mano al jefe de «La Mano Negra»?

SUSI. Pues huiré con él, y me casaré con él, y robaremos juntos.

PEP. *(Aparte.)* (¿A quién habrá salido esta niña con esos instintos de ladrona?)

SUSI. Me he enterado de algunos de sus robos, y es un hombre ideal.

PEP. Vamos, Susana, medita un poquitín. Piensa que «La Mano Negra» ha hecho robos escandalosos. Uno de los últimos fué en la parroquia del distrito.

SUSI. Me han dicho que mi novio tiene bajo su dirección una banda muy numerosa. Casi todos los robos los hacen en cuadrilla. El asalto a la Parroquia, el asalto al Banco, el asalto al Hospital...

PEP. Como que en la Parroquia entró con veinticinco.

SUSI. Y en el Banco, con treinta...

PEP. Y en el Hospital entró con treinta y nueve.

SUSI. Sin embargo, el robo de la estación de La Encina lo hicieron entre él y otro. Se llevaron llenos de alhajas varios sacos de mano de unos cuantos viajeros. Pero no lograron capturarlos. Dicen que a los que le delatan les deshace la cara a fuerza de darles golpes con una llave inglesa.

PEP. Pues figúrate lo que haría conmigo, que me opuse a que huyera... *(Entra Daría por la derecha.)*

DAR. Doña Pepita, de parte de mi señora, que si tiene usted la bondad de ir...

PEP. En seguida. ¿Qué me querrá tu madre?

SUSI. Dolerse a ti de mi determinación. Y es que mi madre no se da cuenta de la emoción que para mí supone vivir unida a un hombre que, al venir a acostarse, por la noche, llega de robar en la ciudad, como Luis Candelas, y que se levanta por

las mañanas para asaltar las haciendas, como José María «el Tempranillo». ¿Tú no te casarías con semejante héroe?

PEP. ¡Yo qué me iba a casar con un hombre que, por las noches, se acostase Candelas y se levantase por las mañanas Tempranillo! *(Hace mutis por la derecha.)*

DAR. Señorita, ¿quiere usted prestarme unos minutos de atención?

SUSI. Habla.

DAR. Ante todo, lea la señorita este telegrama de mi novio, que he recibido anoche. *(Se lo da.)*

SUSI. *(Después de leer.)* ¿De modo que tu padre reniega de tu novio si éste no tiene dos mil pesetas para un negocio?

DAR. Sí, señorita.

SUSI. ¿Y qué quieres que yo le haga?

DAR. La señorita puede prestarme esas dos mil pesetas.

SUSI. ¿Yo? ¿Por qué? ¿Crees que basta servir un mes en una casa para que te presten esa cantidad?

DAR. Me obligará la señorita a decirla que conozco la historia de su hijo...

SUSI. ¿La de qué hijo?

DAR. No niegue la señorita, porque lo sé por boca de su padre.

SUSI. ¿De mi padre?

DAR. Del padre de su hijo.

SUSI. ¿Cómo?

DAR. Mejor dicho, del que usted pretende hacer pasar como padre del niño, porque antes hubo otro.

SUSI. ¿Otro niño?

DAR. Otro padre.

SUSI. Pero ¿qué hablas?

DAR. Que si usted no me da ese dinero, me veré obligada a contárselo todo a doña Pepita.

SUSI. ¿Qué es lo que vas a contarle?

DAR. Lo del niño. Y, además, la diré que usted y doña Filo la engañan.

SUSI. ¿Mi madre?

DAR. No me venga usted con historias, que yo sé muy bien que su madre no es su madre.

SUSI. ¿Pues quién es?

DAR. Su tía...

SUSI. Pero ¿quién es mi tía?

DAR. Su madre. Y la contaré lo de la borrachera.

SUSI. Tú te has vuelto loca; pero, como yo no quiero chiflados a mi servicio, disponte a tomar el tren esta misma tarde.

DAR. ¿Tiene valor la señorita para despedirme, sabiendo lo que sé? *(Aparece Pepita en la derecha.)*

SUSI. ¡Tengo valor para eso y para cruzarte la cara por calumniadora! *(Avanzando, amenazadora.)*

PEP. ¡Susana!

SUSI. *(A Daría.)* ¡Vete, vete de mi vista!

DAR. Está bien.

SUSI. Habráse visto la infundiosa...

PEP. ¿Pero qué os ocurre?

SUSI. Nada. No merece la pena ni de acordarse de ello. ¿Qué te ha dicho mi madre?

PEP. Está como para que la pidan la pulga. Me ha hablado del robo de la Parroquia y del de la estación de La Encina... Y ha asegurado que, como sigas empeñada en casarte con el ladrón, te desheredará y te declarará hija «pódriga».

SUSI. Será pródiga.

PEP. Tu madre ha dicho «pódriga».

SUSI. Bueno, me es indiferente. Yo sólo deseo que tú perdones a mi novio el que haya querido robar en tu casa.

PEP. Por mí, perdonado; pero, a lo mejor, no me perdona él, y el día que me vea me da un golpe con la llave inglesa y me estropea el físico. Claro, que los jueces no serán tan benévolos como yo.

SUSI. ¡Bah! Eso es lo de menos. Huirá de la cárcel.

PEP. ¿Estás segura?

SUSI. Y vendrá a buscarme. Me lo está dando el corazón.

PEP. No le hagas mucho caso al corazón, que a lo mejor está de broma.

MAN. *(Dentro.)* ¡Susana!

SUSI. ¡Manolo!

PEP. *(Asustada.)* ¡El ladrón!

SUSI. No temas; yo te defenderé. *(En la derecha aparece Borrego; viene hecho una lástima: lleno de cardenales y con un ojo negro.)*

BORR. Susana...

SUSI. El corazón me lo estaba dando.

BORR. ¿El qué te estaba dando el corazón?

SUSI. Que te escaparías de buena o de mala manera.

BORR. Pues ha sido de buena...

SUSI. ¿Ah, sí?

BORR. De buena me he escapado... Fíjate como vengo. *(Por Pepita.)* Todo por culpa de esta señora, que me impidió la huída... *(Se mete la mano en el bolsillo.)*

PEP. *(Viendo su acción.)* ¡Ay, Susana, que saca la llave!

BORR. *(Sacando un pañuelo y limpiándose el sudor.)* Menudo rato me ha hecho usted pasar...

SUSI Pero tú la perdonas, porque te advierto que se trata de una hermana mía...

PEP. ¿Hermana tuya?
SUSI. *(Aparte, a Pepita.)* (Calla, mujer, así le aplacaremos.)
BORR. Y yo que la tomé por esposa del dueño de la casa...
SUSI. No, hombre.
PEP. ¡Qué disparate!
SUSI. Dame la mano. ¡Qué emoción se siente al estrechar la mano de un hombre valeroso! Y, además, qué modestia, qué poca importancia te das.
BORR. Eso es de nacimiento.
SUSI. *(Por los cardenales.)* ¿Y esto, de qué es?
PEP. Pues eso ha podido ser de enterramiento, porque le dan otro más, y peor que si hubiese cogido la «canastera».
SUSI. Pero ¿cómo ha sido?
BORR. Que decían que yo era el jefe de «La mano negra», y querían que cantase.
SUSI. ¿Y qué?
BORR. ¡Que allí hubiera yo querido ver a Fleta!
SUSI. ¿Pero no cantaste?
PEP. ¿Cómo querías que cantase con aquella solfa?
SUSI. Bueno, pero dime: ¿eres el jefe, o no?
BORR. Es la centésima vez que hoy me lo preguntan, y ya he dicho que soy el encargado. El jefe es mi papá.
SUSI. ¿Tan sólo el encargado? Pues yo necesito que seas el jefe.
BORR. Cuando me case lo seré, porque ya me tiene dicho papá que en cuanto me case, él se retira y me deja el negocio.
PEP. Y... díganos..., ¿el negocio... produce?
BORR. ¿Que si produce? ¡Un dineral!
SUSI. ¿Robaréis mucho?
BORR. Más de lo que debemos, porque a la parroquia ya le hemos robado lo suyo.
PEP. Sí; lo de la parroquia ya nos lo han contado.
SUSI. Ese fué un gran golpe.
BORR. ¿Cuál? *(Llevándose las manos al ojo acardenalado.)* ¡Ah, sí! Como querían que cantase y yo no lo hacía, uno de ellos me dió este puñetazo en el ojo para que viera...
SUSI. ¿Para que vieras que debías cantar?
PEP. Para que viera sólo con el otro, porque a poco si le deja tuerto.
SUSI. Y pensar que tú entraste anoche en esta habitación...
BORR. No lo creas. Yo, en esta habitación, he entrado hoy por vez primera...
PEP. ¿Entonces ha mentido Tonico?
BORR. Pues claro que ha mentido. Y, aunque él cuenta que entró detrás de un ladrón, hay que ser tonto para creerlo,

sabiendo que aquí había una mujer durmiendo, y conociendo a Tonico.

SUSI. ¿Cómo?

PEP. ¿Y usted conoce a Tonico?

BORR. Como a mí mismo. Ha hecho muchos negocios con mi padre.

PEP. ¿Con su padre de usted?

SUSI. Negocios limpios, naturalmente...

BORR. Regular de limpios, porque él ayudó a mi padre en el asunto de la encina...

PEP. ¿En el de los saquitos de mano?

BORR. ¿Cómo saquitos, si eran de este tamaño?

PEP. Pero si Tonico hace esa clase de negocios con su padre, ¿es que pertenece a la partida de usted?

BORR. Hace algunos años. Todos los días va a echar una manita...

PEP. ¡Vamos! ¿Qué te parece?

BORR. Y que está hecho menudo granujón...

SUSI. Bueno, eso no nos importa.

PEP. Deja, deja que hable.

BORR. A ustedes se las puede decir. Como resulta que está casado con una cascarrabias...

PEP. ¿Conque... con una cascarrabias?

BORR. Y que sólo se casó por el dinero...

PEP. ¿Conque por el dinero?

BORR. En cuanto ve otra mujer, se vuelve loco.

PEP. De modo que él subió aquí...

BORR. El subió aquí a lo que subió.

PEP. De forma que es de su partida, que su mujer es una cascarrabias, y que anoche subió a lo que subió...

BORR. Pero ¿a usted qué le importa todo eso?

PEP. ¿Que no me importa? ¡Pues no me ha de importar! ¡Lo mato! ¡Os juro que lo mato!

SUSI. Atiéndeme, mujer...

BORR. *(A Susi.)* Pero ¿a quién va a matar?

PEP. ¡A Tonico! A usted le han puesto las ventanas de su nariz como un balcón corrido, ¿verdad? Bueno: ¡pues las de Tonico las va usted a ver convertidas en una claraboya! ¡Por éstas! *(Hace mutis por la derecha.)*

SUSI. Ahora contéstame sinceramente, Manolo. ¿Es verdad que tú no entraste anoche en esta habitación?

BORR. No; el que entró fué Tonico. El me dijo que aquí había durmiendo una mujer.

SUSI. ¿Y tú sabes quién dormía aquí? ¡Yo!

BORR. ¿Eh? ¿De modo que no contento con atentar contra tu honra, me toma a mí por tapadera? ¡Habrá granuja!

SUSI. Aguárdame aquí. Yo voy a calmar a Pepita. Si, entretanto, te encuentras a Tonico, procura dominarte. Me da miedo tu valor y tu venganza.

BORR. Mira que ese valor mío es una fantasía tuya.

SUSI. Ya veo que te estoy confundiendo con mis alabanzas. *(Hace mutis por la derecha.)*

BORR. Con sus alabanzas no sé, pero que me confunde con alguien, no me cabe duda. *(Se mete en el balcón. Por la izquierda sale don Rigoberto.)*

RIG. Nadie. Ahora es la ocasión. Como coja las cartas van a tomar una velocidad, que la ponen un sello de urgencia y no salen antes de Madrid. *(Se dirige a registrar el «secretaire». Sale Borrego del balcón.)*

BORR. *(Aparte.)* (¡Atiza! ¡Un hombre registrando!)

RIG. *(Volviéndose.)* ¿Eh? ¿Quién anda por ahí? ¡El jovenzuelo! *(Viendo a Borrego.)*

BORR. *(Temblando y tartamudeando.)* ¡El mama..., el mama..., el marido de Eva!

RIG. Desde aquella tardecita de San Fernando no hago otra cosa que buscarle a usted...

BORR. ¿Y para..., para qué se ha molestado?

RIG. Desde entonces le busco a usted como el podenco a la liebre, como el mastín al zorro, como el gato al ratón. Yo soy el podenco, el mastín, el gato... Usted es la liebre, el zorro, el ratón.

BORR. Está usted equivocado. Yo no soy ni libre, ni zorro, ni ratón. Yo soy Borrego.

RIG. ¡Pues yo soy el lobo! Pero como no quiero matarle a usted indefenso, nos batiremos. La elección de armas la echaremos a cara o cruz. A no ser que usted tenga preferencia porque le dé un tiro, porque le dé una estocada o porque le dé un sablazo.

BORR. Puesto a elegir, preferiría el sablazo.

RIG. Pues déme usted un duro.

BORR. ¡Ah! ¿Pero esto se arregla con un duro? *(Le da un duro.)*

RIG. *(Disponiéndose a tirar al aire la moneda.)* Pida usted.

BORR. ¿Me va usted a convidar?

RIG. Pida usted; cara es a pistola, cruz es a espada. Conque acabemos: ¿cara o cruz?

BORR. Canto.

RIG. ¿Encima chungueíto? ¡Basta! ¡Salga usted conmigo a la calle, ahora mismo. *(Se oye dentro murmullo de voces.)*

SEG. *(Dentro.)* No es posible, señora. La señorita no quiere recibir a nadie.

BORR. ¿Oye usted?

RIG. Sí, señor. Es la criada que se niega a recibir una visita. Pero eso no nos interesa a nosotros. Conque salgamos a la calle.

BORR. ¿A la calle?

RIG. Entre hombres, esa conducta es la derecha.

BORR. Yo creo que no.

RIG. ¡Es la derecha!

DOL. *(Dentro.)* ¡He dicho que no me voy sin verla!

RIG. ¡Pues no es la derecha!

BORR. Claro que no.

RIG. ¡Como que es «la Zurda»!

BORR. ¿Qué zurda?

RIG. Dolores, la mujer con quien usted me la pegó.

BORR. Aquella se llamaba Eva.

RIG. Evarista es su nombre de pila, y Dolores su nombre de guerra. *(Asomándose.)* ¡Y viene con su tía! Caballero, a mí me es imposible permanecer aquí.

BORR. Y a mí también. Pero, ¿qué hacemos?

RIG. Yo, con su permiso de usted, me voy para la cama.

BORR. ¿Se encuentra usted mal?

RIG. Malísimamente, porque como es muy baja, un muelle del colchón se me está clavando en los riñones...

BORR. ¿Y no habría para mí un huequecito debajo de esa cama?

RIG. Imposible. Apenas puedo ocultarme yo.

BORR. Pues a ver dónde voy a meterme.

RIG. Escóndase detrás de aquel biombo.

BORR. ¿De cuál?

RIG. De aquel que tiene pintadas esas chinas.

BORR. Eva y su tía vienen hacia esta habitación.

RIG. Pues escóndase pronto. Corra. No hay tiempo que perder.

BORR. *(Que ha corrido hacia el biombo, mientras Rigoberto se dirige a la izquierda, tropieza y grita.)* ¡Ay!

RIG. ¿Qué le ocurre?

BORR. Que me he metido una china en el ojo. *(Rigoberto hace mutis por la izquierda. Borrego se oculta tras el biombo. Por la derecha, Pepita, seguida de Dolores y Agapita.)*

PEP. Pasen ustedes por aquí, y díganme lo que desean.

AGA. Tome usted asiento en esa «chaiselongue», porque la cosa es larga. *(A Dolores.)* Tú, niña, ensíllate.

PEP. Ya escucho.

AGA. Preliminar: su marido de usted, el dueño de esta casa, es un sinvergüenza.

PEP. Señora.

AGA. Sujete el organismo nervioso, que ya le he dicho que la cosa es larga.

PEP. Pero, ante todo, ¿quiénes son ustedes?

DOL. Yo, una víctima.

AGA. Y yo, una tía.

PEP. Me lo estaba figurando.

AGA. Una tía de la víctima u séase la vengadora. Levántate, niña. Esta se llama Dolores, la Zurda.

DOL. Para servirla. Bailaora de flamenco y primera estrella del Madrid Kursal.

PEP. ¿Cómo dice?

AGA. «Cursal», diminutivo de Sucursal.

PEP. ¿Y la llaman la Zurda?

AGA. La llaman la Zurda, porque en el taconeo trabaja mejor con la pata izquierda que con la pata derecha.

PEP. ¡Ah!, ¿pero trabaja con las patas?

AGA. ¿Quié usted verlo? Anda, taconea un poco, pa que se convenza la señora.

DOL. No faltaba más. *(Poniéndose en pie.)*

PEP. No se moleste. Por mí puede usted dejar las patas quietas.

DOL. Como usted guste.

AGA. Continúo con la presentación. Una servidora es Agapita González, tía de este pimpollo, casi viuda, cambianta en mis buenos tiempos y hoy rentista.

DOL. Hemos venido porque se nos ha dicho que este hotel estaba habitado por su dueño y la señora de su dueño.

PEP. Exactamente. El dueño es mi marido.

AGA. Ahí le duele.

DOL. *(Aparte a Agapita.)* (Dígaselo usted con cierto cuidao.)

AGA. *(Aparte a Dolores.)* (Ahora verás tú diplomacia.) *(Alto.)* Preliminar: Su marío de usted ha tenío un hijo con mi sobrina.

PEP. ¡Falso!

AGA. ¿Falso? *(Sacando un retrato.)* ¿A quién se parece esta criatura?

PEP. ¿Que usted ha tenido este niño con mi marido?

DOL. Natural.

PEP. ¿Cómo que natural?

AGA. A ver. Si no pué ser legítimo, tié que ser natural.

PEP. Pues como no lo tuviera de soltero. Porque será ya mayorcito.

DOL. No, señora; es de pecho.

PEP. ¿De pecho o natural? ¿En qué quedamos?

AGA. Quedamos en que Pito tié toa la cara de su padre.

PEP. ¿Pito? ¿Pero se llama Pito?

AGA. Se llama como yo: Agapito.

PEP. ¡Caray con Pito! Con esta cabeza, más que Pito pa-ece un trombón.

AGA. ¿Qué tié usted que decir de la cabeza de este niño?

PEP. Que coge toda la postal. Como le hagan ustedes una npliación, van a creer que son las pruebas de un submarino.

DOL. Señora...

PEP. Pero, ¿dónde conocieron ustedes a mi marido?

DOL. En un café cantante al que le dicen «Las Américas».

PEP. ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Qué granuja! ¡Qué canalla! Le saco los ojos! *(Entra Filo por la derecha.)*

FILO. Pero, ¿qué te ocurre?

PEP. ¡Ay, Filomena, qué desgracia!

DOL. Vamos, señora, no se ponga usted así, que no es a tanto.

PEP. ¿Que no es para tanto que tenga un hijo con Dolores?

FILO. No sé de quién se habla, pero tener un hijo con Do-ores es una cosa muy corriente.

DOL. ¿Cómo se atreve usted a decir que es corriente tener n hijo conmigo?

FILO. ¿Qué?

PEP. Pero si es que Tonico tiene un hijo con esta jovencita.

FILO. Eso no puede ser. Tu marido es un hombre serio, es n hombre formal, es todo un santo.

PEP. ¿Un santo? Mira este niño. ¿Lo ves bien?

FILO. Sí. ¿Quién es?

PEP. Es un pito del Santo.

FILO. Y el chico es muy hermoso.

DOL. Muchas gracias.

PEP. ¡Vamos, no me digas que es hermoso con esta cara e botijo!

DOL. ¡Oiga usted! ¿Qué es lo que tiene mi niño de botijo?

PEP. La boca, que no le falta mas que la rejilla. ¿Pues y a nariz?

DOL. ¿Qué tiene en la nariz?

AGA. Que estaba costipao cuando lo retrataron.

PEP. ¡Y hay que ver qué cabeza!

AGA. ¡Na, que la ha tomao con la cabeza!

DOL. Lo que pasa es que usted le odia y todo lo del chico e parece feo.

PEP. Está usted equivocada. A mí, ese niño, me importa que dos de esos tocayos suyos que se soplan y suenan. 'ero, vamos a cuentas: ¿Ustedes pueden traer al chico?

DOL. Le diré a usted.

AGA. Es el caso que el ama tiene al niño en rehenes.

FILO. ¿En algún pueblo?

DOL. No, señora. Es que, como antes, su marido nos mandaba un diario, pues de eso pagábamos al ama.

AGA. Y como hace cuatro meses que no nos da un céntimo, el ama dice que no nos lo entrega y que va a cerrarle los vasares de la despensa. ¿Usted me comprende?

PEP. Todo eso está muy bien, pero, ¿es que aquí, la *izquierdosa,* ignoraba que mi marido era casado?

DOL. Claro que sí.

PEP. Filo, hazme el favor de acompañar a estas mujeres a mi cuarto y que esperen allí a que yo las avise la llegada de de mi marido.

FILO. No faltaba más. Vengan ustedes por aquí. *(Filo, Dolores y Agapita, hacen mutis por la derecha.)*

PEP. Vamos, mire usted que ir a «las Américas» para volver a casa con un Pito... ¡Es el colmo del buen humor! *(Entra Daría por la derecha.)*

DAR. *(Aparte.)* (¡Gracias a Dios que la dejaron sola!) *(Alto.)* ¿Qué la pasa a usted, doña Pepita?

PEP. ¡Una friolera! Que mi marido tiene un hijo con una mujer que no soy yo.

DAR. ¿De modo que ya lo sabe usted? ¡Y a mí que me daba miedo el decírselo!

PEP. ¿Es que tú lo sabías?

DAR. Sí, señora.

PEP. ¿Y quién te lo había dicho?

DAR. El padre del niño.

PEP. ¿Mi marido? ¡Es que no tiene pizca de vergüenza!

DAR. Pues a la señorita Susi no la sobra mucha, porque, mire usted que dárselas de honrada y resultar luego con un chico... Y todo por una borrachera que tomaron juntos.

PEP. *(Aparte.)* ¡Ay, que me parece que esto va a ser peor que lo de la Zurda!

DAR. Mire usted que tener su marido un hijo con mi señorita...

PEP. ¡Entonces tiene dos!

DAR. Uno.

PEP. ¡Dos!

DAR. Cuando yo le digo a usted que es uno...

PEP. Cuando yo te digo que son dos...

FILO. *(Entrando por la derecha.)* Pero, ¿qué estáis contando?

PEP. ¡Hijos!

FILO. *(A Daría.)* ¿Tú qué haces aquí?

DAR. Me marchaba en el momento de llegar la señora. *(Hace mutis por la derecha.)*.

PEP. ¡Espantoso, vamos, espantoso!

FILO. Tienes razón. ¡Hay que ver qué hombres!

PEP. ¡Hay que ver qué hombres y hay que ver qué mujeres!

FILO. Verdad. Estas cosas no pasarían si las mujeres se ucasen en el ambiente de honradez que se educó mi hija.

PEP. ¡Mira, Filo, no me hables de tu hija!

FILO. ¿Es que la has tomado de nuevo con ella?

PEP. La que la tomó con mi marido fué la Susi. Y todo ne de resultas de aquella borrachera.

FILO. ¿Qué borrachera?

PEP. La que tomaron juntos antes de tener el niño.

FILO. ¿Que Susi tiene un niño?

PEP. ¡Como lo estás oyendo! ¡Eres abuela de un hijo de nico!

FILO. ¡Imposible!

PEP. Te advierto que es él el que lo ha confesado.

FILO. ¡Tu marido ha perdido la vergüenza!

PEP. Pues la de tu hija no la vas a encontrar ni poniendo anuncio.

FILO. ¡Es horrible! ¡Voy a ver a Susi! ¡Necesito escuarlo de sus labios! ¡Qué catástrofe, Señor, qué catástrofe! *Iace mutis por la derecha, a tiempo que entra Tonico.)*

TON. ¿Dónde va tan enfadada, doña Filo?

FILO. ¡A mí no me hable usted! ¡Lo sé todo! *(Mutis.)*

TON. ¿Cómo?

PEP. ¡Que lo sabemos todo! ¿Qué te parece este niño? *Iostrando el retrato que se quedó.)*

TON. Muy hermoso.

PEP. ¡No me digas que este chico es hermoso! ¡El niño e es una birria! ¡Si fuera langostino habría que tirarlo en-o!

TON. ¿Por qué?

PEP. Porque no tiene mas que cabeza.

TON. No tanto, mujer.

PEP. ¿Qué vas a decir tú si te ciega la pasión de padre?

TON. ¿De padre? ¡Pero quién es esta criatura!

PEP. Pito. ¿Es que ignoras el nombre de tu hijo?

TON. ¿Hijo mío ese niño?

PEP. ¿A que vas a decirme que el Pito este no te toca nada?

TON. ¡Pepita!

PEP. ¡Vaya faenita que me has hecho!

TON. ¿A ti?

PEP. ¿De modo que de pecho, natural y con la Zurda? Meıda faena! ¡Y si fuera esto sólo!... ¡Pero mira que tener otro jo con la Susi!

BORR. *(Saliendo de detrás del biombo.)* ¡Basta! ¡No pu do más! ¡Eres un miserable!

TON. ¡Borrego!

BORR. Borrego de apellido, ¿entiendes? Estoy dispuesto demostrarte que, cuando llega el momento de vengar agravio me convierto en león.

TON. ¿Pero qué dices tú también?

BORR. Que no se coge a un pobre hombre y se le hace p sar por ladrón para justificar el haber entrado en la alcoba d una mujer, y más cuando esa mujer es mi novia, y más cuand tienes un hijo con ella.

SUSI. *(Entrando por la derecha, seguida de Filo.)* ¿Quié ha dicho semejante calumnia?

PEP. Tonico.

TON. ¿Yo?

PEP. Es inútil que niegues. Voy a demostrártelo todo. L de Susana, lo de la Zurda, lo de las criadas... ¡Todo! *(Lla mando a gritos.)* ¡Segunda! ¡Daría! ¡Dolores! ¡Agapita!

TON. ¿Quiénes serán todas esas mujeres?

SEG. *(Entrando por la derecha.)* Mande usted.

PEP. Ven. Enséñale a este señor los pellizcos que te dió en el brazo.

SEG. ¿A mí? ¡Si no ha sío él! *(Entra Daría por la de recha.)*

PEP. ¿Que no? *(A Daría.)* Acércate, Daría. Este hombre niega haberte pellizcado y haberte dicho que tenía un hijo con la Susi.

DAR. Y ya lo puede negar. Como que es la primera vez que me ve en su vida.

PEP. ¿Cómo?

AGA. *(Entrando con Dolores.)* Aquí estamos nosotras.

PEP. Venga usted, jovencita. Mi marido niega ser el padre de su hijo.

TON. Pues claro que lo niego.

DOL. Pero ¿éste es su marido?

AGA. Pues hemos padecío una equivocación.

POL. 1.º *(Entrando por la derecha.)* Con permiso. Acabamos de detener a un hombre en el momento que se descolgaba por una ventana del hotel.

TON. A ver si ahora aparece el ladrón de verdad.

POL. 1.º *(Hablando hacia fuera.)* Pase usted a ese sujeto. *(Entra por la derecha el Policía segundo, sujetando a don Rigoberto.)*

BORR. ¡El marido de Eva!

FILO. ¿Cómo? ¿Que tú eres el marido de Eva?

RIG. ¡Mi mujer! ¡Mi hija!
FILO. ¡Mi esposo!
SUSI. ¡Mi padre!
DOL. ¡El padre de mi hijo!
AGA. ¡El «seduztor»!
RIG. ¡El ciclón de la Habana!
PEP. Pero me quieren ustedes explicar...
AGA. Muy sencillo. Ese es el padre de Pito.
FILO. ¿Mi marido?
RIG. Poco a poco. Yo no tengo que ver nada con ese Pito. padre es éste. *(Por Borrego.)*
BORR. ¿Yo?
SUSI. ¿Que ese niño es tuyo?
RIG. Naturalmente. Yo le encontré a usted en San Fernando ı esa mujer entre los brazos.
BORR. Eso no quiere decir nada.
RIG. ¿Cómo que no?
BORR. *(Yendo hacia él, desafiador.)* ¡Que a mí no me elga usted ese Pito!
RIG. *(Engallándose y metiéndole la cara.)* ¡Yo le cuelgo a ted ese Pito y la Banda Municipal!
TON. Señores, un poco de calma. Veamos. *(A Rigoberto.)* sted dice que no es el padre de este niño.
RIG. De ninguna manera.
TON. *(A Borrego.)* ¿Tú también niegas la paternidad?
BORR. Yo niego la paternidad aquí y en San Fernando l Jarama.
TON. Que yo no soy el padre, es cosa demostrada.
PEP. *(Con el retrato en la mano.)* Pues entonces, ¿de quién èse Pito?
BORR. Puede que sea de un empleado del «Metro».
AGA. Oiga usted, que mi sobrina no ha descendío nunca nto.
PEP. Basta, basta. Yo no quiero en mi casa estas discu-ones.
FILO. Es que yo necesito averiguar cómo se encuentra aquí i marido y por qué le achacan ese niño.
SUSI. Y yo quiero saber si ese niño es de mi novio.
DOL. Y yo no me callaré hasta que no averigüe quién es el ıdre de mi hijo.
PEP. Eso lo averiguan ustedes preguntándoselo al que hace s pasatiempos en «Blanco y Negro».
SUSI. Tú no tienes derecho a impedirnos que aclaremos esto.
VOCES. ¡Claro! ¡Naturalmente! ¡Eso es!

PEP. ¡Yo, en mi casa, hago lo que me da la gana! (*Se produce un verdadero escándalo. Todos hablan a la vez.)*

VOCES. ¡No, señora! ¡Que se cree usted eso! (*Etcétera.*)

POL. 1.° ¡Silencio! ¡Silencio! Esta señora tiene razón. Es en su casa, y aquí tiene la autoridad para defenderla en sus derechos. Señora, estamos a su disposición.

PEP. Entonces, hágame el favor de sacar de aquí a estas d... mujeres y ayudarlas en la busca y captura de un padre de... aparecido.

AGA. ¡Ni desaparecío ni na! Yo lo que necesito es que m... paguen la lactancia del chico.

POL. 1.° Eso lo dice usted en la Comisaría.

AGA. Eso de la lactancia lo digo yo en la Comisaría y e... Las Navas. Y yo no sé de leyes, pero me creo que un padr... que abandona un hijo, por la sola razón de que no tié la cer... teza de que sea suyo, debe tener castigo. Y un jovencito qu... acude a una cita que la da una muchacha honrá que tié u... hijo con otro, pa luego decir que ese niño ni es suyo ni de... otro, también tié que tener castigo. (*Al Policía.*) Conque ech... usté pa alante, que voy a denunciarlos pa que los castiguen... Queen ustés con Dios.

PEP. Adiós, castigadora. (*Mutis, por la derecha, de Dolores, Agapita y el Policía 1.°)*

POL. 2.° ¿Y de este hombre, qué hacemos? (*Por Rigoberto.*)

FILO. Nada. Es mi marido, y yo me encargo de él.

POL. 2.° Es que como le he visto saltar por la ventana...

FILO. Pues, como se quede usted en la calle, lo va a ver salir por la azotea. (*El Policía saluda y se va por la derecha.*)

RIG. Escúchame, Filito...

FILO. ¡Ni una palabra! Ahora mismo saldremos para Bilbao, y en cuanto lleguemos plantearé el divorcio. (*Hace mutis por la derecha.)*

RIG. (*Saliendo detrás de ella.*) Atiéndeme, Polito...

SUSI. (*A Borrego.*) Y usted ya lo sabe. Hemos terminado. ¡Si siquiera fuese usted ladrón...! (*Mutis por la derecha.*)

BORR. Susi, por caridad... (*Mutis detrás de ella. Daría les sigue.)*

TON. (*A Pepita.*) ¿Lo ves? Todo esto lo has armado con tus celos ridículos.

PEP. ¿Yo?

TON. Tú. Porque ni Susi es culpable, ni Filo ha debido enterarse de lo de su marido, ni Borrego ha debido de perder la novia...

PEP. Tienes razón. Pero yo te prometo que ahora mismo lo arreglaré todo. Y ten la seguridad de que mis celos se han terminado para siempre.

TON. ¿De veras?

PEP. Te lo juro. *(Llega a la puerta de la derecha, se vuel-e, y en su mirada, se ve la desconfianza que la produce dejar Segunda sola con Tonico.)* Segunda... Pasa tú la primera.

TON. ¡Incurable! Pero, ¿no decías que no ibas a tener elos?

PEP. Si no son celos. Es... que... ¡como ésta es de un uebiecito...!

TELÓN

R. MARTI ORBERA

LAS MUÑECAS

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el teatro de Lara el 31 de marzo de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DORINA	Hortensia Gelabert.
ELISA	Concha Catalá.
GORITA	Esperanza Ortiz.
ANTONIA	Carmen Cuevas.
DOÑA PACA	Matilde Armisén.
LORENZA	Raquel Martínez.
RAMONETA	Mercedes Málaga.
DONCELLA	Alenza (P.).
HERNAN	Emilio Thuillier.
JUAN	Juan Benítez.
ROBERTO	Salvador Soler-Marí.
DON ISMAEL	José Isbert.
CRIADO	Enrique Amyach.

La acción en Madrid, actualmente.

ACTO PRIMERO (1)

...loncito familiar. Buen gusto, muy femenino. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

DORINA. LORENZA.

DOR. *(Veinte años. Termina la «toilette» de una muñeca; a ...orenza, que se ocupa en vestir otra.)* ¿Eh? ¿Qué tal?

LOR. *(Veinte años; en traje de calle.)* Muy linda.

DOR. Mari Pickford.

LOR. ¿Quién?

DOR. Esa chica de las películas. ¿No la conoces?

LOR. ¡Oh, sí! La he visto en Royalty hace tres días. Por ...erto que se te parece. Lo dijo tu novio, pero es verdad. ¿De ...ué te ríes?

DOR. Del «pero». Lo dice ese, Roberto; «pero» es verdad. ¡El ...o dice mas que embustes!

LOR. Es divertidísimo.

DOR. Sí; a mí me ha divertido.

LOR. «¿Te ha» divertido?

DOR. Mujer, ya empieza a aburrirme... Bueno, en plural, ...mpezamos a aburrirnos. Tal vez es que ya nos miramos un poco ...omo marido y mujer. ¡No te rías, es así! Yo creo que cuando ...e case, si algún día me da por ahí, ha de ser una cosa ful...minante. Hoy conozco a mi marido, mañana a la iglesia; aquí ...e pillo, aquí te mato. ¡Hay que lanzarse de golpe, como al mar! ...o entro en el mar a todo correr, y a la primera ola, ¡pum!, ...e cabeza. Si lo piensas mucho, metes un pie, luego otro..., te ...a frío y te arrepientes. *(Habla vistiendo otro muñeco; tiene va...os sobre el diván. Cuando termina con uno, lo sienta en una silla, ...toma otro.)*

LOR. ¿Pero no vas a casarte con Roberto?

DOR. ¡Quiá!... Ese metió la patita; pero la retiró a tiempo.

LOR. Tu tío lo ha presentado ayer como prometido tuyo a la ...arquesa de Revillas.

DOR. Mi tío no tiene responsabilidad. ¡Qué sabe él! ¡Figú...ate lo que sabrá un sabio! Roberto es mi «flirt».

LOR. ¡Niña!

---

(1) En las representaciones de esta obra en Madrid se supri...mieron algunas frases y parlamentos, que ahora se incluyen.

DOR. Un chico bien... ¡Bien necio!
LOR. Elegante, con un título, ingenioso...
DOR. Sí; sabe contar un chisme... y sabe decir un chi verde, poniéndole las hojitas de parra que hagan falta..., p tiene un repertorio muy escaso; yo ya me lo sé de memor por eso te digo que no me divierte...
LOR. ¡Muchacha, estáis de monos!
DOR. ¿Por qué? No. Que le conozco un rato. Me resu para amigo; para marido, ¡intolerable! *(Ríe.)* ¡Vamos, y q yo no podría mirarle con seriedad! Le recordaría de solterc ¡y no! *(Seria.)* No nos convenimos. Bueno, yo no sé si le cc vengo; él a mí, nones.
LOR. ¿No es rico?
DOR. ¡Quiá! Probablemente el sastre le viste pensando nuestra boda... Graciosísimo, porque pensando en la boda 1 fían mi joyero, etc., etc... ¡La esperanza les mantiene!...
LOR. ¿Será verdad lo que me ha dicho ayer mi hermano?
DOR. ¿Qué?
LOR. ¡Oye, pero no me descubras! Dice que Roberto tras tu prima, la de Lizondo. Anteanoche, en la Princesa, estu dos veces en su palco, y ayer los ha visto en el Hipódromo los dos.
DOR. ¿Solos?
LOR. Sí; con la carabina.
DOR. Tampoco tiene nada de particular.
LOR. Dice que ella le pone muy buena cara.
DOR. No le pondrá la suya, porque Gorita es fea... Pe tiene mucha plata, como dice su mamá. ¡Qué rico tipo!... Buen mi novio es más bandido que Diego Corrientes; él va siemp a ver lo que pesca, en especie o en cuartos... ¡Un romántic
LOR. ¡Chica, no vayas a mal pensar por esto!...
DOR. ¡Quita, niña!... ¿Crees que me importa?...

ESCENA II

Dichas y ANTONIA.

DOR. *(Tirando sobre el diván la muñeca que tenía en mano, corriendo hacia Antonia la doncella, que aparece en puerta con un perrillo horrible en brazos.)* ¡Rirrí! ¡Bonito R rrí! ¡Amor de tu amita! ¿Quién te quiere, preciosidad? ¡Pe qué frío estás tú, pobrecito ángel! ¿Dónde lo llevó usted?
ANT. Fuímos por el paseo, tomando el sol, señorita.
DOR. ¡No es posible! Mírale, tiembla.
LOR. ¡Tiembla, sí!
DOR. ¿Por qué tiembla?
ANT. *(Asustada.)* ¡No sé, señorita! Yo lo llevé por el sol

cuando comenzó a sentirse humedad, lo tomé en brazos y volvimos al coche.

DOR. ¡Pero si tienes las patitas de barro!

ANT. Es que vió al señorito Roberto y salió trotando, creyó que iba la señorita; sin duda se mojó los piececitos en el plantío...

DOR. ¿Iba con una señorita?

ANT. Y una señora.

DOR. *(Al perro.)* ¿Tú pensaste que era tu ama?

ANT. Llegó y olió a la señorita, y luego al señorito.

DOR. *(Al perro.)* ¿Y no hiciste mas que olerle, hijo?... ¿No levantaste tu patita rica?... ¡Mírale! Tiene una lágrima en los ojos.

LOR. El frío.

DOR. ¡Llora!

ANT. Yo, señorita, lo siento; pero...

DOR. Pero no puede usted llorar, naturalmente. Llévele usted a su cuna, póngale su mantita... y háganle café. *(Al perro.)* ¿Quieres café, ricura? Mira, mira qué ojos. ¡No hay un hombre que tenga esta mirada!...

ANT. ¿Me da la señorita...?

DOR. Deje; yo misma. No puedo fiarme de usted.

ANT. ¡Le juro a la señorita...!

DOR. ¡Si puede que me haya pillado el garrotillo!

ESCENA III

Dichas. Don Ismael. Criada.

DOR. Oye. ¿El garrotillo ataca a los perros?

ISM. *(Cincuenta años.)* ¡Qué sé yo! ¿Soy yo médico de bichos?... *(Dorina va a salir.)* ¡Oye, oye!...

DOR. ¿Qué?

ISM. ¿Qué es esto?... ¡Esta factura peregrina de la modista... seis vestidos, ¡seis!, ochocientas cincuenta pesetas!

DOR. ¡Tío, qué poco acostumbrado estás a pagar facturas de mujeres!

ISM. ¡Y lo dice con desprecio! Ayer he abonado sesenta duros..., trescientas pesetas de flores al mes! ¡Dos duros de flores diariamente! Y no tengo costumbre de pagar facturas de mujeres... *(Ella oye con un gesto de desdén; va a salir.)* ¡Escucha!

DOR. Vuelvo. Lo primero es lo primero.

ISM. ¡Dígame usted si esto tiene sentido común!

LOR. *(Que recibió de mano de la criada una caja de modista, la abre, y saca de ella seis muñecas preciosamente vestidas.)* ¡Pero has visto qué lindas!

DOR. *(Llegándose.)* ¡Oh! Mira.

ISM. ¿Qué es esto?
DOR. Los vestidos de la factura. Las muñecas que le env a «madame». En una exposición donde presentan todas las much chas de la buena sociedad, yo, que soy la iniciadora, saldré d paso enviando cuatro peponas, ¿te parece?
ISM. ¿De modo que la cuenta de la «madame» es por vest este surtido de muñecos?...
DOR. ¡Eres tonto!
LOR. ¡Mire ésta! ¡Divina!
DOR. ¡Está hablando!
ANT. Mismamente.
DOR. La conocerás.
ISM. ¿La chica del portero?
DOR. ¡Qué va! ¡Raquel Meller!
DON. La oficiala dice si está bien.
DOR. Está bien.
ISM. ¡Qué ha de estar bien! ¡Ni regular! ¡Yo no pago eso *(Salen Antonia y la otra doncella, comprendiendo que estorban.)*
DOR. ¡Será roñoso este hombre!
ISM. ¡Si no puedo! ¡No tengo aquí tanto dinero!
DOR. ¿No tienes para pagar esta tontería?
ISM. No, porque antes pagué otras tonterías...
DOR. Dame quinientas pesetas; yo me arreglaré.
ISM. No hay arreglo posible, hija mía.
DOR. ¡Jesús, qué tío!
LOR. Oye, ¿por qué no me das a Rirrí? Yo lo acostaré.
DOR. Sí. *(Se lo da.)* Que yo tenga libres las uñas... *(Sale Lorenza.)*

ESCENA IV

DORINA y DON ISMAEL.

DOR. ¿Estarás satisfecho? ¡Ya me has puesto en ridículo!
ISM. ¿Yo?
DOR. ¡Has dicho que no disponemos de mil pesetas!
ISM. Mira, hiijta. ¡Esto no puede continuar!
DOR. ¿Qué?
ISM. Tu gasto; estos gastos que darán al traste con tu fortuna.
DOR. ¿Pero en qué gasto yo?
ISM. En nada... Bombones, caprichos, ¡naderías!
DOR. ¿Y eso consume mi renta?... ¿Qué renta lo mío?
ISM. Hoy no llega a once mil pesetas.
DOR. ¿Es posible? ¡Seguramente me roban!
ISM. ¿Cuánto dirás que te cuesta el perro? Lo vengo anotando por mensualidades.
DOR. ¡El pobrecito mío!...

ISM. El pobrecito tuyo, te cuesta al año cerca de dos mil pesetas.

DOR. ¡Tío!

ISM. Mira, lo anoto en la libreta de los clientes. Este mes... Un collar, el tercero de la serie, cien pesetas; tres visitas del veterinario: una de noche, veinticinco pesetas; chocolate, nueve pesetas; churros, quince pesetas...

DOR. ¡No seas ridículo!

ISM. Otras partidas que alarman: flores, confites, perfumes...

DOR. Pero, ¿qué voy a hacer?

ISM. Tener sentido común.

DOR. Entonces, ¡me aburriría mucho!

ISM. Ante todo, suprimir el perro.

DOR. Prefiero pasar hambre. ¡Rirrí creo que es lo que más quiero en el mundo.

ISM. ¡Gracias!

DOR. No hay de qué. La verdad: «amor, con amor se paga.»

ISM. Gracias en mi nombre y en el de tu prometido.

DOR. Mi «ex».

ISM. ¿Cómo?... ¿No te casas?

DOR. ¡No sé!... ¡No!

ISM. ¿Por qué?

DOR. Se trae él otra combinación... Porque él sabe, como tú, que soy pobre..., y no tiene vocación de pobre... Contigo amor y cebolla, no.

ISM. Es lástima, porque los hombres ya no se casan, y éste venía de cara...

DOR. Pero se puso de canto. En fin, no es cuenta tuya.

ISM. Lo malo es que, sin ser cuenta mía, como otras, las pago yo.

DOR. ¡Yo las pagaré, hombre!

ISM. Sí; ya las pagarás todas juntas, pero mientras...

DOR. *(Tras una pausa.)* Escucha..., ¿tú conoces al indiano?

ISM. ¿Quién?

DOR. El hermano de la marquesa de Revillas. Le llaman así. Hace dos semanas, me lo presentó ella...

ISM. Don Hernán de Lizarraga; pertenece a la primera nobleza, pero llevó una vida... especial.

DOR. ¿Es verdad su leyenda?

ISM. ¿Cómo?

DOR. Dicen que se jugó la fortuna, y hasta el título, y hubo de emigrar; en América se empleó incluso en oficios manuales... Y hoy ha conquistado una gran posición.

ISM. Parece que es hombre de garra, tenaz...

DOR. Me interesa.

ISM. Tiene más de cuarenta años.

DOR. Un hombre. ¡Entre tanto niño bitongo como una trata en sociedad!... *(Pausa breve.)* ¿Es muy rico?

ISM. ¿Te gusta para marido?

DOR. No sé... Para marido, no me gusta nadie. ¡Tampoco conozco a nadie!... Creo que nunca se conoce al hombre hasta después. Después, ya es tarde, porque como aquí no existe el divorcio...

ISM. Puedes proponerlo tú.

DOR. Estoy hablando en serio, tío.

ISM. ¡Ya *(Pausa breve. Jugando con una muñeca; sentada en el brazo del sillón.)*

DOR. ¡Pchs! No tengo dinero y hay que vivir..., y como yo necesito vivir así, con Rirrí y mis cosas... Pues no hay más remedio que fastidiarse... ¡Casarse! La pobre mujer ha de sacrificar su libertad a un señor. ¡Al «señor»! Y, además, serle fiel, porque yo, una vez casada... Claro que... bueno... ¡Pero, en fin, sí, porque tenéis los hombres esa cosa del honor...! ¿Verdad?

ISM. ¡Ah, no sé! Tú verás. Hablas con muchos puntos suspensivos... «Puntos» que me escaman un poco...

DOR. ¡A ti qué te importa!

ISM. Claro que a tu marido ha de importarle más... ¡Tú ya le miras como el milano a la paloma...

DOR. ¡Vaya una palomita! ¡El enemigo nato!

ISM. ¿El marido?

DOR. ¿No?

ISM. Sí; en verdad, el matrimonio es un duelo a muerte..., ¡a muerte lenta!

DOR. *(Riendo.)* ¡Tampoco hay que tomarlo así, hombre!

ISM. ¡No sé si será peor tomarlo a broma!... Hoy todo lo tomáis a juego, pero hay juegos peligrosos para el marido. He aquí por qué yo no me casé.

DOR. ¡Porque eres un egoistón!

ISM. ¡Un hombre de hogar! Pero me dió miedo ésta. *(Su barriga.)* Es muy difícil que una muchacha sea fiel a esta barriga.

DOR. ¡Yo me casaba contigo, sin pensarlo! ¿No lo crees? ¡Pues te quiero más que a mi novio! Bueno, a ese no le quiero...; quizá le odio un poco; no estoy segura... ¡Creo que le desprecio!... ¡Como él a mí!

ISM. ¡Cuánto desatino!

DOR. ¡Si estoy hablando reflexivamente!... Lo primero que le diré a quien se case conmigo, es que a mí hay que tomarme como soy,

ISM. Una locuela.

DOR. *(Se encoge de hombros. Pausa.)* ¿Será verdad que es tan rico?

ISM. Mucho. Naviero.

DOR. ¡Y yo soy pobre!

ISM. Sí, hija mía.

DOR. *(Pausa breve.)* El es fuerte. ¡Sobre todo es hombre! ¡Tiene una mirada franca y firme! Me gusta, sí; creo que me gusta.

ISM. Pero tú eres una muñeca...

DOR. Pero a él le gusto.

ISM. ¿Sí?

DOR. Para su mujer, no sé. ¡Quizás no! El me mira como eso: una muñeca. Le gusto, sí; creo que como el tabaco y el vino, ¿eh?, pero le gusto.

ISM. Hay gustos que merecen palos.

DOR. El suyo. Porque es de estos que no deben darle más importancia al amor que a una botella... ¡Me mira como miraría a una yegua de buena estampa!

ISM. ¡Niña!

DOR. Sí; una yegüita linda, pensando: «¿Cuánto me costaría este animalillo?»... Claro que mi precio..., el precio de este muñeco... Porque yo me vendo..., pero llevo una cartela que dice: «Matrimonio.» Ya sé que su amor es un insulto, pero no me importa; ¡sois así los hombres!

ISM. ¡Muchacha!

DOR. Sí. Lo que más oigo al paso, es... «¡Buena hembra!» ¡Esta es la flor, que las *hojas,* naturalmente, son verdes...! Bien; llevaré el collar de mi amo, como Rirrí, pero... ¡Bueno!... Necesito dinero... ¡Divertirme, señor; si no, qué voy a hacer yo en la vida!...

ESCENA V

Dichos y DONCELLA.

DON. Este caballero espera al señor. *(Le da una tarjeta.)*

ISM. Este caballero es otro que vendrá a pedir...

DOR. ¡Ay! ¡La realidad que vuelve! Tito, ¿de veras no puedes prestarme quinientas pesetas?

ISM. ¡Hija mía, hoy lo único que puedo prestarte es paciencia! *(Sale.)*

DOR. ¿Espera aún la chica de «madame»?

DON. ¿La señorita dijo que se fuese?

DOR. Dígale que vuelva más tarde. *(Sale la doncella.)*

ESCENA VI

DORINA, DOÑA PACA, GORITA, ROBERTO y LORENZA.

DOR. *(Llama al teléfono.)* ¿La señora marquesa? Sí. *(Espera.)*

PACA. *(Cuarenta años.)* Dorina. *(Llega con Gorita y Roberto.)*

DOR. Pasad. Un momento. *(Al teléfono.)* ¿Marquesa? ¿Es usted?... Aquí, bregando con mi enjambre de angelitos; hoy no salí a paseo... ¿Venía usted ahora?... Sí, sí. ¡Me ayudará usted; ya lo creo!... Escuche. Tráiganos a su hermano... ¡Está ahí!... ¡Ah!... Sí, señor; se lo pido yo. Venga a tomar una taza de te con nosotros... ¡Mucha, mucha curiosidad!... Gracias. Hasta ahora.

PACA. ¿Invitas al indiano?

DOR. Sí.

PACA. Es un tipo curioso.

ROB. *(Veintiocho años.)* Y un gran partido. Rico.

GOR. *(Con un gesto. Tiene veinte años; feucha, insignificante.)* Viejo.

ROB. Mejor.

DOR. No; cuarenta años. La edad del hombre.

ROB. La edad de echarle el lazo.

GOR. *(Riendo.)* ¡Qué Roberto!

ROB. ¡A mí me da la sensación de un sátiro de la selva!

DOR. ¡Por Dios! Es correctísimo.

ROB. Sí; un sátiro de frac.

DOR. Un hombre. Me gusta que los hombres tengan cara de hombre.

LOR. ¿Va a venir?

DOR. En seguida. Me ha dicho su hermana que precisamente estaba abrigando su muñeca para traérmela.

PACA. ¿Abrigadita?

ROB. Es una solterona maternal. Al perro le llama «hijito».

DOR. ¡No te rías!

ROB. ¡Que no pensaba en ti; palabra!

DOR. Me da lo mismo.

ROB. El perro es el refugio sentimental de las jamonas. Como los veinte años es la edad del amor, los cuarenta es la del chucho...

PACA. ¡Qué gracioso es tu novio!

ROB. No es broma. Este cariño al animal suele ocultar un drama íntimo; cuando una mujer pierde su fe en el hombre, la pone en el perro. El perro viene a ser el luto que se lleva al amor muerto.

GOR. *(Riendo.)* ¡Qué sombra!

PACA. Niña, ¿no te quitas los guantes, no trabajamos?
GOR. Estoy heladita; hace un frío horrible. *(Está sentada, aparte, junto a una estufa eléctrica.)*
DOR. Te habrás enfriado en el Retiro...
GOR. ¿Sabes que estuvimos? *(Se levanta.)*
DOR. ¡Todo se sabe!... *(Gorita se quita los guantes. Dorina, riendo.)* Oye...; no, mujer; fué una broma. Puedes seguir calentándote; y éste, también, que se caliente...
ROB. ¿Cómo?
DOR. ¡No pongas esos ojos de buho, hombre!... ¡Que os calentéis los dos hasta echar lumbre! Ya la tarea va de remate. Acabo de recibir éstas. Mira qué encanto. *(Por una muñeca. La besa.)* ¡Si yo pudiera tener una hija así, me casaba en seguida!
PACA. ¿Por qué no has de tenerla?
DOR. Porque no. Las hijas se parecen al padre, y el padre siempre es un bandido.
ROB. Dorina, tú estás nerviosa.
DOR. El calor. Fuera hace frío, y aquí hay...
LOR. Veintiséis grados.
PACA. Debiste dar una vuelta por el Retiro.
DOR. Nada se me pierde allí...; bueno, y si se me pierde algo, para quien se lo halle. ¡Ea, a trabajar, niñas!
PACA. ¡Qué idea de buscaros quebraderos de cabeza! Esta no ha dormido anoche, pensando en su Richelieu.
DOR. ¿Es Richelieu quien te quita el sueño?
GOR. Es que a un hombre de la Historia, un señor cardenal, no vas a vestirlo con dos lazos y una gasa!
PACA. Hoy estuvo en el Museo del Prado; estuvimos. ¡La de pinturas que hay allí, chica! Yo he salido con dolor de cabeza.
DOR. Naturalmente. ¿Y os fuísteis al Retiro, también buscando inspiración?
ROB. A la Casa de Fieras.
LOR. *(Riendo.)* ¡Oh!
ROB. Yo voy mucho por allí.
DOR. ¿Ahora te da por... las monas?...
GOR. ¡Ay!
PACA. ¿Qué es?
GOR. ¡Se me fué la tijera! He cortado la cinta...
DOR. ¿Los nervios también?...
ROB. Pues sí; yo gusto mucho de los bichos. En París mi paseo con las amigas es el Jardín de Aclimatación... Os daría un curso acerca de la elegancia femenina en las fieras, en las aves..., hasta en los reptiles...
DOR. ¡Y en los peces de colores!...

ROB. También. ¡Sin guasa! Las grandes elegantes me recuerdan siempre algún animalillo de Dios. *(Ríen.)*

DOR. ¡Vamos, hijo!

ROB. Hay toda una teoría estética en las poses de una pantera, en el paso elástico de un tigre... ¿Y el color? ¡Para combinaciones exquisitas de color, yo no conozco nada más rico que la fauna!... Una garza, un cisne negro... ¡Apenas tienen que aprender los modistos! Yo, a una mujer de sensibilidad, en lugar de llevarla al Louvre para ver telas, la llevo al parque zoológico a ver matices. ¡Y que no hay maniquíes como los animales! Esto lo ignoran los modistos... o lo saben y se lo callan. Los atrevimientos más audaces de la forma y el color los resuelve la Naturaleza estupendamente con una gracia inimitable. El artista que lo aprenda y se lo asimile será, sencillamente, el mago de la moda.

LOR. Habla un poeta.

DOR. Exquisito. Ayer he leído que te llaman exquisito, como a un pastel. ¡Dan ganas de comerte, chico!

ROB. ¡Golosa!

DOR. ¡Por lo menos, de hincarte el diente!

PACA. ¡Se traen ustedes unos adjetivos!...

ROB. Ya ve usted, de confitería. La cuestión es pasar el rato, señora. ¡Hay por ahí cada gran poeta, que no es más que un joven batidor!...

PACA. ¡Qué ocurrente!

ROB. Sí. Baten las palabras como si fueran clara de huevo y hacen espuma...

ESCENA VII

Dichos, DON ISMAEL, ELISA y HERNÁN.

ISM. Dorina.

DOR. ¡Marquesa! *(A Hernán.)* Muchas gracias.

HER. *(Cuarenta y cinco años.)* ¡Oh, por Dios! A usted.

DOR. *(Presentando.)* Don Hernán de Lizárraga.

HER. Sin don. Hernán de Lizárraga, y mejor, Lizárraga. El indiano, ¿no me llaman así? Hasta Elisa.

DOR. ¡Ay!, perdone, marquesa; debió presentarle usted...

ELI. *(Cuarenta años.)* ¡Qué más da, hijita! *(A Hernán.)* ¿La nena?

HER. *(Procediendo a abrir una caja que trae consigo.)* Sí; saquemos a la nena; no vaya a asfixiarse.

ELI. ¡Burlón!

HER. Veamos. Intacta. *(Sacando la muñeca.)* Es que se empeñó en traerla en brazos; la advertí que ello podría ser motivo de escándalo. ¡Ver a una mujer soltera con esta lindísima cria-

tura!... La gente aquí suele aceptar la versión más picante... Le di mi palabra de traerla con todo cuidado *(Dándola a Dorina)*; ya ve usted que puede fiarse a mis manos una muñeca.

DOR. ¡Qué preciosísima!

ELI. Preciosa, no; pero para mí tiene un mérito...: me la compró mi padre a los once años. Hace...

HER. ¡Hace muchos; no te preocupes!...

ELI. Pues hace treinta.

DOR. ¿Y nos la da usted?

HER. Cree que no puede corresponder a la atención de ustedes nombrándola presidenta de la Asociación, si no desprendiéndose de esa hija de sus entrañas.

DOR. *(Riéndose.)* ¡Burlón!

HER. ¡De sus entrañas! Toda mujer, y esta niña es una mujer *(Por Elisa.)*, necesita ser madre...

PACA. ¡Jesús!

HER. Sí. Las muñecas son las criaturas del ideal; las muchachas las tienen con el príncipe de sus sueños... Elisa, de seguro, ama a esta muñeca más que a todos nuestros parientes! *(Ríen.)* Miren ustedes; tiene lágrimas en los ojos. Probablemente no derramó ninguna por mí en los veinticinco años que anduve fuera de España.

ISM. ¿Estuvo usted ausente veinticinco años?

HER. Sí.

PACA. ¿En América?

HER. Principalmente, sí.

ROB. ¿En la del Norte?

HER. Norte, Sur... Todos los puntos cardinales. He corrido bastante.

ROB. Tiene usted una leyenda magnífica.

HER. No, de luchador. He luchado..., en el sentido material, con hombres y con fieras.

LOR. ¿Sí?

HER. Mi primer oficio fué... comerciar con eso. *(Señalando una piel de tigre.)* Con pieles de bestias feroces.

PACA. ¿Pero en América todavía existen bestias feroces?

HER. *(Siempre sonriendo.)* Y aquí también. Pero, vamos, allá andan por las selvas... ¡Selvas magníficas!... Y peligrosas, donde hay arbolitos cuya sombra da la muerte, como el quebracho.

ISM. ¡Pero qué frutas más ricas!

HER. La fruta que más abunda en los bosques son las sierpes; penden de las ramas como interrogantes...

ISM. ¡Lagarto!

PACA. Qué cosas, ¿eh?

LOR. ¿Y mató usted muchas fieras?

HER. Algunas. Los animalitos se resisten a dejarse quitar su piel, ¿verdad? Y hay que matarlos. Esto *(Mostrando su mano.)* es un mordisco de un aguará guazú.

PACA. ¿Y esa cicatriz *(Del cuello.)*

HER. Un tiro.

ROB. ¿Mató usted hombres también?

GOR. ¡Ay, no!

HER. Probablemente; no lo sé. Una noche, en una aldea del Chaco, nos atacó una partida de matreros. Les pudimos, huyeron, y, al amanecer, contamos siete muertos. No sé si alguno, o algunos, pesarán sobre mi conciencia.

ISM. ¡Demonio!

HER. Sí; esta civilización... esto, este confort, vive de una barbarie. Esa hermosa piel puede ser... un drama... ¡Y allá y aquí hay lucha, y hambres y mordiscos! ¡Yo tuve que morder y a mí me han mordido! *(Entra la doncella el servicio de te. Lo sirven Dorina y Lorenza.)*

ELI. ¡Cuánta locura!

HER. No. A los veinte años me quedé sin un real. La civilización no les sirve gran cosa a los pobres, y tuve que hacerme salvaje.

ELI. Tenías lo mío.

HER. Yo no he sabido vivir mas que de lo mío.

DOR. ¿Orgullo?

HER. ¡Sencillamente que me sentía fuerte! Hoy puedo acogerme a los beneficios de la civilización. ¡Y encantado, como dicen ustedes!

ROB. Le envidio a usted.

HER. *(Con ligera sonrisa.)* ¡Oh, quizá yo le envidie a usted! *(Mira a Dorina.)*

ROB. Ha vivido usted intensamente y es usted un hombre que ha llegado.

HER. Llegar... es morirse. Prefiero estar en camino siempre.

PACA. ¡Cuántas maravillas habrá visto usted!

HER. La mejor no la hallé todavía en mi camino.

DOR. ¿Cuál?

HER. La mujer.

LOR. ¡Oh!

PACA. ¿Es posible?

HER. No conozco el cariño. Quizás por falta de tiempo... y de ocasión... Fuí huérfano... Una vez pude amar a una monjita que me curó en un hospital del Paraguay: «Sor Garbanzo». La llamaba así, porque tenía una carilla menuda y amarilla de garbancito...

DOR. ¡Vamos!

HER. Sí; la propuse robarla y huyó, voló; no volví a verla. Amigos, sí he tenido. *(A Elisa.)* ¡Juanote!

ELI. Juan; sí.

HER. ¡Juan el bueno! Hijo de mi administrador; se arruinó por mí y me siguió a América. ¡Y un criado, un negro que se dejó matar por mí!

ROB. Guarda usted su corazón en una arquilla de oro.

HER. ¿Cómo lo sabe?

ROB. Por un compañero periodista que le interviuvó.

HER. ¡El corazón de un amigo hay que guardarlo en arca de oro!

ROB. Se dijo otra cosa...

HER. ¿Qué?

ROB. Que era el corazón de una mujer que le fué infiel.

HER. ¿Y yo la maté? *(A Dorina, que en este momento le presenta el te.)* Un terrón. Gracias. ¿Y yo la maté? Entonces guardar el corazón..., ¿para qué? ¡No!

DOR. ¿No?

HER. Usted conocía esta fábula.

DOR. ¿Por qué?

HER. Porque le soy antipático.

DOR. ¡No!

HER. Sí. A mí se me puede decir todo.

DOR. No. Era una sensación, quizás de..., no sé decir...

ROB. De sugestión. ¡Sugestiona usted!...

HER. *(Sorbiendo el te.)* La leyenda. Este buen Madrid es un pueblo grande, se pirra por el folletín. De un suceso vulgar hace una novela, que la prensa, maternalmente, le sirve por entregas. ¡Yo no he matado a ninguna mujer!... ¡Bueno, tampoco amé a ninguna!

PACA. ¿No ha querido usted nunca?

HER. Digo, «amar». Querer, sí. Yo, deseo, me gusta esta porcelana *(Por la tazá de te)* y la adquiero, ¿verdad?... Es una simple cuestión de precio; quise y me han querido... Una, quiso al hombre de aventuras... ¡La leyenda! Otra, no me quiso... Digo que no he amado, porque nunca dije dos veces a la misma mujer, «la quiero a usted». Yo no sé importunar, y para amar, dicen que hay que ser importuno...

DOR. Es usted un poquito orgulloso.

HER. No sé. Nunca le di mucha importancia al amor.

ISM. A la mujer.

HER. Bueno, quizás. Pero no se ofendan ustedes... Es tan..., tan bella la mujer, tan linda, tan...

DOR. Tan estúpida, ¿verdad?

HER. ¡Señorita, por Dios!

DOR. Sí, lo leo en sus ojos. ¡Está usted riéndose probablemente de mí!

HER. *(Riendo.)* ¡Oh!

DOR. Por ello me ha sido usted antipático. Usted es sincero, yo también.

HER. *(Sonriendo.)* ¡Pero, Dorita!

ISM. ¡Niña!

DOR. ¡Nada, hombre; si no tiene nada de particular! Usted piensa: «¡Esta muñeca es tonta!...»

HER. Una muñeca no es tonta ni lista. Es bonita..., y basta.

ESCENA VIII

Dichos y la Doncella.

DON. Con permiso. *(Aparte, a Dorina.)* La chica de «madame».

DOR. ¡A propósito de muñecas! La modista viene a cobrarme... los trajes de estas señoritas y yo no tengo un cuarto!

ISM. ¡Muchacha!...

DOR. ¡No tengo un cuarto! He gastado lo mío y tú no quieres prestarme! ¿No soy una chiquilla? Puedo decir la verdad. Hoy no tengo dinero y lo necesito. Voy a subastar a este. *(Un pierrot que habrá sobre un mueble.)* El pobre no es una obra de arte, pero es mío, como esa muñeca es de usted... ¿Qué dan por él?

PACA. Cien pesetas.

ROB. Ciento cincuenta.

ELI. Quinientas.

DOR. A la una..., a las dos... ¿No hay quién dé más?... ¡Tío!

ISM. ¡No doy nada, ea!

DOR. A la una, a las dos... *(Hernán que sacó su cartera y ha escrito en una hoja, se la entrega.)* ¡Oh, me ofrece usted...!

HER. ¡Chist! *(Con ademán de taparle la boca.)* No le importa a nadie. Perdonen. Tengo una leyenda; vean ustedes en este rasgo el deseo de conservarla. Una leyenda no debe dejarse perder por unas pesetas.

DOR. ¡Pero, señor!...

HER. Nada. No vale la pena. He conquistado el oro para esto, para permitirme el capricho de comprar un monigote caro.. *(Pausa breve. Se miran fijamente.)* ¿La ofende a usted? Entonces... *(Va a rasgar la hoja.)*

DOR. *(Rompiendo a reír.)* ¡No! ¡La verdad, no me ofende! Es ridículo que le ponga cara seria, porque estoy muy contenta. ¡Tome usted! *(El muñeco.)* ¡Y mi mano!

HER. ¿Su mano también? *(Reteniéndola con las dos suyas.)*

DOR. *(Riendo, soltándose.)* ¡Por Dios! ¡La mano de amiga!
HER. Muchas gracias... *(Hay una pausa difícil; estas pausas que suele romper una tontería.)*
ISM. ¿No han visto ustedes la colección de muñecos?
LOR. Está en la sala.
ISM. Y en mi clínica; en el sillón de operaciones, tengo un Charlot.
HER. ¡Oh! Veamos. *(Salen.)*

ESCENA IX

DORINA y GORITA.

GOR. *(Cuando Dorita salía.)* Escucha un momento.
DOR. ¿Qué quieres?
GOR. Yo soy amiga tuya, leal.
DOR. ¡Ah, sí?
GOR. ¿Por qué te ríes? ¿No lo crees?
DOR. ¡Sí, mujer!... ¡Amiga modelo!
GOR. No rías ahora, me haces daño.
DOR. ¡Chica, pero no vayas a ponerte dramática! ¡Si aquí no ocurre nada!
GOR. Ocurre y tú lo supones, porque me lo has dicho con indirectas. Ocurre que Roberto me hace la corte.
DOR. ¡Ah, vamos!
GOR. Sí. Vivimos en sociedad, y una no puede evitar que los muchachos nos digan tonterías.
DOR. A eso está una, mujer: a oír tonterías. Mientras no las hagas...
GOR. ¡Pues eso es!
DOR. ¿Has hecho una tontería, pobrecita?
GOR. No, que yo al principio no di importancia a las cosas de Roberto. Como es poeta...
DOR. ¿Ese? ¡De lo más práctico, rica!
GOR. ¿No hace las crónicas de sociedad?
DOR. De trapos, poeta de trapos. Ya vi que en el baile de Reyes te llamaba encantadora y elegantísima, y a mí, linda a secas. ¡Pero eso, quién va a creerlo! Sólo lo cree una misma.
GOR. Pues me lo hicieron notar... *(Ella ríe.)* Yo me alegro de que a ti no te importe.
DOR. ¡Nada, preciosa! *Rien du tout!*
GOR. ¿No le quieres?
DOR. ¡Qué cursilería! ¡No!
GOR. ¿No es tu novio? *(Un gesto de ella.)* Es que... te lo diré todo: hace dos días se me ha declarado; yo le di largas para

hablar contigo, porque otras lo harán, pero yo no le juego a una prima mía una partida así. Ahora, si él es libre...

DOR. Completamente.

GOR. ¿De verdad?

DOR. ¡Libre, hija, con el alquila levantado!

GOR. ¿Puedo decirle que sí?

DOR. ¡Allá tú!

GOR. Es que yo no le tomo por pasar el rato.

DOR. Creo que es para lo único que se le puede tomar, pero en fin...

GOR. Para casarme.

DOR. Muy bien. Me alegro.

GOR. ¿Sinceramente?

DOR. ¡Sí, mujer!

GOR. Yo rompí hace un año con Andrés Durán, y él ya se casó y yo sigo soltera y sin novio; pasa el tiempo, y yo tengo dos años más que tú.

DOR. ¡Nada, te casas mañana!

GOR. Yo siempre miré a Roberto con simpatía, la verdad.

DOR. ¡Y cuando lo dices! Te lo cedo..., y te lo cedo en buen uso, ¿eh?

GOR. Él es bueno.

DOR. Sí; no creo que le pegue a la mujer..., sobre todo si tú no te dejas. No le gusta el vino. El whisky, sí. ¡Un buen muchacho! Y tú eres rica; es un pequeño detalle muy interesante para asegurarte su fidelidad. Vamos, el que se casa contigo y es formal, por lo menos hasta casarse. Luego... *(Se encoge de hombros.)*

GOR. Ya sé que me tocará sufrir alguna vez, porque yo soy celosa y él es como son los hombres... Mi madre dice que todos son un poco perdis... Bueno, dame un beso. ¿Estás conforme, de verdad?

DOR. ¡Sí, rica! ¿Quieres que le llame y os eche la bendición? Espera. ¡Roberto!

GOR. ¡Muchacha!

DOR. Espera...

GOR. ¡No quiero! *(Huye, izquierda.)*

ESCENA X

DORINA, ROBERTO.

ROB. *(Por la derecha.)* ¿Me llamabas tú?

DOR. No, yo, no... Es decir, te llamé yo para decirte delante de tu novia...—porque conmigo las cosas claras—que se me da un rábano que seas un sinvergüenza y te cases con ella esta misma noche.

ROB. ¡Cómo!

DOR. Que no te quiero; si hace falta darte un bofetón para probarlo, te lo daré. Para mí, ¡requiescat!...

ROB. ¡Dorina...!

DOR. ¡No, hijo! No hagas un numerito. Esa tiene pasta y yo no. Y tú eres... eso, un sinvergüenza. ¿De acuerdo? A otra cosa. *(Pausa breve. Se sienta en el diván.)* Tú viniste aquí a ver lo que se pescaba. Has visto que aquí, ¡nanay!... Y antes de colarte más, ahuecas: ¡muy caballero!

ROB. No me conoces... Yo te quiero.

DOR. Sí, sí...

ROB. ¡Te quiero! Lo sabrás algún día... A tu prima... ¿es que vas a tener celos de ella? Pero yo no tengo una peseta. ¡Con franqueza absoluta! Tú, tampoco. Tú eres una mujer de lujo, ¡y yo no debo casarme contigo! Sería no quererte..., porque tú puedes conseguir un enlace ventajoso. Ponte en la realidad; te parecerá brutal, pero es así... Y, ¡vamos a ser sinceros! ¡Tú has pensado ya en el indiano!

DOR. Y aunque fuese así, ¿qué?

ROB. ¡Si yo me alegro! Es tu porvenir ¡y me alegro! Porque te quiero bien, sin romanticismos...

DOR. Bueno, vete.

ROB. ¡Eres una chiquilla!... Si yo te dijese que pensando en ti, y sólo por ti me caso con esa... *(Ella le mira fijamente.)* Porque siendo su marido, yo puedo hacer por ti más que ahora con mi jornal de periodista.

DOR. ¡Vete, vete!

ROB. ¿Pero no vamos a seguir siendo amigos?... Oye..., ¿es que de veras sientes que yo me case con otra?

DOR. No, no lo siento... Siento... ¡Yo creo que es la vez primera que siento tristeza por mí!... Porque yo soy una muñeca, pero hubiese podido ser mujer, ¡si la vida fuera otra cosa!...

ROB. *(La acaricia.)* Vamos, tontina.

DOR. *(Rechazándole.)* ¡Quita!

ROB. ¿Te vas a enfadar ahora?

DOR. ¡No tienes derecho tú para despreciarme así!

ROB. ¡Pero estás divagando!... *(Saca la pitillera.)* No te conozco.

DOR. Vete. *(El enciende su cigarro.)* Dame un «piti». *(Se lo da y lo enciende.)* ¡Vete, hombre! ¡No molestes!

ROB. ¿No va a pasarte la morriña? ¿No somos amigos?... *(Ella se encoge de hombros.)* ¿No me das la manita? *(Ella se la da y él la besa.)*

DOR. Fantoche...

ROB. *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Bueno! *(Sale.)*

ESCENA XI

DORINA y HERNÁN.

DOR. *(Pausa. Fuma echada en el diván. Hernán levanta el cortinón de la derecha, va a retirarse, tras un momento en que se miran ambos en silencio.)* Pase. ¿Me espía usted?

HER. No, nunca. Iba a entrar... Oí a su novio...

DOR. No tengo novio.

HER. Sí.

DOR. ¡No, hombre! Como usted no quiera serlo...

HER. Sí. *(Pausa breve.)* ¿Eso es? *(Señala su mejilla.)* ¿Una lágrima?... Un dolor.

DOR. *(Ríe.)* ¡Por Dios! No he llorado en mi vida mas que de rabia. ¡No sé lo que es un dolor! Bueno, una vez me ha dolido este diente...

HER. *(Sonriendo.)* Dorina no conoce el dolor. *(Pausa breve.)* ¡Qué lástima!

DOR. ¡Ay, qué malo! ¿Siente usted que yo no sufra?

HER. Es bueno para tener corazón..., porque, a veces, el corazón, de no usarlo, se duerme. Le conviene un poco de gimnasia; sí, dolor. *(Se sienta a su lado.)*

DOR. Es usted un hombre muy interesante.

HER. *(Siempre con su sonrisa de papá.)* Un juguete muy curioso, ¿verdad? ¡Qué tendrá dentro! ¡Pchs! Poca cosa. Un alma.

DOR. *(Sentándose, tirando el cigarro.)* Todos tenemos nuestra alma en nuestro armario.

HER. No. Mire usted. Este lindo pierrot. Muy lindo, pero ¡nada! No tiene alma... No le hace falta, es bonito; como esa flor, su perfume es su alma.

DOR. ¿Sí? *(Mirándole largamente.)*

HER. ¿Sigo siendo antipático?

DOR. No... Antipático, no.

HER. Me ha preguntado usted si quería ser su novio.

DOR. *(Ligera.)* ¡Y usted me ha dicho que sí!

HER. Ya lo sabía usted.

DOR. ¿Yo?

HER. Ustedes, las mujeres, saben siempre qué sentimiento inspiran a un hombre. Hace tres días usted me ha dado calabacita...

DOR. ¡Ay, qué calumnia!

HER. Sin declararme a usted, naturalmente. Quizá yo fuí atrevido: creí ver que cierto señor bostezaba al lado de usted... y usted le hacía el dúo. El amor no puede vivir entre bostezos.

DOR. ¡Que yo no tengo novio!

HER. ¡Sí!

DOR. ¡No!

HER. ¿No ha dicho usted que me admite?

DOR. *(Riendo.)* ¡Ah, sí!

HER. ¿Sí? En serio, ¿sí?

DOR. ¡Sí!, sí, hombre!...

HER. A ver. *(Cogiéndola por las muñecas, mirándola a los ojos.)* ¿Sí?

DOR. ¡Señor! *(Soltándose.)*

HER. Perdone... Una incorrección. Creí que de veras era usted mi novia. Me voy. Yo no pedí nunca dos veces lo mismo. Me lo dieron de buena voluntad... ó lo tomé yo.

DOR. ¡Ya!

HER. Todo lo tomé por la fuerza... menos el beso de una mujer. Ahora, no sé... Vi tan cerca los labios... ¿Me perdona, Dorina?

DOR. *(Seria, conmovida.)* Sí.

HER. Gracias. *(Se inclina. Va a salir.)*

DOR. *(En pie.)* No se vaya usted.

HER. ¿No? *(Sonriendo otra vez.)* Entonces..., ¿somos novios? Entonces... ¿Quieres ser mi mujer? *(Ella baja la cabeza.)* A ver, a ver, a ver tus ojos, muñeca... *(Le toma la barbilla, levantándole la cabeza, sonriendo.)* ¿Aún me temes?

DOR. *(Bajo.)* No... *(Ella misma le ofrece sus labios.)*

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

Despacho de Hernán, de estilo español: lujo, sobriedad. Tres puertas. Ventanal. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DORINA; luego, ANTONIA.

DOR. *(Entra. El despacho está en penumbra, sin más claridad que la que recibe por el fondo de un salón contiguo. Da la luz de una lámpara de pie, se llega a un bargueño y examina el cierre, con la codicia golosa de un gato que mira la carnera. Se dirige a la mesa, abre, saca del cajón unos billetes, pulsa el timbre. Se presenta Antonia.)* Déle esto al chico. Son trescientas veinte de esta factura. Devuélvale ésta. Dígale que no estoy conforme con el precio.

ANT. Pero la señora se queda el estuche.

DOR. Me lo quedo, pero antes de pagarlo he de hablar con principa[1]. *(Sale la doncella.)*

ESCENA II

DORINA y ROBERTO.

DOR. *(Mira la joya: un topacio grande pendiente de un cordoncillo negro. Por el fondo llega Roberto; viste de frac. Acércase, de puntillas, le da un beso en la nuca.)* ¡Qué loco eres! *(El dialogo en voz baja.)*

ROB. La vida resulta amable por la locura. Es plato que sin la salsa de locura, de poesía... ¡Insípido! Tu marido es sensato, yo soy loco... y tú me quieres a mí.

DOR. ¡Pero quita!

ROB. No hay cuidado. Tu señor marido chupa su pipa, departiendo con mi mujer y tu bonísima y gansísima cuñada.

DOR. No es tan gansa la hermanita. Me mira de un modo que me da miedo.

ROB. ¿Miedo tú?... ¿Es decir, tú piensas, discurres? ¡No conozco a mi nena!

DOR. ¡Qué cínico eres!

ROB. Estás magnífica con este vestido. Cuando te cae así... *(Bajándolo de un hombro.)*

DOR. *(Riendo.)* Tonto...

ESCENA III

Dichos y ANTONIA.

ANT. Señorita.

DOR. ¿Cómo?

ANT. Perdone... que...

DOR. ¡Qué, diga!

ANT. El chico dice que no puede irse sin el estuche. Que si lo desea la señora le dirá a su principal que venga esta misma noche para que la señora le diga...

DOR. Nada. Tome usted. No lo quiero. *(Le da el estuche. Sale la chica.)*

ESCENA IV

DORINA y ROBERTO.

DOR. ¡Te ha visto!

ROB. ¡Nada, que va a ver! ¡Que yo me inclinaba!...

DOR. Sal.

ROB. ¿Que es eso del estuche?

DOR. Ese necio de Benítez, que me envía, con una joya, la cuenta, y sin duda ha encargado al chico que no la dejase si no le pagaba.

ROB. ¡Qué burro! Eso se hace con una cupletera. Mañana tendrás la piedra. ¿Cuánto es?

DOR. Mil cien pesetas.

ROB. ¡Y mi nena no tiene mil cien pesetas! ¡La mujer casada con el indiano más rico de Madrid! ¡Ese gachó es Harpagón!

DOR. ¿Quién es Harpagón?

ROB. No le conoces. ¡Una miseria de joya!... ¡Entonces para qué te has casado!

DOR. Eso me digo: ¿para qué es una casada?

ROB. Él piensa que con llamarte su mujer debes sentirte feliz. ¡Tiene un gesto de protección irónica muy antipático!

DOR. Es el señor marido. ¡El señor! Claro que yo no admito señor. Pero éste se entera de lo nuestro y hace una barbaridad.

ROB. No es un piel roja.

DOR. ¡Sí, sí! Con su flema y sus finos modos, un indio.

ROB. Mientras haga el indio...

DOR. A todas horas me da en cara con que soy una chiquilla sin seso.

ROB. ¡Tú que eres un cerebro de primer orden!

DOR. Soy una criatura tonta, pero no quiero que me lo digan... *(Pausa breve. Los dos miran hacia la puerta del fondo.)* ¿Quién?

ROB. Pasa, rica.

ESCENA V

Dichos y Gorita.

GOR. *(Vestida de «soirée».)* ¿No estorbo?

ROB. Sí, pero estorbas más ahí con la oreja pegada.

GOR. ¿Oyes, qué hombre?

ROB. Haces mal escuchando, puedes enterarte de algo que no te guste...

GOR. ¡Pero qué simplezas, Roberto!

ROB. Esta mujer mía es Otelo con melenita y polvos de arroz. Está celosa, no de ti, ¡de todas! Ayer ha despedido a una doncella, porque dice que me miraba de un modo especial al darme el sombrero. ¡Qué culpa tengo yo de ser bonito!

GOR. ¡Eres tonto!

ROB. ¿Pero no es así?

GOR. ¡Figúrate que no me deja parar en casa a una chica!

ROB. Se empeña en que las abrazo.

GOR. ¿Pero vas a negarme lo que yo he visto?

DOR. ¡Qué asquito de hombres!

ROB. ¡Si me lo impongo como sacrificio, para curarte de tus celos!... Júrame que no viniste de puntillas hasta esa puerta para sorprender..., ¡sabe Dios qué! Te vi, y no se ha enterado ésta, pero la guiñé el ojo para hacerle una declaración explosiva.

GOR. ¡Para ti, todo es broma! ¿Y si en lugar de ser yo, llega Hernán?

ROB. No podía ser Hernán. El siempre, al dejar el comedor, va a ver a su nena. ¡Porque tiene una nena, lo cual hace que un hombre se aplome, y se deje crecer la barriga!... *(Ríe Dorina.)* ¡Yo no consigo aplomarme, porque tu no me das un hijo!

GOR. ¿Es mía la culpa?

ROB. ¡Ah, pues mía no es!

DOR. ¡Muchacha, no desees los hijos! Tú no sabes lo que es eso.

GOR. ¡Ser madre! Yo creo que debe ser la única emoción de la mujer en la vida!... Este tiene razón, soy una chiquilla. Somos así, porque nos hacen así. ¡Pero al sentirse madre, creo que será cuando una mujer se sentirá mujer!

DOR. Yo te confieso que lo primero que sentí fueron ganas de arañar a mi marido... ¡Es que va una engañada! Sí, ganas de arañarle a él y de pegarle a la pitusa...

GOR. ¡Oh, qué!... *(Se interrumpe.)*

DOR. ¡Qué barbaridad, conforme! Es un hijo. Pero yo no había llorado nunca, y, vamos..., ¡traerlos al mundo es una cosa seria!... Dices, «¿qué mal he hecho yo para sufrir así?» Luego, ya eres esclava porque, aunque tengas nodriza, la madre es una. ¡Bueno, me parece mentira, que yo sea madre! ¡Mamá! La nenita me parece una muñeca, que yo no he pedido, ¿eh?

ESCENA VI

Dichos y ANTONIA.

ANT. ¿Da permiso?

DOR. ¿Qué?

ANT. El señor Benítez dice que haga usted el favor de quedarse con esto, y que dispense la señora que el chico dijera aquello... que, vamos, fué cosa del muchacho, que él lo siente mucho.

DOR. ¿Está ahí?

ANT. Sí, señora. Si usted quiere algo...

DOR. Que está bien. Mañana pasaré yo. *(Sale la doncella.)*

ESCENA VII

Dichos, menos ANTONIA.

GOR. ¿Regalo de tu marido?

DOR. Mío. Yo me regalo lo que me gusta. El no piensa en estas muñequerías *(Se pone el «pendentif».)*

ROB. *(Inclinándose sobre ella.)* ¡Ravissant!... ¡Precioso!

DOR. ¿Te gusta?

ROB. Sí; pero no me refería ahora al topacio...

DOR. Desea hacerte rabiar.

GOR. Lo peor, es que a veces lo consigue.

ROB. No seas tonta. ¿Piensas qué si ésta y yo tuviésemos algo, nos buscaríamos en el despacho de su marido?

DOR. *(Riendo.)* ¡Pero qué tremendo es este primo mío!

ROB, ¿Pero no es verdad? Vine por un cigarro, de los famosos cigarros de Hernán y me hallé con Dorina.

GOR. ¡Si no te pregunto, hombre!

DOR. Se fía de ti. *(Gorita mueve la cabeza negando.)* ¿No?

GOR. Ni de ti.

DOR. *(Ríe.)* ¿Ni de mí?... ¡Roberto, no fumes eso, por Dios! *(Porque él enciende un cigarro que tomó de la mesa.)* Es un tabaco, que me pone mala.

ROB. Esto te gusta. *(Le ofrece su pitillera. Ella toma un pitillo.)* ¿Tú? *(A Gorita.)*

GOR. ¡Qué asco!

DOR. Pero vete. ¡No eches aquí esa peste de humo, hombre!

GOR. ¿Tú te quedas?

DOR. Voy a arreglarme.

ROB. Déjala. Creo que vino buscando... *(Ademán de rapiña.)*

DOR. ¡Quiá! Mi maridito, no se deja «limpiar» tan fácilmente.

ESCENA VIII

DORINA, luego HERNÁN.

DOR. *(Mira su piedra y chupa el cigarrillo. Llega Hernán; la pellizca en la nuca.)* ¡Pero, hijo!... *(Con amable reproche.)*

HER. ¿Qué? *(Ella le reconoce.)* ¿Qué te pasa?

DOR. *(El gesto duro.)* ¡Que haces daño a veces!

HER. ¡A veces hago daño! ¡Oh, qué bárbaro marido! El marido es bárbaro, tirano... y memo. El marido de un lindo bebé. *(Sentándose en un butacón bajo. Viste smoking.)* Ven acá... Echa eso. *(El cigarro.)* No fuíste a darle un beso a la niña, te esperaba allá. ¡Echa eso!

DOR. Me gusta.

HER. Echa eso. *(Se lo quita.)*

DOR. ¿Tiras tú el cigarro para acercarte a mí?

HER. Se enfadó la nena. ¿Te hice daño de veras?

DOR. ¡Me dió gusto! *(El la besa en el sitio del pellizco.)* ¡Sí con un beso curado!

HER. ¿Y con dos?... ¿Prefieres otro beso o... moneda?

DOR. Tú verás.

HER. Dinero. ¿A ver el daño?... Los desperfectos son... ¿quinientas pesetas? ¿Más? ¡No!, más de cien duros no me sacas.

DOR. *(Displicente.)* ¡Bueno!

HER. Avaro, ¿verdad? ¿Quieres... mil? Dame un beso. Un beso que no parezca que me lo das por rutina, como tantos. ¡Un beso con ilusión, de mujer a hombre! ¡Todavía no me diste ninguno así, después de casados!... Soltera me diste uno..., ¡y se acabó!

DOR. ¿Y por cada beso como aquel me das mil pesetas?

HER. *(Riendo.)* ¡Criatura, no! Y tampoco puede ser. Un beso de mil pesetas no es ni más fuerte, ni más largo... ¡Es un beso!

DOR. ¡Enséñame tú, hombre!

HER. Dame el pañuelito. *(Se lo pasa a ella por los labios.)* Es un olor el del cigarrito que me quita las ganas de besarte... *(Pausa.)*

DOR. ¡Vamos, bésame, hijo!

HER. No.

DOR. ¿Por qué?

HER. Porque... no.

DOR. ¿Por qué no?

HER. Porque no, porque no... *(Se encoge de hombros.)* He visto en tus ojos... Tienes unos ojos de cristal, se ve todo lo que hay dentro. Y he visto ahora algo poco simpático. No te beso.

DOR. Pero...

HER. Tus pesetas, sí. Con la intención basta, no hace falta el sacrificio.

DOR. ¡No te entiendo!

HER. Muy sencillo, hijita. Yo «no compro» un beso. Tu boca tan... sabrosa, con su labio de arriba en pico, tu boca... ahora me da una miajita de... *(Gesto de asco.)*

DOR. ¿Qué?

HER. *(Serio.)* No quiero el beso; renuncio generosamente.

DOR. ¡Pero tú me has dicho...!

HER. Sí; que te lo compraba. Comprende: los niños juegan a comprar y vender y son felices. Yo jugaba a comprar un beso tuyo; pero resulta que es verdad, que tú me lo vendes, quieres ganar un dinero..., y esto, aunque tú seas una chiquilla, con el entendimiento de... de un ruiseñor, esto es algo repugnante.

DOR. ¡Oh!

HER. Espera, espérate. *(Abre el cajón.)*
DOR. ¡No; ahora no quiero!
HER. No seas tonta... Oye. *(Cambiando de tono.)* ¡Oye! quí faltan doscientas pesetas.
DOR. ¿Cómo?
HER. Vengo notándolo. Sin duda, mi secretario; ese pobre mbre, se remedia a cuenta de mis descuidos. Bueno, va bien stigado.
DOR. ¿Cómo?
HER. Si necesitaba algún dinero pudo pedírmelo, mejor que rir este cajón para robarme. Le he tendido un lazo. Dejé uí estos billetes. Mira, son falsos.
DOR. ¡Falsos!
HER. Donde los presente, por lo menos le sacan los co-res.
DOR. ¡Fuí yo!
HER. *(Con irónico asombro.)* ¿Tú?
DOR. Había de pagar una cosilla, y como me faltaba dinero...
HER. ¡Cuán niña eres!
DOR. ¡Y he dado dos billetes falsos!
HER. *(Sonriendo.)* ¿Por qué no me pides?
DOR. ¡Porque no quiero pedirte a cada momento! Eres tú iien debía anticiparse, sin obligarme... ¡la humillaciones, se-or! En todas partes, la dueña de la casa es quien tiene el nero.
HER. En todas las casas donde hay dueña, sí.
DOR. ¿Yo no soy aquí la dueña?
HER. Eres la niña. No puedes ser más que la niña, Dorina. s mi hermana quien lleva la casa, y yo el que pago todos los astos. Tú misma figuras en la lista, por lo que te doy men-ialmente para tus cosas.
DOR. ¡Una miseria, para un hombre de tu fortuna!
HER. Pídeme. Yo no te he puesto coto todavía. Ayer pagué a adame Rose por una capa de poulin y mico gris y no sé qué ás, dos mil pesetas.
DOR ¡Y luego me lo echas en cara!
HER. No; únicamente me interesa saber qué se gasta en mi ısa.
DOR. ¡Yo nunca supe lo que gastaba!
HER. Por ello no puedes tener dinero. No se da a los chicos ıra jugar billetes ni armas.
DOR. ¡No disponer de mil pesetas mías, para mí, sin rendir ıentas! ¡De qué me sirve que mi marido sea muy rico!... ¡Para ıgar una factura con dos billetes falsos!
HER. *(Sonriendo.)* No te asustes, Eran buenos.
DOR. ¿Cómo?

HER. Quería que confesaras que me sisas. Mira, son buenos
DOR. ¡Vamos!... ¡Eres...!
HER. Un malvado, dilo. ¡Ven acá! ¡Ahora me dan ganas de abrazarte fuerte y besarte. En tus rabietas es cuando más te quiero. ¡Niña! En ti lo que no me gusta es la mujer, porque me pareces una mujer fría, sin sentimientos... Perdona. ¡Esta noche no has visto a mi nena, a la nena pequeña! Preferiste la sobremesa con tus invitados, tu prima y su simpático marido. Vivimos en sociedad, ciertamente. Pero, ¿y tu hija? ¡Claro que tú no sientes mucho eso: *(Tristemente.)* «¡el hijo!» Lo siente más mi hermana soltera, que tú.

DOR. *(Que escucha con ceño adusto.)* Tu hermana es sabia económica, buen ama de casa, buena madre, ¡todo! Yo soy...

HER. ¡Una muñequita! ¡Si la culpa no es tuya, os moldean así!...

DOR. ¡No sirvo para nada!

HER. Sirves. ¡Es una magnífica ironía! ¡A ti, criatura inconsciente, está encomendado por la Naturaleza el gran acto de perpetuar mi raza! *(Cogiéndola por los hombros y mirándola a los ojos.)* ¡Tú, «poupée» de china, has de prolongarme, has de continuarme!... ¿No entiendes?

DOR. *(Irónica.)* Creo que sí.

HER. ¡Un hijo! Dame un hijo, y yo te juro que hago la mayor locura que puedas soñar.

DOR. ¡Ya te di el hijo!

HER. No; me diste una hija.

DOR. ¡Y para lo que me ha servido! ¡Para que de vez en cuando me digas que no sé ser madre!

HER. No sabes todavía... Ya sabrás. Ya llegarás a los treinta y a los cuarenta... y serás madre... y abuelita.

DOR. ¡Y si tengo hijos me haré más pronto vieja!

HER. Con un hijo en tus brazos... Creo que te tomaba en serio, ¡fantochín!

DOR. Prefiero que no me tomes.

HER. ¡Un hijo, Dorina! ¡Un hijo!

DOR. ¿Pero no tienes a la chica?

HER. Una hija siempre da al padre un poco de tristeza; un hijo da alegría. Una hija puede ser una víctima; un hijo es... lo que quiera ser. ¡La mujer está en la vida para tener hijos, el hombre para tener ideas! *(Medio mutis de ella.)* ¿Te vas?

DOR. ¿No salimos?

HER. Sí. Había olvidado «Manon». Es una musiquita que me empalaga como el guirlache... Y ese tenorete de moda, me molesta, francamente, con su peluca rizada y sus notas rizadas.

DOR. ¡Claro!

HER. Me parece un borreguito; un borreguito con voz. ¿No tamos de acuerdo?

DOR. ¡A mí me gusta el guirlache, y me gusta «Manon», y me usta el tenor!

HER. Aguarda. Las mil que te debo. *(Abre el cajón.)*

DOR. ¡No, hombre!

HER. Sí, mujer. Ese gesto de dignidad ofendida está muy en, pero a ti no te va del todo. ¡Y por un gesto, perder mil pe-tas-...

DOR. *(Recibiendo el dinero.)* ¡Bueno!

HER. Uno. dos, tres... Cinco. ¿En paz? *(Ella sale sin respon-er. Siguiéndola con la vista.)* El matrimonio es un dispa-ate que hacen dos de común acuerdo; el acuerdo suele durar has-a el día siguiente de la boda...

ESCENA IX

HERNÁN, CRIADO; luego, JUAN.

CRIADO. Señor. *(Le da una tarjeta.)*

HER. *(Con sorpresa.)* ¡Cómo!

CRIADO. Dije que el señor iba a salir, pero insistió en que el eñor querría verle.

HER. *(Yendo hacia la puerta.)* ¡Ya lo creo! ¡Que pase!

JUAN. *(Cuarenta y ocho años. Viste descuidadamente. Grue-a cadena de oro, un brillante como un garbanzo en la corbata.)* Ya paso! ¡Vine tras él! *(El criado sale.)*

HER. *(Abrazándole.)* ¡Juanote! ¡Muchacho!

JUAN. ¡Chico!... ¡No eres tú!

HER. ¿Por qué? *(Reteniéndole abrazado.)*

JUAN. ¡Qué sé yo! ¡Más viejo! ¡Y el color de aquí!... ¡De gente que no ve el sol!... ¡Oye, me quito esto! *(El gabán.)*

HER. ¡Juanote! ¡Cuantas veces he pensado en ti! Todos los días.

JUAN. ¡Malo! No te va bien.

HER. ¿Por qué?

JUAN. ¡Qué sé yo! ¡Si pensaste en mí, en la vida de allá...!

HER. ¡Los años mejores!

JUAN. ¡Luchando contra todo!

HER. ¡Feliz!

JUAN. ¿Aquello era ser feliz? ¡En el Chaco! Un chozo, un fusil y un poncho. ¡Y antes, ni fusil! ¡De sobrajeros, derribando quebrachos! ¡De aquello a esto, amigo! Bueno, no puedo res-pirar! *(Se desabrocha el chaleco.)*

HER. Ponte cómodo.

JUAN. Abriré aquí. *(El ventanal.)*

HER. ¡Estamos a seis de Diciembre!

JUAN. ¡Concho! ¡Estamos a cuarenta grados! ¡Bueno, ya se respira, ché! ¿Y tu socia?

HER. ¿Quién dices?

JUAN. ¿No estás casado?

HER. Sí.

JUAN. ¡Bien hecho!

HER. ¿Te parece...?

JUAN. ¡Concho, a ver! ¿Pa qué quieres lo tuyo? ¡Y éste! ¡El corazón! ¡Este, si no lo das a alguien, para nada te sirve! ¡Y vamos teniendo años, y hace falta, hace falta tropezar con algo blando en la cama, cuando tanto tiempo tropezó uno con el fusil!

HER. ¡Qué Juanote!

JUAN. Enséñame a mi ahijada.

HER. Hombre, ahora duerme.

JUAN. ¡Se despierta! ¡A conocer al padrino y darle un beso! No le pincharé, que me he afeitado adrede por ella... ¡Será el primer beso que me den después de veinte años, muchacho! ¿Te ríes?...

HER. «¡Era tan bueno Juan, que daba risa!...»

JUAN. ¿Vamos?.

HER. Espera, no sé si estará visible el ama.

JUAN. ¿Ama? ¿No te la cría su madre?

HER. No.

JUAN. ¡No me gusta, chico! ¿Cómo no haces que la críe?

HER. Porque... no sabe.

JUAN. ¿No?

HER. Bueno; no puede.

JUAN. ¡Concho, que pueda! ¿No tiene lo que todas? ¿Pa qué lo quiere? ¿Pa adorno? ¡Mi mujer me criará a los chicos, o no hay comida! ¡Na más!

HER. ¿Piensas casarte?

JUAN. ¿Pues a qué vengo a España? Yo tengo más años que tú.

HER. ¿Y no te parece tarde?

JUAN. ¡Tarde! ¡Cincuenta años, la fuerza del hombre!... ¿No? ¡Que se ponga otro de veinticinco conmigo a comer, a beber, a trabajar, a dormir..., a no dormir, a ayunar. ¡A todo! Que los mocetes de hoy tienen treinta años y están dándose con la jeringa para parecer hombres. ¡Ellos son los viejos! ¿Yo?... ¡Yo me pego aquí *(En el pecho)* y no se enteran dentro!

HER. ¿Pero tienes novia?

JUAN. Sí, un poco...

HER. ¿Y lo pensaste bien?

JUAN. Sí, lo pensé algo, sí.

HER. ¿Es mujer joven?

JUAN. Joven.

HER. ¿Mucho?

JUAN. Buena para mí. Cuarenta..., por ahí...

HER. Eres más sabio que yo.

JUAN. ¿La tuya es más dura?

HER. De veinte años.

JUAN. ¡Y eso sirve pa mujer!

HER. Hombre..., no.

JUAN. Aunque dijeses que sí, no la creería. He visto... Bueno, yo nunca reparé mucho en las chicas; ahora me fijo por compararlas con la mía. ¡Es única! No es ceguera de novio, no. Hay que ver las niñas de hoy! ¡Son de alfeñique! Yo no sé cómo pueden ser madres! ¡Ni cómo busca eso pa casarse un hombre!

HER. Suele buscarse a la mujer, sin pensarse en la madre de los hijos... Y hoy una muchacha, es la estilización de la mujer. Hablo de la chica de salón, del último figurín, que es eso: una porcelana grácil... y frágil. Parece todo espíritu, y suele ser todo lo contrario; en vez de sentimientos, sensaciones, caprichos; la joya, los trapos, los amigos... ¡Marionetas! Se casa porque está mal visto que llegue a los veinticinco, sin esa cosa decorativa que aún se lleva en sociedad, el marido. Pero ni amor, ni hogar.

JUAN. ¡Eso es una farsa!

HER. Una pobre farsa. ¡Porque no tienes idea de cómo en este vértigo del te, y el baile y los deportes y la moda, mandan los sentidos, inconsciente, bajamente; y de qué manera tan imbécil se producen los dramas..., que no son dramas, ¿eh?, son simples sucesos. Esta se la pega al marido con aquél..., ¿por qué?, ¿por pasión? ¡No! Porque esta criatura tan espiritual, es una bestezuela; y el amante, tampoco es un seductor... es un pobre diablo; y el marido... ¡Oh, el marido suele ser un buen hombre, que pide como el del cuento: «Señor, que mi costilla me sea fiel, y si no lo es, que yo no lo sepa, y si lo sé, que no me importe».

JUAN. ¡Reconcho! ¿Y la familia?

HER. ¿Hay familia? Yo—me pongo de ejemplo—tengo una hija. Mi mujer tiene más tiempo en las rodillas a su perrito que a su hija.

JUAN. ¡Oh!

HER. ¡Una mamá del día! Claro, que los hijos, en lugar del antiguo afecto, querrán a la moderna: serán también otra especie de hijos. ¡Es un poco triste! La mujer se emancipa, pero se acabó el hogar. Llevamos camino de que la maternidad sea considerada como tributo a fortiori, como última esclavitud de la mujer, y ella tendrá derecho a rebelarse... ¡ya, ya se

rebela! Perdona. Todo esto lo pienso ahora, después que me nació esta hija.

JUAN. ¡No eres feliz! Piensas. Cuando se piensa, es que no se es feliz.

HER. ¡No soy feliz, no!

JUAN. ¿Por culpa de la socia?

HER. Me casé por los sentidos: era bella, la codicié en amante. Sí, es mía la culpa; hoy busco en ella la mujer y no la hallo. ¡Y lo peor, es que ya desconfío de hallarla!... ¡De conocerla! Me dirás, ¿es complicada? No, no tiene un espíritu más complicado que un gato, pero temo... que tampoco tiene más ética. Yo no conozco el espíritu de un gatito; no sé si va a hincarme las uñas o acariciarme. Sé que procede por egoísmo, bajo egoísmo felino...

JUAN. ¿Dudas de ella?

HER. *(Pausa breve.)* Hay un primito suyo que... ¡En fin, dejémoslo! Me engañará sin darle la menor importancia. ¡Es el espíritu del sexo!

JUAN. ¡Caray!

HER. El mayor absurdo, lo creo de la mujer. Del hombre también, pero en el hombre protesta siempre dentro una voz. ¡En ellas, no! Lo que en todo caso hace que no caigan es una superstición, una creencia, que suelen convertir en superstición...

JUAN. ¡No desbarres! ¡Todas no son así! Tienes a tu hermana...

HER. ¡Oh, esa es la mujer antigua, la madre!

JUAN. ¡Bueno, me has jorobado, che! Yo venía dispuesto a casarme...

HER. ¡Y ya no te casas!

JUAN. ¡Me caso! ¡Digo, si la novia me quiere!

HER. ¿No lo sabes?

JUAN. Hace veinte años me dijo: «Te esperaré».

HER. ¿Veinte años?

JUAN. Yo era entonces casi un criado tuyo, hijo de tu administrador. Le dije a una rapaza: «Te quiero»; ella dijo: «Yo también». «Pues me voy a América a hacerme una fortuna, y vuelvo. ¿Me esperas?» «Te espero». «Aunque tarde cien años, yo vuelvo». «Aunque tardes mil, te aguardo»; y me fuí, y ella se quedó, ¡y hoy vengo con una fortuna, y vengo a por ella!

HER. ¡Pobre Juanote!

JUAN. ¡Concho, tú hablas de cuatro niñas góticas, yo hablo de una mujer. ¡Una mujer que lo es, dice las cosas una vez!

HER. ¡No conozco ninguna así!

JUAN. ¡No has de conocerla! ¡La tienes en tu casa! ¡Tu hermana!

HER. ¿Mi... Elisa?

JUAN. ¡Tonto!

HER. ¡Pillastre! ¡Aquel afecto incondicional tuyo de hermano a por ella, no era por mí!

JUAN. ¡Te doy un cachete, ansioso!

HER. ¡Muchacho! ¡Sí, soy tonto! Porque ahora me doy ienta de muchas cosas... ¡Aquello de huirles a las mujeres, que guna vez me hizo reír... *(Abrazándole.)*

JUAN. Yo la dí mi palabra; tú pa mí, yo pa ti. ¡Y yo soy n hombre!

HER. ¡Y, por serlo, creí a veces que no eras hombre! Juaote, tú eres mejor de lo que yo me figuraba... ¡Y mucho más nto de lo que yo me figuraba! *(Llamando.)* ¡Elisa!

JUAN. ¿Pero qué haces?

HER. ¡Elisa!

JUAN. ¡Pero ahora vas a...! ¡Oye, no le dirás...!

HER. ¡Elisa!

JUAN. ¡Concho, así de golpe!... *(Se abrocha el chaleco.)*

ESCENA X

ichos y Elisa, que trae puesto un delantal impermeable, y en la mano un pañal.

HER. ¡Ven acá!

ELI. ¡Cómo! ¡Dios mío! *(Sin pasar del umbral.)*

HER. *(Cogiendo su mano.)* ¡Dale la mano a tu marido!

JUAN. Pero...

HER. ¡Abrázala, ave fría!

JUAN ¡Elisilla!

ELI. ¡Juan!

JUAN. ¡No llores, concho! Es que éste... *(Limpiándose él miso los ojos.)* ¡Tienes un hermanito de una vez!

ELI. ¿Lo sabes? ¿Te parece bien?

HER. ¡Pero habéis sido unos memos, hijos! Queriéndoos y stáis ¡veinte años! haciendo boca.

ELI. Él lo quiso.

JUAN. ¡Es que... también aquí hay orgullo, marqués! ¿Tú ué hiciste? ¡Pues yo no soy menos!

HER. ¡Es un hombre! Es decir..., es un niño.

JUAN. Con la cabeza medio blanca.

HER. Y el corazón nuevo.

JUAN. ¡Eso sí!

ELI. Eso sí, ya lo sé.

HER. ¡Sí! Y ésta... ¡Ya la ves! Con sus rosas en las mejias... y unas bragas de cr'atura en la mano...

ESCENA XI

Dichos, DON ISMAEL.

ISM. Buenas noches.
HER. Doctor.
ISM. ¿Señor?...
ELI. Es Juan.
HER. Su novio.
JUAN. ¡Hombre!
HER. ¿Vamos a ocultarlo?
ISM. ¿Novio de...?
HER. De Elisa.
ELI. Llegó hoy de América.
ISM. ¡Ah, ya... Bueno, sí... Comprendo.
HER. No comprende usted nada.
ISM. No comprendo nada, efectivamente; pero vamos, cuando ustedes lo dicen... ¡Yo siempre lo comprendo todo, es mi oficio! ¡Aunque no comprenda nada!... ¿Este señor...?
ELI. Capitán de Marina mercante.
ISM. Ya... ¿Y usted?
HER. Una novela...; mejor, una balada. Un capitán de Marina y una doncella que se juran amor...
ISM. Ya. Llegó hoy y...
JUAN. *(Riendo.)* ¡El flechazo! ¡Hace veinte años!
ISM. ¡Hombre, ahora lo comprendo todo! Usted es Juan Andrade.
ELI. ¡Es verdad que no se lo hemos presentado!
ISM. Sí. Me faltaba este pequeño dato para conocer al señor: que yo supiera quién es el señor. Bien. He visto a la niña.
HER. ¿La niña?
ELI. Me pareció notarla ardorosilla y avisé al amigo Sánchez.
ISM. Sí, le pareció..., esto es. Y me avisó, esto es... La niña está ardorosa, en efecto; no le puse el termómetro porque no lo consintió. Los niños tienen mucho más talento que las personas mayores y no hacen caso de los médicos. Pero, en fin, la pulsé. Está ardorosa, sí. Descontemos que la habitación está al rojo blanco... ¡Aquí, en cambio, noto fresco!
ELI. ¿Fresco?
ISM. Mire usted. *(Le da la mano.)* ¡Oh, usted está por arriba de treinta y ocho grados, Elisita!
HER. Tiene explicación.
ISM. ¿Cómo?... ¡Ya, sí, tiene explicación! Bueno; lo de la nena es probable que sea alguna erupción de la infancia.
ELI. ¡Tan pequeñita!

ISM. ¿Eh? Sí. Es una niña precoz. Puede ser sarampión, es-arlatina...

HER. ¿Sí?

ISM. No aseguraré, no... Veremos. También puede no ser ada. Esto es. He creído observar manchitas rojas... Hay algo, lgo...

HER. ¡No me lo habíais dicho!

ELI. ¡Para qué preocuparte! Podía ser aprensión mía. Le ije a Dorina que iba a avisar Sánchez y lo aprobó. Recibiría sted el recado a las seis.

ISM. Sí. Son las diez. Esto es. Vine escapado. ¡Todo lo esca-ado que puede uno!

HER. ¿No resultará algo grave, no piensa usted...?

ISM. ¡Yo no pienso nada! ¡Nunca! Es mi sistema. Hasta espués, ¿quién puede aventurar? Nada, tiempo al tiempo. Esto s. Veremos...

ESCENA XII

Dichos, Nodriza.

NODR. *(Treinta años, valenciana. Habla lloriqueando.)* Si-ıora...

ELI. ¿Qué ocurre?

NODR. Que fasa favor el meche de pasar a vore a la chica. Jsté, siñor.

ISM. ¿Qué dice ésta?

ELI. Es valenciana; que vea usted de nuevo a la niña.

HER. ¿Ocurre algo?

NODR. No, siñor, no...

ISM. ¿Pero qué le pasa a usted?

NODR. *(Rompiendo a llorar.)* ¡Que no vol mamar la chi-queta! ¡Filla de la meua ánima!

ISM. ¡Mujer, no querrá mamar porque estará harta!

HER. *(A Elisa.)* Quedaos aquí.

JUAN. ¡Concho, yo también voy! ¡Crees que no quiero a tu ıija!

HER. No la conoces.

JUAN. ¡Pero es tu hija y es mi ahijada!

HER. ¡Gracias!

ESCENA XIII

Dichos y Dorina. Cuando salían Ismael y la Nodriza y van a seguirles Hernán, Juan y Elisa, aparece por el fondo Dorina; viste traje de «soirée»; mira con extrañeza a Juan.

HER. Dorina... Mi amigo...

DOR. *(Ve el ventanal abierto, sin escuchar a Hernán.)* ¡Pero qué barbaridad, para que pille una pulmonía! *(Sale precipitadamente.)*

ISM. ¡Abierto ahí! ¡Ahora comprendo el frío!

JUAN. Es...

HER. Mi mujer.

JUAN. Pero...

HER. ¡Vamos, vamos!... *(Salen.)*

ESCENA XIV

DORINA, CRIADO. Luego, GORITA y ROBERTO. El Criado, cierra y sale.

DOR. ¡Esto es la Siberia! *(Arrebujándose en pieles.)*

GOR. ¿No nos vamos?

DOR. Todavía, no. ¡Llegaremos al segundo acto, son más de las once!

ROB. ¿No estaban aquí?

DOR. Salían cuando yo entré, mi tío y otro; otro médico que habrán llamado, tiene facha de ello.

ROB. *(Sentándose.)* Las exageraciones de tu cuñada.

DOR. El caso es ponerme en evidencia.

GOR. ¡Hace frío aquí!

DOR. ¡Figúrate, estaba abierto ese cristal!

GOR. ¡Cómo?

DOR. No sé, hija... Mi marido, que siente a veces un calor excesivo... Coge el abrigo, muchacha, vas a resfriarte. *(Gorita va a salir. Al Roberto.)* Tráeselo tú.

ROB. *(Que sigue medio tumbado.)* ¿Lo quieres?

GOR. *(Saliendo.)* ¡No te molestes, hombre!

ESCENA XV

DORINA y ROBERTO.

DOR. ¡Qué difícil es para un marido ser galante!

ROB. ¿Por qué?

DOR. ¡Ve, ayúdala!

ROB. *(Sin levantarse, tranquilamente.)* ¡Oh, tiene mejor ayuda que la mía, su amante... el espejo. A una mujer, le gusta estar sola cuando se mira al espejo, se «saborea» mejor, ¿no?

DOR. No sé. *(El ríe.)* No te escuchaba ahora. *(Roberto se llega.)*

ROB. *(Dorina, sentada; la mejilla, en la mano, pensativa.)* Esfinge. Eres la esfinge.

DOR. No pienso nada. ¡Y tengo en qué pensar! Si lo de la nena se complica...

ROB. ¡Bah, una tragantona! *(Pausa. El la mira, sonriendo.)*

DOR. ¿Qué?

ROB. *(Bajo.)* Estás demasiado bonita con ese vestido... onte en pie.

DOR. No me da la gana.

ROB. Anda.

DOR. ¡No seas pelma! Estoy cansada.

ROB. En el palco no te cansa exhibirte.

DOR. ¡Oh, anoche, en la Princesa, creí que me dormía! Haía danzado toda la tarde con lo del Ropero, y la mañana..., ya es, me levanté a las nueve, por una junta que tenía... ¡Tras haerme acostado a las tres, porque estuve en el baile de la Emajada, por ti!... ¡Qué aburrido es divertirse, Dios mío! Maana no tengo nada.

ROB. *(Sonriendo.)* ¿Nada?

DOR. Bueno, te tengo a ti.

ROB. También te aburres.

DOR. ¡Un porción!

ROB. Ahora mientes...

ESCENA XVI

Dichos y HERNÁN. Aparece Hernán en la puerta. Silencio.

DOR. ¿Vamos ya?

HER. *(Serio.)* ¿Dónde?

DOR. ¿No vamos al Real?

HER. No; no estamos para músicas.

DOR. ¡Ah!, ¿tú te quedas?

HER. Y tú también. Pueden ir estos; tu hija está enferma.

DOR. Pero, hombre, no hay que exagerar. Mi tío ha dicho ue no será nada.

HER. ¿Has visto a tu hija?

DOR. Hace media hora, y tenía los ojos más brillantes y nás abiertos que yo.

HER. ¿Tocaste su frente?

DOR. No, porque suele llorar cuando la toco; pero los jos...

HER. ¡Ojos de fiebre! Ese es el peligro, un ataque... ¡No onrías! Si supieras ser madre, sabrías que esos ojos no son uenos.

DOR. ¡Yo nada sé!

HER. Sí; sabes que tu hija llora cuando tú la tocas.

DOR. ¡Como que sólo conoce la teta, a su nodriza!... Bueo, y a tu hermana... A mí, como si le fuese extraña. ¿Qué niras?

HER. ¡Dices la enormidad más grande, como la cosa más iatural!

DOR. ¡Porque me acusas de no saber cómo está la chic[a] ¿He tenido yo muchos hijos? Este es el primero... ¡Bueno, y último!

HER. *(Rudamente.)* ¡Calla, haz el favor, calla!

ROB. Hernán, creo que haces mal alarmándote... Los niños...

HER. Te ruego que ahora nos dejes.

ROB. Entonces..., decididamente, no salís.

DOR. ¡Después de vestirme...! ¡Es una necedad!

HER. ¡Es una necedad que hables!

DOR. ¡Pero...!

HER. ¡Ni una palabra más!

DOR. ¿Oyes?

HER. ¡No oye!, no oye..., porque harás el favor de mar- charte.

ROB. ¡Hombre, me parece un poco violenta la forma!...

HER. ¡No me importa tu parecer! ¡Vete, te lo ruego!

ESCENA XVIII

Dichos y Gorita.

GOR. *(Que ha oído la última frase.)* ¿Qué ocurre?

ROB. ¡Nada, que éste ha sido gaucho!

HER. He sido gaucho..., ¡y tú...! ¡no sé... no sé lo qu[e] eres!

ROB. ¡Qué!

HER. ¡Vete, haz el favor de irte!

GOR. *(Tomando el brazo de Roberto.)* ¡Vamos, vamos *(Salen. Dorina va a seguirles.)*

ESCENA XIX

Hernán y Dorina.

HER. *(Con una voz.)* ¡Dónde vas! Escucha... Soy tu marido... ¡tu amo! ¿Lo quieres así? ¡El amo! ¡Y dispongo qu[e] no salgas de casa! ¡A quitarte esa ropa, y a la cabecera de tu hija; a sufrir, a ser madre! ¡Aunque no quieras, porque..., porque es tu deber, porque la trajiste al mundo! ¡Y la madre, es madre siempre!

DOR. ¡Así no lo fuese!

HER. ¡Si no lo fueses!... Si esa hija no existiera, saldrías por esa puerta, porque... ¡No, no quiero pensar que hay en ti más miseria de la que ya conozco!... ¡No quiero pensar nada!

hora, a cuidar a tu hija. ¡A buscar tu alma allí, con tu hija! A ver si nace tu alma de una lágrima, de sentir que sufre la iatura, porque si no sientes allí... es que estás muerta! *(Sale la, llorando.)* ¡Ve, ve, aprende a llorar, como yo lloro..., por la y por ti..., y por mí!

TELÓN

ACTO TERCERO

Como el segundo. Hora del crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

HERNÁN y DONCELLA.

HER. *(Mira unos papeles con gesto de honda preocupación. ulsa el timbre. Dice a la criada.)* ¿Regresó la señora, mi ujer?

DON. No, señor.

HER. ¿Mi hermana ha salido?

DON. La señora marquesa está en el jardín de invierno n la niña... ¿Oye el señor? Está cantando. *(La doncella da luz.)*

ESCENA II

Dichos, NODRIZA y DON ISMAEL.

NODR. *(Muy risueña.)* Canta la siñora, y la nena li acomiña. ¡Es mes dolsa!

ISM. *(Dejándose caer en un sillón.)* ¡Ay!

NODR. Al siñor doctor le llama el «toto». *(Ríen ella y la ncella.)*

ISM. El toto. ¡Es muy mona! «¡Te roy una patara, toto!»

DON. ¡Ay que ver, que tiene un año!

ISM. Cuando tenga cinco, me la da de veras. ¡Una monada! oma. *(Una receta que ha escrito.)*

HER. ¿Es para la niña?

ISM. Para esta criaturita. *(La nodriza.)* Un reconstitunte.

NODR. Tots nesesitamos cuidarse, siñor.

ISM. Una cucharada; no tomes más, que te las lías.

NODR. ¡No soc tan bruta, siñor! *(Sale.)*

DONC. ¿Le digo algo a la señora?

HER. Cuando buenamente pueda, que venga. *(Sale la doncella.)*

ESCENA III

HERNÁN e ISMAEL.

ISM. ¡Ay! Estas Navidades, no descanso. Bien, ¿qué le pasa a usted?

HER. ¿A mí?

ISM. Me acaba de decir Elisa que no anda usted bueno. *(Mirando el reloj.)* Dos palabras; me esperan desde las tres en casa de los de Ordóñez... La miss, que se ha dado una panzada, complicada con trinquis fortis, y está con un cólico miserere. ¡La Nochebuena! Usted, ¿qué? Le veo pálido, sí. Muchas ojeras... Veamos la lengüita...

HER. Quite usted, hombre.

ISM. Probablemente; la corrimos anoche... ¡La venida del Dios Niño!... *(En pie.)* Su bonísima hermana me habló, hondamente preocupada; que no comió usted, que no habló dos palabras. ¡Pobres mujeres! Piensan que uno tiene un disgusto y lo que tiene uno a lo mejor es la espina de la merluza.

HER. Muy agudo.

ISM. Sí; conozco un poco a la flaca humanidad. Yo no creo en la medicina, ¿eh? Creo en la Carabaña y los sinapismos, por sus efectos. Pero comprendo que la misión del médico es de paz. Si yo le digo a mi sobrina: «Tu marido lo que tiene es la juerga de anoche...»

HER. ¡Por Dios, no se lo diga usted!

ISM. Pobrecilla, no. Nuestro ministerio es semejante al de los curas: padres de almas. ¿Sabe usted cuál es la medicina que más empleo? El engaño. Administro el engaño en dosis de caridad, y mis clientes me lo agradecen.

HER. ¡Que tiene usted con el cólico a la miss de los condes!

ISM. Sí. Bueno, no volveré; la nena está magnífica. El sarampión le ha servido de reconstituyente, ha engordado. Es toda usted; la misma musculatura.

HER. ¿Sí?... ¿Es como yo?

ISM. ¡Un gran ejemplar, amigo! Como usted; pero, claro, mujer... ¡Con esa caja de pecho sería la mujer cañón! Pero es usted. De su madre no tiene absolutamente nada.

HER. Ayer le decía usted que era su misma cara.

ISM. Sí. Hay que quedar bien... El piadoso engaño de que hablamos. Es mi sistema, sobre todo con las mujeres. Cuando me llaman, «¡Ay, doctor, estoy malita!», lo primero que pre-

gunto es: «¿Qué desea usted padecer?» Nos ponemos de acuerdo para decírselo al marido. ¡Señora hay que cada primavera cambia de mal, según el balneario que prefiere! ¡Tolerancia, amigo! ¡Comprensión! También ayudo a los maridos... Una vez un señor general y senador tenía sesión diaria, pero no en el Senado: arriba de mi casa; con una menor, agraciadita ella. Hombre, vengo observando que los senadores se dedican más a las menores; la protección a la infancia...

HER. Son las seis, y esa pobre señorita...

ISM. Sí, voy... Verá usted. ¡Muy gracioso! *(Riendo.)* Un día, la mujer, casual o no, halla el coche que esperaba al general en la puerta de casa y abre la portezuela y se instala dentro, esperándole... Baja él, la ve, y vuelve escaleras arriba y entra en mi clínica y me dice: «¡Doctor, por los clavos de Cristo, sálveme! Dígale usted a mi mujer que yo vengo aquí porque usted me da corrientes eléctricas». Sí, señor; lo dije... ¡Pero la señora, desde el día siguiente, vino a acompañarle y yo tuve que darle corrientes para no quedar mal!... ¡Somos celestinas! Todo médico de fama diga usted que explota algún truco. Hombre, le contaré a usted de una eminencia...

HER. Son las seis; se le va a morir a usted su cliente, y yo lo sentiré mucho...

ISM. ¡Caramba! Adiós.

HER. No lo digo por tanto.

ISM. ¡Si ahora recuerdo que a las cinco tenía una consulta y se me pasó! Adiós; dispense usted que me despida tan... ¿Yo traía bastón?

HER. Creo que no.

ISM. Lo tendré en el coche... Perdone. ¡Y la purguita, créame! ¡Y cuente usted siempre con un cómplice! *(Sale.)*

HER. ¡Qué grotesca es la vida!

ESCENA IV

HERNÁN y ANTONIA.

ANT. ¿Da permiso el señor?

HER. ¿Qué quiere usted?

ANT. Me marcho... Despedirme del señor.

HER. Vaya usted con Dios.

ANT. *(Con ligero titubeo.)* Esta mañana he dicho al señor una cosa que no es verdad... Como la señora me despidió y yo estaba resentida... Servidora crea usted que... siento mucho haber hablado, porque servidora quiere tanto a la señora... *(Se limpia los ojos.)*

HER. ¿Va usted a negar ahora lo que me ha dicho?

ANT. No, señor; pero...

HER. Usted sabe que es cierto, y yo también.

ANT. Lo que servidora dice que le dijo al señor, y no es verdad..., vamos, del todo, es lo de la carta...

HER. ¿Cómo?

ANT. ¿No recuerda? Yo le conté al señor cómo sospeché aquella noche, al ver aquí al señorito, cuando el estuche...

HER. Vamos, lo que tenga usted que decirme, y... *(Ademán de que se vaya.)*

ANT. La señora, al otro día, no salió de casa, y me mandó con una carta para el señorito don Roberto...

HER. Sí; y esa carta dijo usted que la había extraviado, lo cual era mentira, ¿no es esto?

ANT. Sí, señor.

HER. La verdad es que usted, por curiosidad, quiso abrir el sobre, lo rompió y ya no pudo entregarla, y la dió usted por perdida. Le he pedido a usted esa carta y usted me ha dicho que la había roto.

ANT. No, señor. Eso es lo que no es verdad.

HER. ¿La guarda usted?

ANT. Pues... sí, señor.

HER. Y quiere usted vendérmela.

ANT. ¡Por Dios, señor! No crea usted que yo tenga idea de sablearle a usted como aquél que dice.

HER. Tome usted y venga la carta. *(Le da un billete.)*

ANT. ¡No, no señor! *(Lo toma.)* Créame usted que, si yo sé esto *(Le da la carta.)* no se la ofrezco al señor.

HER. Basta.

ANT. Si quiere preguntarme algo más el señor...

HER. No.

ANT. Servidora, sin interés alguno, todo lo que una sepa... Con tal de que el señor me dé su palabra de que no dirá que lo sabe por servidora... Usted no va a engañarme.

HER. Pero puede usted engañarme a mí.

ANT. ¡Ay, Jesús!

HER. ¡Hágame el favor!...

ANT. Si no molesto al señor... ¡Y crea usted que me voy con un disgusto! *(Se limpia el lagrimal.)* ¡Con lo que servidora ha querido a la señora!... Bueno, dispensar lo que una haya faltado... *(Sale. Hernán quédase leyendo el pliego; ahoga una interjección; arruga la carta. Permanece pensativo unos instantes, la carta estrujada dentro del puño. La guarda en su bolsillo.)*

ESCENA V

HERNÁN; luego, CRIADO.

HER. *(Escribe en una tarjeta. La cierra en un sobre. Pul-*

sa el timbre. Al criado.) Si este señor no estuviese en su casa, le busca en Bellas Artes, en el Casino.

CRIADO. ¿Espero la respuesta?

HER. No, pero, a ser posible, entréguesela usted al mismo señor.

CRIADO. Al propio don Roberto, sí, señor. *(Sale. El apaga la luz; la última claridad del crepúsculo penetra por el balcón.)*

ESCENA VI

HERNÁN y ELISA. Elisa se acerca a él, que, con la vista en el suelo, no alza la cabeza hasta que ella le pone su mano en la frente.

HER. ¡Ah, tú!...

ELI. ¿Qué te pasa, Hernán?

HER. Nada... *(Porque ella le vuelve a tocar la frente.)* Estoy bien, criatura. ¿No te lo ha dicho el doctor?

ELI. Algo te ocurre..., algo serio. Sufres... y no es de hoy.

HER. *(Con gesto cansado.)* ¡No es de hoy mi mal!... Sí, ¿a qué fingirte? *(Pausa breve.)* ¡Te llamé para que me dijeras toda la gravedad de mi mal!

ELI. ¿Yo?

HER. Tú, tú. Te llamé, y luego me arrepentí. ¡Porque me duele hablar de ello!... ¡Y contigo! Pero si no hablo contigo, ¿con quién hablar? Contigo y con Juan, porque sois para mí... ¡todo!

ELI. ¿Todo?

HER. ¡Todo, todo! Tú sabes que lo sois todo..., porque ya no tengo mas que a vosotros. ¡No tengo más! ¡Tú lo sabes! ¡Sí, lo sabes!

ELI. ¿Y tu hija?

HER. ¡Mi hija!... *(Pausa.)* Vamos a hablar de ello, de mi hija. Hablemos, sosegada, reflexivamente; dominando los nervios y el corazón... No llores. ¿Ves? Todavía no nos hemos dicho nada, y todo está dicho, quizás... *(Pausa breve.)* ¡Tú sabes lo que ocurre aquí! Lo sabías desde antes de la noche aquélla en que oíste a Dorina, y me oíste a mí..., y oíste a ése. *(Con suave reproche.)* ¡No me habías dicho nada, hermana!

ELI. ¡Y qué decirte!

HER. Todo.

ELI. Para... ¡Dios sabe!, para tener que llorar una desgracia...

HER. No. Ya ves, lo sé hace días, y no ha ocurrido desgracia alguna. Yo soy violento, pero estoy en guardia contra

mi violencia, tengo conciencia de mi violencia..., y agarroto mi mano cuando es preciso. ¡Hay, hay voluntad! Aquí no ha pasado nada.

ELI. ¿Ni pasará?

HER. No...

ELI. ¡Piensa en la niña!

HER. ¡La niña!

ELI. Cree que por ella callé. Pensaba que no sería verdad; creí que ella, tu mujer, abriría los ojos, y comprendería que no podía ser su...

HER. Su capricho... *(Sarcástico.)* ¡Capricho de niña!

ELI. ¡No lo dudes! Es lo más triste; que en ella no hubo pasión, ni amor..., fué... ¡qué sé yo!

HER. ¡La carne!

ELI. ¡Acaso, ni eso! Acaso es que está así la vida. Se aburren, y hay que tener una novela...

HER. Es chic, es moda... Ella es una mujer a la moda, pero yo no he de ser un marido a la moda... ¡Ha de reconocer su culpa!

ELI. ¡Pero estás seguro, Hernán!

HER. Ya lo estaba; hoy tengo la prueba... Una carta que ella leerá ante mí... ¡Ha de reconocer su culpa!... Me oirá con sus ojos, grandes, tan abiertos, tan ingenuos, tan ingenuamente pervertidos. ¡Mirándome como a un sér de otro planeta! ¡Ha de pedirme perdón a mí..., a esa hija!

ELI. ¡Hernán; divagas!

HER. *(Con un sollozo.)* Divago... ¡Y no quiero! *(Pasándose ambas manos por la cara.)* ¡Esta hija!... Yo deseo que tú me digas con toda verdad, ¡qué sabes!

ELI. ¿Pero qué quieres saber?

HER. *(Con blando ruego.)* Todo, dímelo todo.

ELI. ¡Pero qué decirte, hombre! Todo, es eso..., la amistad íntima con su primo. Eso que vi hace tiempo..., que no quería verlo, pero lo veía...

HER. ¿Hace tiempo? ¿Cuánto?

ELI. ¿Cuánto?

HER. Concreta. Dos, cuatro, diez meses...

ELI. No puedo decir...

HER. Yo he reconstituído la... novela de esta desdichada. Paso tras paso, he vuelto a... vivir todo el año, desgranando los días. Creo que sé todo lo ocurrido durante este tiempo. No me importa... Es decir, si... ¡importa!, pero esto no interesa ahora. *(Habla, como en monólogo, ante su propia conciencia.)* Me interesa lo anterior; los primeros meses de matrimonio. Primero, fué el viaje a Oriente. Aquí todavía no veo sombras; ella nunca se separó de mí, no pudo burlarme..., no

tuvo ocasión. Llegamos a Madrid, nos instalamos contigo... Aquí hay una sombra: unos días que yo pasé en el coto de Gredos; ella quedó sola, libre. ¡Aquellos días..., qué hizo aquellos días esta mujerzuela!

ELI. ¡Por Dios, Hernán! ¡Te atormentas! ¿Qué quieres suponer?

HER. Ese se hallaba fuera. Yo tengo postales suyas de París...; pero esto, ¿era verdad? ¿Se hallaba él en Francia? ¿No se vieron hasta después?

ELI. ¡No se vieron! Ella no se apartaba de mí; dormía en mi cuarto, porque por esa fecha murió su nodriza y tenía miedo. Además, comenzaba a hallarse molesta; ya presentía que iba a ser madre.

HER. ¡Eso, eso he de saber!

ELI. ¿Qué?

HER. ¡Eso me quema como una brasa, aquí! *(El corazón.)* ¡La hija! ¿De quién es esa hija?

ELI. ¡Tuya, Hernán!

HER. ¡Sí; yo deseo creerlo, yo digo que sí... *(Sollozando.)*; pero...

ELI. ¡Sí, hombre, sí! ¡Otra cosa sería un crimen!

HER. *(Llorando.)* ¡Todos los días ocurren crímenes en que no hay sangre!

ELI. ¡Hernán!

HER. ¡No, no! No quiero rendirme a ninguna emoción, a ninguna sugestión... ¡Necesito de toda mi entereza, de toda mi voluntad, de toda mi conciencia!

ELI. ¡Pero no dudes, Hernán! ¡Vas a hacerte desgraciado!... ¡Y esa criatura!

HER. ¡Sí, ella! ¡El inocente! ¡Siempre hay una víctima inocente!

ELI. ¡Cómo te daría yo la certeza...!

HER. *(Moviendo la cabeza tristemente.)* ¡Oh!

ELI. ¡No ves al angelito! ¡Es tu retrato!

HER. *(Con abatimiento.)* ¡No veo nada! Dicen que sí... ¡Yo no sé ver! Veo a su madre; su fragilidad... y los ojos, ¡esos ojos!

ELI. ¡Si son los tuyos, negros!

HER. Es posible... Pero son unos ojos inocentes, sin ideas..., como los de una muñeca... Igual expresión que su madre cuando me escucha. Igual admiración..., admiración de sér incomprensivo, de bestezuela.

ELI. ¡Pero si la criatura acaba de cumplir el año!

HER. Sí, tienes razón.

ELI. ¡Pobre Hernán y pobrecita hija!

HER. Yo haré lo que debo por ese sér. Lo mío será suyo, incluso mi nombre.

ELI. ¿Pero tu amor...?

HER. ¡Oh, eso...!

ELI. ¡Qué triste!

HER. ¡Mucho! *(Pausa.)* Descubrí tarde que el caudal más codiciable en la vida es el amor. ¡Un hijo!... ¡Pero es el castigo! Se abraza a la esposa como a una manceba, y del abrazo de la carne nace el hijo. Yo me casé sin amor, sin ese bendito amor que tú sientes y siente Juan... Me gustó una mujer, como otras me gustaron... Otras las compré con oro; ésta hube de comprarla también con mi nombre; pero la compré porque la quise para mí, y yo era el mejor postor. ¡No, no me engañó ella! ¡Yo sabía lo que compraba!...

ELI. ¡Y qué puede hacerse!

HER. Nada, mujer. Yo quería... ¡un absurdo!... Que me convencieses de que esa criatura es mía.

ELI. ¡Lo es, lo es!

HER. ¡Pretendía esta crueldad! Verte llorar, que me asegurases: «Es tuya. Su mismo despego por la niña prueba que no es la hija del amor...» ¡Pero es que ella tampoco puede amar!... Perdona. Gracias, Elisa.

ELI. ¿Gracias?

HER. Por tus lágrimas, por tu silencio hasta hoy... ¡Porque eres buena!

ELI. No sé convencerte, no tengo una idea. ¡Soy una pobre mujer!

HER. ¡Si la vida me hubiese dado una pobre mujer que tiene lágrimas...!

ESCENA VII

Dichos y CRIADO.

CRIADO. El señor...

HER. *(Interrumpiéndole.)* ¿Vino con usted?

CRIADO. Sí, señor.

HER. Que pase. Perdona, he de recibir a... una visita.

ELI. Hernán, ¿me prometes no cometer ninguna violencia?

HER. ¿Matarme? ¡Oh, no! Ni matar. ¡No!

ELI. No... ¡Y quiere..., quiere a tu hija, no tengas miedo de quererla!

HER. ¡Miedo de quererla! No... *(Con un sollozo.)* ¡El dolor de quererla! *(Sale Elisa.)*

ESCENA VIII

HERNÁN y ROBERTO.

ROB. *(Entra. Hernán le ve asomar, en silencio.)* ¿Qué pasa? *(Silencio. Hernán le mira fijamente.)* Me dices aquí que venga en seguida. ¿Qué pasa?

HER. ¿No te lo figuras?

ROB. Hombre... Nos hemos visto ayer. ¡Qué sé yo!

HER. *(En tono natural.)* ¿No sabes que eres un canallita?

ROB. ¿Qué?

HER. ¡Chist! Sin voces; lo nuestro no hace falta que lo sepa nadie. Nosotros dos.

ROB. ¡Pero...!

HER. ¡Chist! Bajo, te lo ruego. *(Lentamente; habla, sin mirarle, encendiendo el cigarro. Su mano, tiembla.)* Mañana voy al coto de Gredos... Tú, vienes; he de probar unas escopetas. Puedes traer la tuya..., o si prefieres una mía... Tú verás; mañana vamos a Gredos. Si tienes que prepararte para el viaje, disponer algo...

ROB. Ya.

HER. Sí. Nada de amigos. Tú y yo. Yo salgo en auto a las seis de la mañana, para llegar allá a las nueve. ¿Estamos? A las nueve.

ROB. A las nueve, allá.

HER. Un poco habrá que madrugar. ¡Qué remedio! Las mañanas de diciembre son frías, ¡pero para algo somos hombres! Tú eres hombre, ¿verdad?... Creo que todo está dicho.

ROB. Llevo yo el médico.

HER. No. No se trata de herir... Una bala en los sesos... ¡No hay que curar nada!

ROB. ¡Una salvajada!

HER. ¡Chist! Sin gritos.

ROB. ¡Un duelo, bien; yo tengo honor...!

HER. *(Sin excitación.)* Mientes.

ROB. ¡Eh!

HER. Tienes... miedo.

ROB. ¡Oh, una brutalidad así...!

HER. Ha de ser. Tú eres un canallita, pero no serás un cobarde. Prescindamos... del protocolo. ¡La vida, a cara o cruz!... ¿Por qué haces ese gesto de asesinado? ¡No! Yo puedo agarrarte, estrujarte... No... ¡No, hombre, no! Sea la suerte.

ROB. ¡Sea!

HER. ¿Conformes? ¡A las nueve!, y... te lo suplico, que nadie sospeche; será un accidente de caza. Hay que salvar el nombre..., la hija, ¿comprendes?

ROB. Perfectamente.

HER. Nada más. Hasta mañana.

ROB. Hasta mañana.

HER. Yo creo que hasta mañana. Si no fuese mañana, será otro día, ¡pero será!

ROB. Hasta mañana. *(Juan, en la puerta.)*

HER. Buen viaje... y suerte.

ESCENA IX

Dichos y Juan.

JUAN. ¿De viaje?

ROB. Sí.

JUAN. ¿Largo?

ROB. No sé... No lo deseo.

JUAN. ¿Está usted malo?

ROB. ¡Me hallo perfectamente!

HER. Deja al señor, que tiene sus quehaceres.

ROB. Con permiso de usted. *(Sale.)*

ESCENA X

Hernán y Juan.

JUAN. Creo que metí la pata... Oye, ¿te estorbo?

HER. No. Hemos de hablar. Siéntate.

JUAN. Aún no vi a mi novia. ¿Qué la pasará, qué no salió a recibirme?

HER. Está con la nena.

JUAN. Oye..., ¿qué te pasa a ti?

HER. ¿Me parezco a ése que salía?

JUAN. No. ¿Pero qué le pasa a ése?

HER. Que mañana se juega la vida, y el hombre aún no la mira como un fardo. ¡Un fardito pesado!

JUAN. ¿Jugarse la vida?

HER. Se bate, sí. Una cosa seria. Bueno, el único lance que admito; ¡los demás son lances de risa! Un arma cargada, otra descargada: se sortean, y al que le toca la china, ¡se acabó! A dormir la siesta un ratillo.

JUAN. ¡Qué bárbaro!

HER. ¡Pchs! Si tú... Perdona que te tome por cabeza de turco... Tú tienes una mujer... De por sí, ni mala ni buena. Una cosa vacía..., un cacharro donde puede echarse flores..., puede echarse basura... Y uno... uno te la corrompe, y tú, ¿qué haces?

JUAN. Yo no me caso con mujer así.

HER. ¡Ah, qué verdad dices! La que se deja manchar, es que ya estaba manchada. ¡Pero, en fin, el caso es éste! ¡Ecco il pro-

ılema! El conocido sainete del marido burlado... Sainete, o comedia..., o drama, según la sensibilidad de los personajes.

JUAN. ¡Comedia, hombre! ¡No se engaña mas que al que se lo merece!

HER. Eres un poquito cruel con los pobres cocús.

JUAN. El cocú es cosa de risa.

HER. En su país; el adulterio en Francia puede no ser drama. Allí el matrimonio es un contrato que acuerda y deshace la voluntad de las partes... Una señora se casa con un caballero; luego le gusta más otro caballero, y el caballero primero suelta el brazo de la dama y se la cede al caballero segundo: «Pardon, monsieure, me había equivocado; ésta es la señora de usted». Ambos saludan cortésmente; la señora toma el brazo del caballero segundo y se despide con una sonrisa del caballero primero, que hace mutis tan campante..., y aquí no ha pasado nada... mas que el tiempo, que es lo que se trata de pasar... ¡Ay! ¡Pero aquí, tu mujer, querido Juan, es tuya; es tu mujer para siempre: tu honra; y la pierdes, y pierdes la honra! Yo no sé si esto es absurdo; sé que es así... Yo siento así, yo soy español y no puedo ver el engaño de mi mujer con una sonrisa... ¡Lo veo con sangre en los ojos!

JUAN. Pero tú, ¡tú!...

HER. Yo... ¡Yo soy quien se bate mañana con ese...!

JUAN. ¡Ese mamarracho!

HER. Ese pobre mamarracho es un seductor enorme. Regala a las mujeres bombones y lisonjas y así destruye hogares... y crea damas. Bueno, no destruye nada... ¡Todo está ya por los suelos!

JUAN. ¡Y tú te bates a muerte!

HER. ¡Qué más da!

JUAN. ¡Ah, no! ¡Tú no te bates!

HER. ¿Por qué?

JUAN. ¡Concho! Porque a ese le rompo yo la chola de un garrotazo.

HER. ¡Querido Juanote! ¡Estamos en la culta Europa...! Sí, hubo un momento en que yo también vi turbio... y temí echarle la zarpa... ¡Somos hombres de manigua! En cada rincón de mi conciencia hay una fiera agazapada... y he temido...

JUAN. Bueno. Adiós.

HER. ¡No!

JUAN. ¡Pero qué vas tú a exponerte a cara o cruz!...

HER. No me pongas en ridículo. He de batirme. Y fíjate; que que cae él..., bien, hay una justicia. Que caigo yo..., mejor; es la paz.

JUAN. ¡Oh!

HER. ¡Es la paz! Créeme, Juan. ¡Es la paz! Siéntate. Hable-

mos. Necesito ver claro, y aquí dentro se ha removido todo el poso!... Había conseguido la serenidad, pero el choque con esta casi me ha hecho perder el equilibrio. *(Pausa breve.)* Hablemos de..., bueno; digamos mi hija.

JUAN. ¿Cómo dices?

HER. Sí, yo quiero..., ahora al menos, que sea mi hija. Le debo mi conciencia, esta espina de la conciencia... *(Mostrándole unos papeles.)* Mira. Es mi testamento, para el caso de que yo... Tú quedas encargado de todo. La niña se educará con mi hermana. La fortuna tú la administrarás como tutor. Ahí verás el inventario de los bienes... Mira...

JUAN. Basta, basta. *(El pañuelo en los ojos.)*

HER. ¡Eres un chiquillo!

JUAN. ¡Déjame!

HER. ¡Pero qué imaginas!

JUAN. ¡Te matas!

HER. *(Riendo.)* ¡Oh!

JUAN. ¡Te matas! ¡Yo me quedo sin ti!

HER. *(Agarrándole por los hombros, mirándole los ojos.)* ¡Tú sí que me quieres!

JUAN. ¡Bárbaro! *(Se abrazan. Hernán le besa.)*

HER. ¡Escucha!... ¡No te miento: juro que no pienso dejarme matar!

JUAN. ¿No?

HER. Pero debo pensar en la criatura. Es mi deber... Atiende.

JUAN. ¡Déjalo! Tú lo quieres, bien está. Tú mandaste siempre; lo que tú ordenes... ¡Pero déjalo ahora! ¡No hablemos de ello!

HER. ¡Bien, no hablemos! Ahí hallarás instrucciones... hasta para el trato con ésta..., con la madre.

JUAN. ¡Monstruo!

HER. No, simplemente... imbécil del corazón.

JUAN. A una hembra así, yo creo que... *(Amenazando con el puño.)*

HER. ¡Calla! *(Atiende.)*

JUAN. ¿Ella?

HER. Sí.

JUAN. Me voy; no quiero encontrármela, porque... Bueno. ¿Te enfadarías mucho si yo le rompiese a ese...?

HER. ¡Nada!

JUAN. ¡Sólo una pata! ¿No me perdonarías?

HER. ¡Nunca!

JUAN. Pero tú ¡exponerte a...! Bueno. ¡Quédate con Dios! *(Medio mutis.)*

HER. Anda con Elisa.

JUAN. No; me lo conocería en la cara... Me voy.

HER. Mejor, sí. Cenaremos juntos. Son las seis y media. Den-

ro de dos horas... Antes, a las ocho. ¿Conforme? ¿Cenamos untos?

JUAN. ¡Juntos!... ¡Esta noche juntos!... Mañana... *(Sale lorando.)*

HER. ¡Qué Juan! *(Solo.)* ¡Mañana!...

ESCENA FINAL

HERNÁN y DORINA.

HER. *(Mirando hacia la derecha.)* Pasa si quieres. *(Dorina en traje de calle.)*

DOR. ¿Estás solo? Iba a pasar, me dijo Pedro que se hallaba aquí tu amigo... ¡Es tan poco simpático, hijo!

HER. Simpatía y antipatía suelen ser recíprocas.

DOR. ¿Trabajaste mucho?

HER. No.

DOR. Tienes rojos los ojos.

HER. ¡Vamos! *(Sonriendo.)*

DOR. ¿Qué?

HER. ¡Oh, nada, me sorprende un poco que tú mires mis ojos!

DOR. ¡Qué agradecido eres!

HER. ¡No he pensado molestarte; perdona!

DOR. No, hombre. Tampoco es para que me pidas excusas... ¿Quieres?

HER. ¿Qué?

DOR. Un marrón. Bueno, probarás dos y me dirás qué marca es mejor.

HER. ¿Cómo?

DOR. Una disputa que he tenido. Dice la de Medina que son mejores los franceses; pero son mejores estos, que he descubierto yo. Prueba.

HER. Gracias.

DOR. Prueba. Tú tienes paladar.

HER. ¿Necesitas algún dinero?

DOR. ¡Serás mal pensado!

HER. Sí, me sorprende un poco que estés tan amable... desinteresadamente.

DOR. ¡Ah, mira! Me darás las ocho mil pesetas. *(Se quita el sombrero.)*

HER. ¿Las ocho mil?

DOR. ¿No has visto eso?

HER. ¿Qué?

DOR. Te lo dejé aquí para que te acordases de firmarme un cheque... La cuenta de Ruiz.

HER. ¿Qué Ruiz es ese?

DOR. El anticuario, hombre. ¡Pareces tonto! Del cuadrito... ¡Estás en Babia!

HER. Puede. Soy marido, debo estar en Babia, país de los maridos, ¿no?

DOR. ¿Cómo?

HER. Di, di. El cuadrito de Teniers. Una cosa que me enseñaste, sí. Te ha timado el señor Ruiz.

DOR. ¡Por Dios, si me ha dicho la de Medina que es una «trouvaille!»

HER. Si tiene el mismo sentido crítico para los bombones, son mejores los tuyos. Es un Teniers de pacotilla. Te han timado... Como tú no me times a mí en complicidad con tu anticuario...

DOR. ¡Hijo, estás en plan de... antipático!

HER. Hace tiempo... ¿Te vas?

DOR. ¡A ver!

HER. No te vayas; hemos de hablar.

DOR. ¿Nosotros?

HER. Un poco raro, ¿verdad?

DOR. Voy a desnudarme.

HER. Espera. He de salir en seguida; ceno con Juanote.—¿Te molesta el abrigo? ¿Te lo quito?

DOR. No, no... Di. *(Se sienta. Pausa; él de pie.)*

HER. Quiero hablarte del porvenir... Sobre todo del de la nena. Esta criatura tan tierna, tan desvalida... ¡me da una gran lástima! Sí, no me mires con extrañeza... Me da una gran lástima, porque ha venido al mundo, probablemente para ser desgraciada. Si tiene sensibilidad, por tenerla; si carece de ella... *(Pausa breve.)* ¿Quieres dejar de mascar caramelos, y atenderme?

DOR. ¡Hijo! Creo que puede escucharse, aunque se tenga un bombón en la boca.

HER. Escucha con algo más de atención de la que prestas a todo. Figúrate... que oyes un chisme de una amiga, y escucha.

DOR. ¡Qué modo de expresarte!

HER. Sí. Gaucho. Bien. Resolvamos. Yo, tal vez haya de ausentarme por algún tiempo.

DOR. ¿Tú? ¿Para mucho?

HER. No sé... Desde luego, sí me largo..., sí, será para tiempo, mucho tiempo.

DOR. ¿Sí?...

HER. Y hay que preverlo todo. Tengo una hija, y he de pensar en el mañana de este ser, que de modo tan inconsciente traje al mundo. ¡Es una responsabilidad augusta!

DOR. ¡No te comprendo!

HER. Tú, no; pero es así, y basta con que yo lo comprenda.

DOR. Digo que no comprendo tu viaje... Y el tono en que me hablas... ¡Parece que dispongas tu última voluntad!

HER. A ello voy. Esto es mi testamento. *(Los papeles.)*

DOR. ¿Cómo?

HER. Déjame hablar. Nombro a Juan tutor de la niña y administrador de los bienes. Tú tendrás el tercio que la ley señala; todo lo demás es de la niña, y ni en su vida, ni en su educación debes permitirte ingerencia alguna.

DOR. Pero...

HER. Déjame acabar.

DOR. ¡Hablas de separarme de la niña!

HER. Es decisión irrevocable. A tu hija no la conviene la... atmósfera que tú respiras.

DOR. ¡Qué quieres decir!

HER. ¡Nada que a ti te importe mucho! ¡Nada te importa mucho!

DOR. ¡Pero esto...!

HER. No hacen falta explicaciones, ¿verdad? «Todo está dicho». Es la segunda vez que digo esto aquí esta tarde. Y con hablar, nada se resuelve. Yo me voy mañana; si vuelvo..., ya veremos los que se hace. Probablemente habremos de dejar Madrid... Si no vuelvo...

DOR. ¿Tienes un duelo?

HER. Es posible.

DOR. ¿Con quién?

HER. Con... *(Se miran.)* Sí. Con ése. No hace falta nombrarle... ¿Comprendido? Muy bien. Arrojemos un velo... tupido, sobre el pasado... y hablemos del presente. El deber. La hija. ¡Esa hija! ¿Verdad que comprendes que no puede seguir a tu lado?

DOR. ¿Por qué?

HER. ¡Porque... tú... eres una pobre mujer!

DOR. ¿Yo?

HER. ¡Una desdichada... que carece de sentido moral! Ya ves, ahora mismo, en lugar de sentir un poco... de rubor, un poco de humildad..., una chispa de ternura por mí, por la casa, por esa hija..., ¡por tu amigo, siquiera!..., en tus ojos no hay más que rabia, una rabia pueril... ¡Ni una lágrima para todo lo que se viene abajo!... ¡Puede que rompas a llorar porque te ves descubierta... ¡Rabietina de chiquilla, odio estúpido, he aquí tu arrepentimiento!

DOR. Pero, ¿arrepentirme de qué?

HER. ¿No lo sabes?

DOR. ¿De ser tu esclava?... Tú te llamas amo; tú me compraste. Pero ¿crees que compraste mi amor? ¡No! ¿Y con qué derecho me acusas? ¡Que tuve un amante!... ¡Tuve dos! Tú el primero, porque te casaste conmigo por hacerme tuya... ¡Tú me

enseñaste a venderme; a ti por dinero, al otro por pasión!... ¡S he sido mala fué al entregarme a ti, no al entregarme al qu quería!...

HER. ¡Ah, ah, te dabas cuenta!

DOR. ¡Oh, sí!

HER. ¡Y fríamente te vendiste!

DOR. ¡Qué remedio!

HER. ¡Fríamente! ¡Tenías un alma! ¡Yo pensé que eras un monigote... y tenías alma. Pero tu alma, ¿cómo es?

DOR. ¡Estúpido!

HER. ¡Escucha, no te vayas!

DOR. ¡Qué más he de oírte!

HER. ¡No huyas! *(Cogiéndola por el brazo.)*

DOR. ¿Qué quieres?

HER. Escucha. Te he dicho que la hija vivirá con mi hermana; tú saldrás de aquí.

DOR. ¡Porque tú quieres!

HER. ¡Porque lo quiero! Viva yo o no viva, harás lo que te mando.

DOR. ¿Por qué?

HER. Tengo una carta tuya; la confío a alguien que si intentases desobedecerme, la entregaría al Juzgado para probar que fuíste mala.

DOR. ¡Ah, qué ruindad!

HER. ¿Comprendes que debes ceder? Salvemos lo salvable, la honra de esa criatura!

DOR. *(Irónica.)* ¡La criatura!...

HER. ¡La infeliz hija!

DOR. ¡Tu hija! ¿Y por qué es tu hija? ¿Sabes si tienes derecho sobre esa criatura?

HER. ¡Eh!

DOR. ¡Es mía, mía, mía solo!

HER. ¡Calla! *(Agarrándola por el cuello.)*

DOR. ¡Suelta!

HER. ¡Di que mientes para hacerme daño!

DOR. *(Ahogadamente.)* ¡Ay!

HER. ¡Mientes! ¿Verdad que mientes para que yo odie a esa hija?... ¡Mientes por escupir veneno!... ¡Mientes, mientes!... *(Afloja las manos. Cae ella muerta.)* ¡Eh!... Dorina... Dorina... *(Arrodillado junto a ella, cogiéndole la cabeza.)* ¡Una palabra! ¡Mi hija! Dime la verdad... ¿Fuíste la chiquilla de siempre, jugabas a mentir? ¡Una palabra, Dorina!... ¡Mi hija! *(Suplicante.)* Muñeca..., muñeca... *(Sordamente, con ojos de extravío.)* ¡Se rompió el resorte... y yo no sé, no sé la verdad! *(Llorando.)* ¡No la he de saber jamás... jamás!...

TELÓN


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID